

**EL VOTO FUE UNÁNIME:
ESTÁBAMOS POR LA UTOPIA
MEMORIAS DEL 68**

TARIQ ALI

© Tariq Ali
Octubre 2018

**Descarga gratis éste y otros libros en formato digital en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com**

Cuidado de la edición: Óscar de Pablo y Alicia Rodríguez.
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

@BRIGADACULTURAL

Esta publicación es cortesía de la Secretaría de Cultura de la CDMX y Para Leer en Libertad AC.

PRESENTACIÓN

El presente volumen incluye dos textos. El primero, *Ése fue el año que fue*, entrevista (traducida por José Ramón Calvo) con Tariq Ali publicada originalmente en la revista *London Review of Books* en mayo de 2018. El segundo son los capítulos de su volumen de memorias, *Street fighting years: an Autobiography of the sixties* (2005) dedicados a los sucesos de aquel año.

ÉSE FUE EL AÑO QUE FUE

TARIQ ALI HABLA CON DAVID EDGAR

¿Puedes decir algunas cosas sobre tu familia de origen?

Mi familia pertenecía a la tribu Khattar en el distrito de Attock. Era una familia terrateniente. Los genealogistas rastrearon su descendencia a los Rajputs del siglo XI, cuya conversión al Islam comenzó cien años más tarde, impulsada por los matrimonios mixtos con la descendencia de los musulmanes merodeadores del Norte. El jefe del clan tenía derecho a mantener a diez mil hombres armados. A mediados del siglo XIX, mi familia se había convertido en un ejemplo de aristocracia decadente que se disputaba propiedades. La ausencia de los propietarios complicaba aún más las cosas. Mis padres, por ejemplo, no tenían idea de cuánta tierra poseían, pero era muchísima, porque su venta los mantuvo a flote durante mucho tiempo.

Inicialmente, mis dos abuelos pertenecían a la facción que apoyaba a los británicos. La gran división en la familia comenzó durante las guerras Sij, con un lado apoyando

a los Sijs y el otro a los británicos. Con la primera guerra de Independencia india en 1857 (conocida en los libros de historia ingleses como “el Motín”) se repetía la misma división. Solía pensar, cínicamente, que los escalones más altos de la familia hacían esto deliberadamente: apoyar a ambos lados para que, independientemente de la facción de la clase dominante que ganase, la familia nunca perdiera. Así sucedía con frecuencia. Pero no esta vez.

Los orígenes de la división familiar, me complace decirlo como marxista, surgieron con una disputa por la tierra entre dos hermanos a mitades del siglo XIX. En septiembre de 1846, mi antepasado, Sardar Karam Khan, el jefe de familia, fue invitado por su hermanastro más joven, Fateh Khan, a una reunión privada sin criados ni sirvientes. Ambos hombres llegaron a caballo. Se encontraron cerca de un arroyo. Sin previo aviso, el travieso Fateh desenvainó su espada y, con un solo golpe magníficamente ejecutado, cortó la cabeza de su hermano mayor. La yegua en la que el hombre asesinado cabalgaba galopó con el cuerpo decapitado de regreso hasta los establos de su propiedad. Y la pelea comenzó allí. La viuda inmediatamente pidió ayuda al campamento del general Abbott ubicado a unas cuarenta millas (más tarde se convirtió en una ciudad de acantonamiento llamada Abbottabad en cuyas cercanías Bin Laden buscaría y recibiría refugio). Le preocupaba seriamente que sus cinco hijos fueran masacrados por su tío; pero esa tragedia se evitó. Abbott llegó con un complemento de soldados y le dio protección a esta rama de la familia hasta que los niños crecieron. El hijo mayor de Karam Khan, Sardar Muhammed Hyat Khan, se convirtió en un sirviente leal y fanático de los británicos,

luchando de su lado en ambas guerras afganas. Mis progenitores, que eran primos segundos, eran también sus bisnietos. Cuando era adolescente, siempre tuve envidia del otro lado de mi familia, la antiimperialista. Mi padre siempre me aconsejó que fuera precavido: “Lo mejor es no tener demasiadas ilusiones; los antiimperialistas tal vez no hayan sido tan coherentes como tu crees”.

Tanto mi madre como mi padre rompieron políticamente con la familia y se hicieron comunistas. Mi padre estuvo muy activo en el partido, lo que retrasó un poco su boda. Mi abuelo se negó a que su hija se casara con un comunista cuyas denuncias públicas contra su futuro suegro no eran un secreto. Y puso como condición que mi padre se uniera al ejército indio británico. Debieron haber pensado que nunca accedería, pero la Operación Barbarroja ayudó, ya que el partido ordenó a todos sus miembros de clase media y alta que se unieran al ejército británico para defender a la Unión Soviética. En la fotografía de la boda de diciembre de 1942, mi padre lleva una sonrisa descarada y el uniforme del ejército británico. Luchó, como varios comunistas británicos, en Monte Cassino.

Mi madre, cuyo padre era el primer ministro del Punjab, impulsivamente donó la mayoría de sus joyas de boda al Partido Comunista. Antes de todo este episodio, ella había mantenido correspondencia con Nehru, que estaba en la cárcel. Cuando Nehru vino a tomar el té, su padre la presentó diciendo: “Mi joven hija, por desgracia, es una gran admiradora suya”. En un intercambio de cartas posterior, Nehru le explicó la historia de la India y le dijo que era bueno que se estuviera radicalizando. Asustada de que su pa-

dre pudiera ver estas cartas, las destruyó. Luego fue a ver a Jinnah, quien le dijo que era “muy traviesa” por apoyar a su “gran rival”, Nehru.

El consejo de mi padre fue directo: “Tus tías y tíos son personas extremadamente afectuosas, te aman y uno nunca debe ser descortés. Te guste o no, somos parte de esta familia, pero por favor nunca subestimes los niveles de su estupidez. Cuando veo lo estúpidos que son los cinco hermanos de tu madre, siento que debe haber habido algún diseño creativo en alguna parte”.

¿Y tu casa estaba llena de sindicalistas y líderes campesinos, pero también de escritores?

Nuestra casa a menudo estaba llena de líderes campesinos, líderes sindicales, poetas radicales, ensayistas, cuentistas y ocasionalmente, miembros de la familia o sus viejos amigos. En Pakistán, el Partido Comunista estaba prohibido, y dos de sus líderes, intelectuales musulmanes de la India que habían sido enviados a fertilizar la tierra estéril que ahora es Pakistán, estaban tratando de crear un partido. Uno de ellos fue un brillante crítico literario, Sajjad Zaheer, que era el secretario. Cuando el partido fue prohibido, pasaron a la clandestinidad, y Zaheer se alojó en nuestra casa, pretendiendo ser un profesor de literatura de la Universidad de Aligarh. Una noche estábamos cenando y llamaron a la puerta. Entró uno de los más antiguos y queridos amigos de mi abuelo, que casualmente era también inspector general de la fuerza policial del país. Vino, se sentó y comió con nosotros. Hubo un ligero nerviosismo, pero el profesor-líder del PCI clandestino sobrellevó la si-

tuación con brillantez. Sabía cómo tratar con estas personas, así que discutió sobre literatura e interpretación del Corán, y después de cenar se retiró: “Con su permiso, señor, estoy cansado. Me voy a la cama”. El inspector general de la policía se volvió hacia mis padres y les dijo: “¡Ojalá todos tus amigos fueran así! ¿Dónde encontraron a un hombre tan culto?” Una semana más tarde, cuando miraba fotos de los líderes de PC desaparecidos, se percató que la persona que había conocido en esa cena estaba en la lista de los más buscados. Era una existencia contradictoria, pero nunca dudé de qué lado estaba.

El otro lado era más divertido; se reían y bromeaban, y uno aprendía mucho de los líderes sindicales de los obreros y los ferroviarios, quienes me trataron como un adulto desde una edad muy temprana. Yo les preguntaba, “¿Qué está pasando?” y ellos me explicaban: “Esto es lo que está pasando...”

Y cuando comenzó a organizar protestas, ¿cómo respondieron sus padres?

Mi padre se puso nervioso cuando comencé a ser políticamente activo. El país estaba bajo un régimen militar y la política y las marchas estaban prohibidas. Tenía 16 o 16 años y medio, y todavía estaba en la escuela cuando leí en los periódicos que un estadounidense negro, Jimmy Wilson, había sido condenado a muerte por robar un dólar. Todavía recuerdo ese momento de profunda conmoción. No podía creerlo. Incluso si hubiese robado un millón, ejecutarlo me parecía demasiado. Así que reuní a algunos amigos de la escuela y les dije: “No podemos no hacer nada”.

Creo que reunimos a unos veinte de nosotros y con el uniforme del colegio marchamos hasta el Consulado de EU en Empress Road, y se nos sumaron muchos niños de la calle, que pensaron que era una buena causa después de que les prometimos Coca-Colas y kebabs para más tarde.

Como Jimmy Wilson era un nombre occidental, ellos pensaron que tenían que cantar “Muerte a ...”, así que tuvimos que explicarles: “No, no, no pueden cantar ‘Muerte a Jimmy Wilson’, ¡Contra eso protestamos!” Cuando se lo explicamos, cambiaron el coro a “¡Larga vida a Jimmy Wilson!” Así que llegamos al consulado y vimos al cónsul general. Todavía recuerdo su nombre, el Dr. Spengler, un protestante de origen alemán, y rostro arrugado con gafas. Ni siquiera me respondió cuando le dije: “Tenemos una carta de protesta porque van a ejecutar a un estadounidense negro por robar un dólar. ¡Y se dicen demócratas! Es un comportamiento inaceptable”. Su única respuesta fue preguntarnos nuestros nombres, y cuando se los dimos, nos dijo que le escribiría a nuestro director a la mañana siguiente para decirle quiénes éramos, lo que habíamos hecho, y para pedirle que tomara medidas disciplinarias contra nosotros. Ése fue mi primer contacto directo con la democracia estadounidense. Así que nos retiramos diciendo “¡Por Dios! ¡El tipo ni siquiera nos respondió! Nada en absoluto, frío como el hielo”.

Ésa fue mi primera manifestación. La segunda ocurrió en 1961, cuando estaba en la universidad. De nuevo, leí en los periódicos esa mañana que Patrice Lumumba, el líder congolés, había sido asesinado. Y asumí —y se demostró que tenía razón— que lo habían matado los estadouniden-

ses; incluso ahora sabemos que, durante muchas horas, el cadáver de Lumumba estuvo en el maletero de un automóvil que el jefe de la estación de la CIA condujo mientras decidía dónde tirarlo. Así que convoqué una reunión. Yo era funcionario del sindicato estudiantil, pero temiendo encontrar oposición, convoqué la reunión sin consultar a nadie; doscientas personas se reunieron en el pasillo. Así era Lahore en 1961. El ambiente era bastante internacionalista, y les dije: “Esto es lo que sucedió, no podemos permitir que esto, el asesinato de Lumumba, se quede sin respuesta, protestemos ahora, antes de que alguien pueda detenernos”. Así que doscientos de nosotros marchamos en las calles —algo completamente ilegal— y fuimos al consulado estadounidense y la Casa de Gobierno, coreando consignas en honor a Lumumba.

No pasó nada, no hubo policía, nada. Nuestra manifestación fue fotografiada, así que conseguimos algo de cobertura; y en el camino de regreso a la universidad, envalentonados por lo que habíamos logrado, comenzamos a corear: “¡Abajo la dictadura! ¡Queremos democracia!” Y eso enojó al gobierno más que la muerte de Lumumba que no les importaba nada. Y entonces le dijeron al director: “Tiene usted que controlar a esos muchachos”. Era un director muy, pero muy bueno e ilustrado que nos dijo: “Pueden hacer lo que quieran en los terrenos de la universidad, pero en las calles no puedo defenderlos. Aquí pueden estudiar lo que quieran: es un tiempo para leer y para aprender “. Le dijimos: “Sí, pero no podemos simplemente leer”. A mi padre le dijeron que todo se me estaba yendo de las manos, por lo que ese año me prohibieron hablar en cualquier tipo

de reunión política o participar en manifestaciones. Para eludir la prohibición, mis amigos organizaban debates con títulos inofensivos como “preferimos Lassi a Coca-Cola”. Los discursos también se tornaron alegóricos. La risa fue una arma poderosa.

Una manifestación que olvidé mencionar tuvo lugar en Lahore cuando me acercaba a los 13 años: la gran manifestación de 1956 contra Suez, cuando los objetivos eran el imperialismo británico y francés, e Israel, por supuesto, y fue increíble. Los estudiantes universitarios vinieron a cerrar nuestra escuela para que pudiéramos unirnos a su manifestación, y el director, el hermano Henderson, la cerró por un día. Debido a que no existía una ley marcial ni una dictadura militar entonces, alrededor de 150 mil personas marchamos por las calles de Lahore. Nuestro gobierno apoyaba a los británicos, lo que provocó una ola de ira contra ellos. “¿Acaso la independencia no significa nada? Todavía nos estamos comportando como una colonia”.

Mi madre fue completamente solidaria con mis actividades. Mi padre no tanto: “No estás estudiando nada. Lees lo que te place, lo cual está bien, pero tienes que aprobar tus exámenes, ésta es una etapa crucial; ya veremos luego lo que hay que hacer”. Me aconsejaba ser precavido.

—Hay cosas que uno tiene que hacer, lo sabes mejor que la mayoría.

—Sí —me respondía—, pero yo también obtuve las mejores calificaciones.

—Bueno, eso no me importa demasiado.

—Pero a nosotros sí —remataba.

En fin, la dinámica habitual entre padre e hijo, con mi madre atrapada en medio, la mitad de las veces de acuerdo

conmigo, y la otra mitad con mi padre. Un día me dijeron que habían decidido enviarme al extranjero. El hermano de mi madre, una figura de alto rango en la inteligencia militar, llegó a la casa con un archivo grande cuando supo que estaba fuera. “Éste es el historial que el chico ha acumulado hasta ahora —le dijo a mi padre—, y va a crecer y crecer, por lo que pienso que es hora de sacarlo del país porque lo encerrarán pronto, y entonces no habrá nada que pueda hacer por él”. No me dijeron esto hasta mucho, mucho tiempo después, porque sabían que me habría negado a irme. En lugar de eso me dijeron: “Es hora de partir, manda una solicitud a Oxford o a Cambridge”. Solicité mi ingreso a Oxford y obtuve un lugar. Mi novia estaba en el Camberwell Art College —su padre se había convertido en diplomático en Londres— así que eso fue sin duda un aliciente. Pero, en general, realmente no quería dejar el país, pero ellos me dijeron: “Tienes que irte”. Entonces les dije: “¿Por qué son tan insistentes? ¿Por qué quieren tirar todo este dinero sólo para enviarme a estudiar allá? Estoy bastante feliz aquí”. Mi madre, inusualmente, insistió: “No, no. Te tienes ir”. Así fue como llegué a Oxford.

¿Encontraste Oxford muy embrutecedor?

Me encantó. Y te diré por qué, porque en Pakistán había escasez de libros para leer. Había una ordenanza presidencial que prohibía que toda la literatura de izquierda entrara al país, así que, por supuesto, aunque uno se emocionaba leyendo a Marx en círculos de estudio clandestinos, estábamos limitados por la literatura disponible en las bibliotecas universitarias. Cuando llegué a Oxford, lo pri-

mero que hice fue leer, sin parar, libros que nunca estuvieron disponibles en Pakistán: D.H. Lawrence, Henry Miller, la trilogía de Trotsky de Isaac Deutscher, al mismo Trotsky, a los líderes bolcheviques, y muchos otros. Así que para mí, Oxford fue liberador y en muchos frentes.

Cuando llegué a Gran Bretaña, era obvio que los Estados Unidos habían asumido la función del antiguo Imperio británico, y que después de la debacle de Suez, Gran Bretaña estaba atada a Washington con un cordón umbilical hecho de alambre de piano. Muy pronto después de mi llegada, hubo una elección general. Harold Wilson había remplazado a Hugh Gaitskell como líder del Partido Laborista y pronto se convertiría en primer ministro. Busqué trabajo en 1964. En *Private Eye*, donde solía pasar mucho tiempo, Richard Ingrams me dijo: “¿Por qué no compilas los pensamientos del presidente Harold? Sólo busca sus mejores citas y Ralph Steadman las ilustrará”. Así que mi primer libro fue una compilación de todas esas maravillosas citas antiimperialistas de Wilson, cita tras cita tras cita. Todavía atesoro ese libro. Wilson nunca envió tropas a Vietnam, y estuvo bajo fuerte presión para hacerlo, y eso es algo que nunca deberíamos olvidar. Pero apoyó la línea ideológica estadounidense —aunque a medias— y el estado británico apoyó a los norteamericanos de muchas maneras. El Laborismo de derecha apoyó sólidamente a la guerra de Vietnam. Sin embargo, más de un centenar de parlamentarios Laboristas estaban de nuestro lado.

Fui a escuchar a Wilson en Putney, y en ese momento no estaba muy bien informado sobre la Revolución Inglesa. Wilson comenzó diciendo: “Hoy estamos parados sobre

una plataforma histórica, porque en este mismo sitio tuvieron lugar los grandes debates que convirtieron a este país en una democracia". Había dos o tres mil personas en ese mitin, y creo que ésa fue la primera vez que escuché a un líder político dando lecciones de historia a su público.

En 1967 fui a Vietnam del Norte para participar en el Tribunal de Crímenes de Guerra Russell-Sartre. La experiencia me marcó de por vida. Después me uní a un equipo enviado por Bertrand Russell al juicio de Régis Debray en Camiri como parte de un esfuerzo por salvarle la vida. Todo esto me marcó. Pero fue en el congreso de Berlín organizado en enero de 1968 por la SDS, los estudiantes alemanes de izquierda, cuando finalmente comencé a sentir la necesidad de unirme a alguna organización. Rudi Dutschke estaba allí, los hermanos Wolf con Ulrike Meinhof merodeaban al fondo, y tres soldados negros subieron al escenario para cantar: "No voy a ir a Vietnam, porque Vietnam está donde yo estoy. ¡Diablos, no! No voy a ir".

Sentí que en Gran Bretaña no había nada como la SDS, había dejado el Partido Laborista por temas como Vietnam y las restricciones a la inmigración, y tenía que unirme a algún grupo. La persona que estaba sentada a mi lado en la plataforma en Berlín era Ernest Mandel, quien luego me dijo: "Hay un pequeño grupo de camaradas en Gran Bretaña en los que creo estarías interesado: son muy internacionalistas y Vietnam es su prioridad". Conocí a algunos de esos camaradas y les dije: "No es que importe esto, porque me gusta lo que escriben, y particularmente lo que él escribe, pero ¿cuántos miembros tienen?" Se miraron los unos a los otros, como diciendo: "¿Le contamos la verdad?" y

entonces respondieron: “Tenemos alrededor de cuarenta miembros en Nottingham y treinta en Londres”. Entonces les dije: “¡De acuerdo!” Y así fue: así sucedían estas cosas. Así fue como me uní al Grupo Marxista Internacional.

Los otros grupos trotskistas en Gran Bretaña me sorprendían, porque nunca aceptaron que hubiera una revolución socialista en China, en Vietnam, en Cuba o en cualquier otro sitio. Para ellos sólo existía 1917, y para alguien que venía de Asia como yo, esto representaba un gran *shock* y revelaba su provincialismo eurocéntrico de mente estrecha. Después de uno de sus viajes al extranjero en 1962 o 1963, mis padres trajeron un diario comprado en Collets en el centro de Londres, llamado *New Left Review*. Esa revista contenía un extenso texto sobre los debates que se estaban desarrollando en el seno del Partido Comunista Italiano — precisamente sobre el estalinismo, el antiestalinismo, y el no estalinismo — que leí, y que un grupo de nosotros circuló por Lahore; y así es como comenzó. Estaba desesperado por leer más. Y una vez que leí a Deutscher, *Mi vida de Trotsky* y particularmente *La lucha contra el fascismo en Alemania*, pensé que la IMG era la organización a la que quería unirme, porque no era un partidario acrítico de la Unión Soviética. Esto marcó una ruptura con mis padres, que sin duda estaban muy avergonzados, ya que se mantuvieron prosoviéticos hasta su muerte. Cuando Jeremy Corbyn se reunió con ellos en una conferencia de paz en Dinamarca a principios de la década de 1990, les preguntó qué pensaban de mí. Mi padre le contestó: “Estamos orgullosos de él”. Esto me complace enormemente. Él nunca me dijo algo así...

En 1968, fundaste *Black Dwarf*, un periódico que cubría a la izquierda marxista revolucionaria y a la izquierda hippy más orientada culturalmente...

La idea de *Black Dwarf* vino de Clive Goodwin, quien era mi agente literario y un querido amigo. En una reunión en su casa, nos dijo: "Chicos, ¿qué tal si hacemos un periódico?" Decidimos que lo haríamos y Christopher Logue fue designado para ir a lo que ahora es la Biblioteca Británica a buscar posibles nombres. Yo dije: "Me opongo totalmente a los nombres de izquierda tradicionales: 'Esto obrero', o 'Lo otro socialista'. La gente que se inicia en la política no se sentirá atraída por esos nombres. También tenemos que tener un estilo diferente". Entonces, Christopher fue a la Biblioteca Británica, estudió los periódicos radicales del siglo XIX, y regresó la semana siguiente, muy emocionado, con una lista. Y dijo: "Pero mi favorito es *Black Dwarf*. ¿Saben por qué *Black Dwarf*?" "No." Continuó: "Fue un periódico de Thomas Wooler, un periodista muy radical que escribía sobre los mineros: los mineros que se atrofiaban después de generaciones trabajando en las minas, y que cuando salían en la noche sus caras estaban cubiertas de hollín. Entonces Tom Wooler decidió llamar a su periódico *Black Dwarf*." Tu- vimos una votación, y todos estuvieron a favor, cosa muy rara, incluso David Mercer, que era el más gruñón.

Así es como sucedió, recaudamos dinero para un periódico grande, el primer periódico en mayo de 1968, y la gente acudió con ofertas de ayuda. Cuando pienso en ello, fue algo bastante inusual: primero, llegaron poetas como David Mercer, que realmente nos ayudaba mucho; detrás de la escena, había personas trabajando para la BBC que no

podían hacer público su apoyo, pero que ahora puedo nombrar: Ken Trodd, Ken Loach, Tony Garnett, John McGrath. Ya sabes, gente del medio cultural. También estaba Clive, Fred Halliday, más tarde Sheila Rowbotham se involucró, y Roger Smith, un editor de guiones en la BBC. El mayo francés estalló justo cuando estábamos a punto de lanzar el primer número, que nos pareció ligeramente pobre y carente de imaginación. En general, consideramos que la portada era horrible y votamos para reciclarla, y Dan Jones, que más tarde trabajaría en LRB renunció. Así perdimos al editor. Me pidieron entonces que me hiciera cargo y con el diseñador Robin Fior mirándome por encima del hombro, escribí: “Lucharemos y Ganaremos: París, Londres, Roma, Berlín”. La votación fue unánime: estábamos por la utopía. Para recaudar dinero nos acercamos a personas que, según nuestros estándares, eran muy ricas, como David Hockney, Ron Kitaj, Feliks Topolski y otros pintores, que nos dijeron: “Bueno... no tenemos fondos, pero tengan una pintura”. Si las hubiésemos conservado, ahora podríamos lanzar seis revistas; pero se llevaron a cabo subastas y el dinero se usó para Black Dwarf, y a mucha gente le gustó su sabor.

Mi mecenas favorito, una vez que habíamos lanzado el periódico y que salíamos semi-regularmente, era un tipo que solía entrar en la oficina una vez por semana — muy alto, de cabello rubio que le llegaba a los hombros, y que llevaba un polvoriento overol azul. Solía sacar un fajo de billetes de cinco libras — que en aquellos días eran oro puro — y dejárnoslo. No recuerdo las sumas exactas, pero eran enormes: cien libras, cincuenta libras, doscientas libras si teníamos suerte, y a veces incluso más. Después de que esto había

estado sucediendo durante algunas semanas, los colegas me dijeron: “Tariq, tienes que preguntarle”, porque venía y ponía el dinero directamente sobre mi mesa, me estrechaba la mano, me daba la espalda y se marchaba. Un día le dije: “Mire, todos aquí tienen curiosidad, quiero preguntarle, y si no quiere decírmelo, no es necesario, pero... ¿Por qué está haciendo esto?”. Resultó que era un comerciante de Portobello Road, que le iba bastante bien, y que por eso nos daba efectivo y no cheques. Me dijo: “¿Pregunta por qué estoy haciendo esto?” Hizo una pausa y prosiguió. “Lo hago porque el capitalismo no es realmente bueno, ¿no cree?” ¿Cómo podría uno no estar de acuerdo con algo tan cierto?: “Bueno, no hay ninguna duda sobre eso —respondí— y... gracias.” Siguió viniendo y nunca nos dijo su nombre.

Otro mecenas era una alfarera de la lucha armada, una mujer llamada Fiona Armor-Brown, que vivía en Gales. Ella era un poco exagerada. Creía que debíamos establecer pequeños grupos terroristas —ésa no era la palabra que utilizaba, pero eso era lo que proponía—, en Gales y en partes del norte de Inglaterra, para desafiar a los Laboristas. Así que nos reímos de ella. A pesar de eso, nos enviaba cheques por cien libras, ocasionalmente más; creo que había heredado dinero de la familia. Una vez, cuando vino a la oficina, le pregunté por qué nos estaba dando ese dinero. Ella me dijo: “En política es el mejor periódico, pero también me mueve un asunto personal”.

Continuó: “Una vez, estaba parada en el borde de un acantilado en la Riviera francesa. Era muy infeliz —no pregunte por qué—, cuando un tipo con una chaqueta de cuero se acercó en una motocicleta, se detuvo, me miró se-

veramente y dijo: ‘No estás pensando en suicidarte, ¿o sí?’ Yo estaba tan aturdida que dije: ‘Bueno, eso es lo que estaba a punto de hacer’. Y me dijo: ‘¡No seas tonta! Vamos, sube a la parte trasera de mi moto, no tengo casco de repuesto, pero te llevaré a la ciudad más cercana, nos sentaremos y sacaremos esas tonterías de tu cabeza. Ése era Christopher Logue. Entonces —dijo—, le debo la vida a Christopher, y cuando vi que él también era uno de los editores fundadores de su revista...” Consulté con Christopher, quien me dijo: “Gracias a Dios que lo hice”.

Ahora miramos hacia el año 1968 y lo consideramos como un punto de inflexión, pero ¿cómo se sintió entonces? ¿Qué pensabas que iba a suceder, y de lo que estabas haciendo? Pienso particularmente en la campaña contra la guerra de Vietnam.

Nunca pensé que las manifestaciones contra Vietnam conducirían a algo así como una revolución: no tenía ningún presentimiento de que eso fuera a suceder. Es posible que hayamos sido pioneros en las grandes manifestaciones contra Vietnam, en toda Europa (los alemanes aceptaron nuestros consejos así como los franceses), pero nada sucedió en Gran Bretaña en 1968-69 que se pueda igualar a la huelga general en Francia, la más grande en la historia del capitalismo, o al “Socialismo de rostro humano”, el movimiento iniciado por los comunistas reformadores en Checoslovaquia; o al de los obreros de Italia exigiendo el control de sus empresas. En Gran Bretaña en 1968-69, hubo mucha política, mucha mezcla de política y cultura: los Stones, principalmente, pero más tarde los

Beatles y muchos otros cantantes y bandas. Ese vínculo entre política y cultura fue el cenit de nuestros logros, y, por supuesto, el tratar de ayudar a los vietnamitas. Las huelgas de los trabajadores comenzaron hasta los setentas, con la grandes huelgas mineras.

Ésa fue la primera vez que sentimos que algo podía pasar. No fue la huelga de los mineros en sí misma, sino la solidaridad de otros sindicatos lo que asombró a los gobernantes: el sindicato del T&G bloqueó las carreteras y montó piquetes masivos. Un amigo mío, Robin Blackburn, se estaba casando y armó una pequeña cena después de la ceremonia. La huelga de los mineros era el tema principal de conversación cuando una joven de clase alta, ligeramente sin aliento, llamada Mary Furness nos interrumpió. “Perdón por llegar tarde”, dijo, mientras inspeccionaba a Perry Anderson y a la gente del Black Dwarf que recriminaba a Robin por haberse casado.

“Si supieran dónde estuve ayer, entenderían por qué estoy un poco traumatizada de estar ahora en su compañía”, dijo. “Dinos, Mary”. Y lo hizo: “Estuve en una cena que Colin Tennant ofreció en su gran casa de campo. No me sorprendió que fuera grandiosa, pero era demasiado grandiosa, con un mayordomo anunciando quién estaba entrando y allí, sentados en la habitación, estaban los Tennants, algunos otros invitados y Harold Macmillan. Le susurré a mi anfitrión: ‘¿A quién estamos esperando?’ ‘A la reina y al Príncipe Felipe’. Tragué saliva. Luego llegaron y nos sentamos a cenar. Pasó toda la velada —y no van a creer esto, pero todos se sentirán halagados— hablando de la huelga de los mineros. Felipe estuvo violento y pe-

día que la cabeza Scargill rodara. Pero fue la reina quien me sorprendió: ‘Creo que las cosas realmente se salieron de control, y éste es el final’, dijo. ‘Estos trabajadores están obteniendo demasiado poder, están dirigiendo el país exigiendo un rescate’. Repetía todos los clichés de la prensa sensacionalista. Había una sensación generalizada de pánico. Los invitados a la boda de Blackburn estaban muy divertidos, porque sabían que la realidad era un poco diferente, pero les daba igual”.

Entonces alguien interrumpió a Mary (creo que fue Perry): “Al igual que Victoria. Petrificada en 1848”.

Pero Mary continuó: “Para intentar detener la escena —aunque le tomó algo de tiempo— Macmillan se dirigió directamente a la reina, y le dijo: ‘Alteza, es Inglaterra de la que estamos hablando, y aquí el péndulo si se balancea, pero nunca se balancea completamente, y aunque Su Alteza vea el péndulo balanceándose hacia la izquierda, yo detecto ya un ligero movimiento hacia la derecha, así que no sucumba al pánico, todo va a estar bien’.”

El péndulo sí había balanceado fuera de la sala de banquetes en 1649. Pero nunca más desde entonces, y seis años después, tuvimos a Thatcher.

¿Por qué crees que las esperanzas del período de 1965-75 fueron frustradas?

Siempre he sentido que en Gran Bretaña la hegemonía de los Laboristas del movimiento obrero y su total monopolio de la representación de la clase trabajadora en el Parlamento fue lo que impidió que el movimiento creciera hasta la huelga de los mineros, e incluso en ese momento

la gran huelga sucedió cuando había un gobierno conservador. Edward Heath entró a la reunión con los mineros, y Lawrence Daly, el secretario nacional del sindicato, está sentado en una silla con los pies sobre la mesa de conferencias. Cuando Heath entra, los otros líderes de los mineros se ponen de pie. Daly sigue sentado, mira a Heath y lo saluda despreocupado: “¡Hola, marinero!”

Políticamente Daly fue excepcional, porque era un autodidacta, formaba parte de la Nueva Izquierda, y había leído a Edward Thompson, a Deutscher, etc... Él estuvo conmigo en Vietnam del Norte. Llevaba una botella de la mejor malta para Ho Chi Minh, pero de alguna manera fracasamos en Phnom Penh. Scargill era otro tipo similar de una clase obrera muy segura de sí misma que fue destruida en la batalla de Orgreave y otros enfrentamientos, y a la que Thatcher pudo imponer lo que llamaron las reformas —y que yo llamé las regresiones— que han dominado a la Gran Bretaña neoliberal desde entonces.

Pero internacionalmente...

Si consideramos la década de 1960 como una década que comenzó en 1965 y terminó en 1975, la única victoria fue en Pakistán, donde un levantamiento de tres meses, liderado por estudiantes, apoyado por trabajadores, y en algunas partes del país, por campesinos, y prácticamente gente de todas las profesiones, funcionarios, abogados, incluso, tengo que decirlo, prostitutas. Salieron a las calles y marcharon por la democracia, el socialismo y el fin de la dictadura. Una consigna popular era “¡Capitalistas y propietarios, atrás! Pakistán nos pertenece”. Esto comenzó el 7

de noviembre de 1968 y finalizó en marzo de 1969. La dictadura fue derrocada y, por primera vez, se permitió una elección libre.

Ésa fue una victoria. Otra que estuvo cerca fue Portugal, probablemente la más avanzada de las rebeliones europeas. Portugal era la potencia colonial más pequeña, pero la más rabiosa y obstinada en aferrarse a ellas. Pero en la década de 1960 y principios de 1970, los soldados y oficiales portugueses, así como los guerrilleros, escuchaban con avidez sus radios y observaban las noticias provenientes de Vietnam mientras el Frente de Liberación Nacional ganaba en Khe Sanh y en enero de 1968 el Viet Cong ocupaba la embajada de los Estados Unidos. Eso tuvo un gran impacto en la radicalización de los soldados, que leían a Mao, al Che Guevara y a Ho Chi Minh, sólo para ver cómo pensaba el enemigo y se infectaron ellos mismos. Y, por supuesto, las guerrillas estaban siendo apoyadas por la izquierda global, y los chinos y los rusos les daban dinero.

Las derrotas en África habían radicalizado a las capas medias de la sociedad portuguesa, así como a los soldados regulares, que fueron llamados de regreso a casa: no se quedaron en las colonias. Comenzaron entonces las huelgas y las manifestaciones que exigían el fin de la dictadura senil y bonapartista del país. Sin ningún tipo de violencia, el ejército se había rendido y sentíamos que la situación estaba muy cerca de una toma revolucionaria del poder. Mário Soares, respaldado por el Partido Socialdemócrata Alemán, solía dar los discursos sensacionalistas, como Desmoulins o Danton. Ese burócrata completamente descolorido, al que nunca creímos capaz, se dirigiría a una multitud

de 150 mil personas en Lisboa, principalmente trabajadores, campesinos y estudiantes de la Revolución Portuguesa — todos la llamaron “revolución”. Soares le pregunta a los trabajadores: “¿Queremos el socialismo?” “¡Sí!” “¿Queremos reformas agrarias?” “¡Sí!” “¿Queremos la propiedad estatal de las fábricas y la industria?” “¡Sí, sí, sí!” “¿Y queremos democracia?” “¡Sí!”

Pero la extrema izquierda ignoró la cuestión democrática de la rendición de cuentas al pedir una dictadura del proletariado. En otras palabras, parecía decirle al país que una dictadura iba a ser reemplazada por otra. La gente no era estúpida; muchos trabajadores portugueses habían viajado a Francia, sabían lo que estaba sucediendo en el mundo y sabían cómo era Europa Oriental. No querían un país en el que los medios hablaran con una sola voz: lo temían y querían algo diferente. Soares entendió esto, y con discursos muy bien elaborados y bien entregados, ganó. Entonces, el fuerte impulso revolucionario fue derrotado gracias a una especie de debilidad política. Por supuesto, muchas personas se dieron cuenta de lo que había pasado, pero ya era demasiado tarde.

Y en Estados Unidos, tienes al movimiento de Derechos Civiles derrocando a un estado de apartheid en el Sur; la posibilidad de librar la guerra de Vietnam impedida; a Lyndon Johnson decidiendo que no puede postularse otra vez.

El crecimiento del movimiento pacifista en los Estados Unidos en los años sesenta y setenta no tiene equivalente en ningún otro país imperialista. Fue el punto culminante de la disidencia en la historia de Estados Unidos

y ayudó a poner fin a la guerra. Todo el país, derecha e izquierda, liberales y reaccionarios, estaba discutiendo sobre la guerra de Vietnam. La ofensiva del Tet en enero de 1968, un ataque concertado de los ejércitos de liberación vietnamitas en un centenar de ciudades, incluidas Saigón y la mayoría de las capitales de provincia, fue dramática y efectiva. Los estadounidenses deberían haber pedido la paz en ese momento. En lugar de eso, continuaron la guerra durante siete años más, usando armas químicas para matar y desfigurar a miles de personas, y Agente Naranja para destruir la ecología: barbaridades que se veían en las noticias de televisión casi todas las noches. Los cadáveres regresaban a casa todos los días y se celebraban funerales por todo Estados Unidos, pero los vietnamitas seguían ganando. El hecho decisivo fue que no podían vencerlos. Todos los años, el General Westmoreland ofrecía un mensaje navideño: “Nuestros soldados estarán en casa el próximo año”. Pero los jóvenes no parecían regresar, sólo lisiados y personas traumatizadas por lo que habían visto, y eso creó un movimiento antibélico sin precedentes en un gran estado imperial. Una de las cosas más sorprendentes fue la marcha fuera del Pentágono, creo, en 1971, organizada principalmente por soldados y veteranos contra la guerra, donde tenías entre setenta y cien mil ex soldados con uniforme, con todas sus medallas, con muletas y en sillas de ruedas, marchando fuera del Pentágono y cantando: “¡Ho, Ho, Ho Chi Minh, el NLF va a ganar!” Eso lastimó al Pentágono mucho más que los ataques de Al Qaeda del 11 de septiembre.

¿Por qué eso no condujo a una alternativa viable de izquierda en ambos países anglosajones?

Eso tiene que ver, al menos en Gran Bretaña, con la estructura política del movimiento obrero y de un partido político creado por los sindicatos, para actuar efectivamente como su voz parlamentaria. Necesitarías algo muy grande para romper con eso, algo en la escala de, por ejemplo, un primer ministro laborista ordenando a las tropas abrir fuego contra los huelguistas, algo horrible como eso. Y odio decir esto, pero el movimiento laborista británico, o en todo caso la mayor parte, siempre ha sido parte integral del imperio: nunca se opuso al imperialismo británico y sus colonias. De hecho, se sentían bastante superiores —sobre todo los fabianos. Todos eran imperialistas y pensaban que estaban llevando la civilización a esos sitios. Así que nunca hubo una tradición antiimperialista viable, a excepción de pequeños grupos afiliados como el Partido Laborista Independiente, o un pequeño sindicato vinculado al Partido Comunista, o el mismo Partido Comunista. El Partido Comunista nunca se convirtió en una gran fuerza en la política británica como lo hizo en Francia e Italia como resultado de la Resistencia durante la Segunda Guerra Mundial.

¿Crees que la izquierda, la extrema izquierda, con la que estuviste involucrado podría haber actuado de manera diferente?

Solía pensar que si toda la extrema izquierda hubiese formado un partido... ¿Pero qué habría hecho? Primero, se habrían matado unos a otros hasta la muerte o hasta la muerte política; y segundo, la estructura electoral de Gran

Bretaña — el sistema de mayoría simple — hace virtualmente imposible construir un tercer partido, como hemos visto con el ascenso y caída, ascenso y caída, de los liberales; o los Verdes ganando un millón de votos y obteniendo un solo miembro del Parlamento o, un ejemplo más dramático, el ahora felizmente moribundo Ukip recibiendo millones de votos y solo un representante. Eso hace que sea muy difícil ganar representación electoral. El monopolio que los laboristas tenían sobre la representación de la clase trabajadora fue roto en cierta medida por los Tories o simplemente llevó a la abstención en los últimos años de Blair. Pero nunca se ha roto completamente, y por supuesto ahora ha vuelto con mucha fuerza, gracias a Corbyn. Un tercer partido resultó imposible en Estados Unidos también. Ahí la geografía importa mucho y he aconsejado a la izquierda que se concentre primero en las ciudades y algunos estados. Los Socialistas Democráticos de América tienen treinta mil miembros hoy. ¿Un pequeño comienzo?

En los años ochenta y noventa, cuando, claramente, la izquierda estaba a la zaga nacional e internacional — nacionalmente con el thatcherismo e internacionalmente con la caída del comunismo — se podía argumentar que, a pesar de todo eso, la izquierda estaba ganando cosas, pero eran cosas culturales: derechos de los homosexuales, de las mujeres, de los negros, ganancias en una liberalización general de la sociedad. ¿Crees que la izquierda ignoró la importante transformación económica?

Lo que le sucedió a la izquierda en la década de 1990, aquí, en Estados Unidos y en otros lugares de Europa, fue

que la extrema izquierda subestimó seriamente el impacto del colapso del comunismo en millones de personas en todo el mundo, a quienes no les gustaba especialmente la Unión Soviética, pero que estaban felices de que existiera. Su misma presencia era un baluarte frente a los Estados Unidos. En América del Sur, grandes partes de Asia, África, e incluso en Europa, personas más inteligentes que yo se dieron cuenta de que un colapso total de este sistema era una derrota de enormes proporciones para la izquierda, independientemente de si les gustaba o no la Unión Soviética. Algunos en el extremo izquierdo pensaron “Ah... ¡ahora es nuestro turno!” Olvidando que, durante toda su vida, habían sido poco más que notas al pie de página del gigantesco movimiento comunista sin el cual no habrían llegado a existir. Y, como resultado, algunos perdieron el control de la política, y se hicieron más conservadores en su manera de actuar, porque simplemente no comprendían lo que acababa de suceder.

La mayor parte de la gente de izquierda dijo: “Es una derrota; hemos perdido”, y recurrieron a la política de identidad, que también es, recordemos, descendiente de los años sesenta y setenta. ¿Por qué el movimiento de las mujeres se llamó movimiento de liberación de las mujeres, claramente vinculado a las luchas del Tercer Mundo contra el imperio? ¿O el movimiento de liberación gay, o el movimiento negro de liberación, las Panteras Negras? Todo esto creció a fines de la década de 1960 y la mayor parte de la década de 1970, y dejó una marca fuerte. No es que estos problemas hayan terminado, como sabemos; el movimiento Black Lives Matter en EE.UU., las tasas de encar-

celamiento de los afroamericanos son horrendas. Entonces no es que ganáramos en todo, especialmente en lo que a racismo se refiere.

Se supone que lo que el movimiento laborista debe hacer es defender a los pobres y a la clase trabajadora, ¿eso se detuvo porque no había ningún sitio a dónde ir?

Lo que a menudo se pasa por alto es que no fue sólo el comunismo oficial lo que colapsó en 1991: la socialdemocracia tradicional cayó con él. Toda la función de la socialdemocracia, durante la mayor parte del siglo XX, fue ofrecer una alternativa dentro del capitalismo que luchara por algunas de las reformas y que funcionara como un baluarte contra la creciente marea de revolución, comunista o como quieras llamarla. Y una vez que el viejo enemigo se fue, el capital y sus líderes no sintieron ninguna razón en particular para seguir ese camino. En lugar de eso, se embarcaron en un capitalismo turbo cargado, sin preocuparse por quién fuese pisoteado. Y las democracias sociales jugaron un papel importante en todo esto. La mayor parte de las privatizaciones en Francia fueron llevadas a cabo por un gobierno socialista: Mitterrand y Jospin. Blair, Mandelson y Brown fueron acérrimos defensores del neoliberalismo relajado mientras gente ganaba mucho dinero. El último gobierno socialdemócrata en Gran Bretaña que redujo la brecha entre ricos y pobres, si uno tiene cierta sangre fría al respecto, fue el gobierno de Wilson. Los partidos socialdemócratas posteriores a la caída del comunismo no fueron muy diferentes de los partidos de centro-derecha; y lo que se desarrolló, en gran parte de Europa y en otras partes del

mundo también — India es un ejemplo — es lo que describí como un centro extremo. No importaba a qué partido pertenecieras, centro-izquierda o centro-derecha; básicamente apoyabas las mismas políticas económicas neoliberales, las guerras de Estados Unidos en todo el mundo y eras un incondicional de la OTAN. Y eso creó un gran vacío, que dio lugar a dos cosas: una, a un número creciente de abstenciones: mucha gente, partidarios tradicionales de la socialdemocracia, dejaron de votar por completo. Además de las elecciones más recientes en Gran Bretaña, las cifras son bastante impactantes. Un gran número de personas entre las edades de 18 y 30 años no votó en absoluto; pasó lo mismo en Francia y en otros países. Y la creación de este vacío, junto con la caída de Wall Street, abrió brechas, que con mayor frecuencia se llenaron, en Francia y ahora Alemania, con el surgimiento de grandes grupos de derecha. En EE.UU. había dos alternativas claras. Las encuestas de opinión mostraban que Bernie Sanders habría derrotado a Trump, pero Clinton recurrió a la política tradicional de centro extremo y entregó la presidencia a un multimillonario superrracista blanco, extravagante y rebelde, que más o menos se apoderó del Partido Republicano para satisfacer sus propios fines, y que llegó al poder con una plataforma que prometía bastantes cambios, ninguno de los cuales ha sucedido. Ésa es la situación en la que nos encontramos.

¿Por qué la izquierda no aprovechó el colapso financiero de 2008?

Los partidos socialdemócratas, comencemos con ellos, se habían movido tanto hacia la derecha, especialmente el

Nuevo Laborismo, porque esa era la forma en que pensaban que las cosas iban a ir. Entonces, cuando se produjo el colapso financiero en 2008, todo lo que pudieron hacer fue gastar más y más dinero de los contribuyentes para mantener a los bancos a flote a fin de salvar el capitalismo. Derecha o izquierda, no hubo diferencia entre ellos. Una de las primeras cosas que hicieron Blair y Brown fue fotografiarse con Thatcher, invitándola a regresar al número 10 de Downing Street, para mostrar continuidad. Cameron, a su vez, no ocultó el hecho de que era un gran admirador de Blair. Tuvimos esa continuidad en la creación de un centro extremo. Y el resultado fue que las corrientes oportunistas, derechistas, semi-fascistas, duras y de extrema derecha, como quieras llamarlas, empezaron también a usar esos ropajes. Alemania fue el primer país en presenciar el surgimiento de un partido de izquierda, en realidad llamado Die Linke, “La Izquierda”, que unió al antiguo partido gobernante de Alemania Oriental con los hilos de la socialdemocracia de Alemania Occidental. La mayor ruptura fue en Alemania, donde Oskar Lafontaine tenía un programa keynesiano de izquierda; se opuso a la guerra que Alemania había librado en Yugoslavia, diciendo que el estado alemán aún no había reconocido su responsabilidad por la desintegración de ese país. El simple hecho de que se separara abierta y públicamente fue visto por muchas personas de la izquierda alemana como algo positivo. Unió a las izquierdas de Alemania Oriental y Alemania Occidental, —a la que por cierto no le está yendo tan mal. El centro extremo sufrió grandes golpes en Italia y Francia. En este último país, la elite logró posicionar a Macron— quien se ha embarcado ahora en una operación al estilo de Thatcher.

¿Cómo explica la sorpresa del 8 de junio del año pasado?

Dos razones. La primera: la campaña por la independencia escocesa, aunque se perdió, la forma en que lucharon ambas partes, con los jóvenes principalmente del lado de la independencia, fue un tónico. Estuve mucho en Escocia durante ese tiempo, hablando en reuniones, y fue una gran alegría, algo que no había visto antes en estas islas. Todos en Escocia hablaban o pensaban en política: todos, en ambos lados. ¿Cómo olvidar esa escena sorprendente cuando los diputados laboristas, arrastrados a hacer campaña en contra de la independencia, se bajan del tren en Glasgow y un gaitero solitario se roba el espectáculo. “¡Aquí vienen los traidores!” anunció. “Aquí vienen los traidores de Londres, los miembros de la Cámara de los Comunes, que respaldan la Unión”. La mayoría de ellos perdieron sus curules después.

La otra razón era que la edad para votar se había reducido a 16, por lo que todas las escuelas estaban involucradas. Algunas de las preguntas más inteligentes me las hicieron los alumnos de sexto de primaria, que estudiaron ambos lados del debate. Los jóvenes casi lo lograron. Su debate fue visto en las redes sociales por muchos jóvenes en Inglaterra, y comenzaron a preguntarse por qué este asunto debería restringirse a Escocia: “Miren a los escoceses afortunados: al menos están intentando cambiar su sistema, mientras que aquí estamos completamente paralizados”. Y luego, poco después de que el Partido Laborista perdiera las elecciones y Ed Miliband renunciara, hubo una lucha por la sucesión, con la mayoría de los candidatos ofreciendo más de lo mismo. La izquierda laborista bajo el Nuevo

Laborismo a menudo permite un candidato simbólico. Esta vez ganó.

Bueno, era el turno de Corbyn, ¿no?

A regañadientes aceptó ser el portaestandarte esta vez. Y luego, lo que sucedió, fue increíble. Todos los candidatos recibieron el mismo tiempo en televisión y radio; y Corbyn dice lo que piensa, habla de los valores socialdemócratas tradicionales de izquierda, aunque algunas veces no tan de izquierda. Después de uno de los grandes mítines me comentó que más y más personas seguían acercándose a él, sobre todo los jóvenes, porque lo habían escuchado diciendo cosas en la televisión que nadie más había dicho y habían decidido que iban a escucharlo a él. Fue un levantamiento espontáneo: una insurrección política. Los jóvenes inundaron las reuniones. Corbyn diría: “Vamos a hacer que la educación superior sea gratuita nuevamente”. Y cuando dijo que lo que le sorprendió fue la cantidad de jóvenes que se acercaron y le preguntaron: “¿La educación superior una vez fue gratis? No teníamos idea.”, tenía la sensación de que la memoria estaba siendo aniquilada bajo la administración neoliberal. Es por eso que pasó mucho tiempo diciendo: “Esto es lo que solía suceder, y vamos a asegurarnos de que vuelva a suceder; los ferrocarriles fueron una vez propiedad del Estado, y estaban mucho mejor...” Así que centró su campaña en la recuperación de los ferrocarriles, los servicios públicos y la educación, ideas que para nosotros fueron banales en la década de 1960. Quiero decir, simplemente dábamos todo eso por sentado. Pero se habían perdido, todas esas cosas se habían perdido. Y aquí

estaba un líder de aspecto sobrio, en absoluto el salvaje que presentaban los medios, el primer líder del Partido Laborista que había sido antiimperialista de una manera seria, que no había apoyado las guerras, defendiendo su membresía de Stop the War (Paren la guerra), etc. La gente no podía creer su suerte; y creció, y de repente los medios, y las personas que viven en la burbuja de los medios de comunicación de Londres en particular, se horrorizaron: la expresión de horror en sus rostros al pensar que Corbyn podría ganar. Fue un placer verlo.

La mayor parte del Partido Laborista Parlamentario estaba contra él. Para tratar de evitar que se postulara para el liderazgo una segunda vez, tuvo que someterse a lo que ningún líder laborista había hecho. Y cuando se hizo la convocatoria, esos jóvenes se unieron al Partido Laborista para votar por Corbyn. Medio millón de personas se unieron, convirtiéndolo en el partido político más grande de Europa. Y aún así, las facciones leales a Brown y a Blair dentro del partido no podían entender que los jóvenes quisieran esos cambios. Así que lo llamaron a una reunión del Partido Laborista en el Parlamento, donde aprobaron un voto de censura, esperando contra toda esperanza que no lo aceptaría. Y no lo hizo. Él dijo: "Puede que no tengan confianza en mí; el Partido Laborista que estamos construyendo sí la tiene, y yo voy a luchar por él nuevamente". Así que tanto su política como su determinación sorprendieron a la gente. Su capacidad de recuperación en ese momento fue notable. El objetivo era desmoralizarlo para que renunciara. Pero aguantó.

Usted estuvo involucrado en un movimiento juvenil cuyo lema era: “No confíe en nadie mayor de treinta”. ¿Qué lecciones podría sacar de la experiencia de la década de 1960? ¿Podría sugerir un camino más seguro a seguir hoy?

Bueno, el momento de los años 60 tuvo que ver con un desafío extraparlamentario al orden establecido. Quiero decir, estábamos organizados en pequeños grupos pero básicamente éramos un movimiento de masas. Y pensábamos que si algún cambio habría de llegar, saldría de las calles o a través de una gran ola de huelgas... pero eso no sucedió. En los países donde sí sucedió — en Francia y en Italia — no había una organización política lo suficientemente grande en el momento decisivo para decir: “Ahora vamos por todo; podemos perder y ser aniquilados, pero vamos a ir por todo”, un momento como el de la Comuna de París, un momento como en 1917. Ese momento llegó en Portugal y se perdió. En Gran Bretaña, a falta de algo llamativo en la izquierda, esos jóvenes ingresaron a los partidos políticos establecidos, y eso es lo que pudo haber marcado la diferencia.

El resultado de la elección que llevó al Laborismo a ser considerado como el partido más grande en el Parlamento le dio mucha esperanza a la gente. Muchas personas más se unieron después de que se anunció ese resultado, y la oleada de militantes sigue en aumento. Construyeron Momentum, que realiza campañas independientes, dentro y fuera del Partido Laborista. Así que las estructuras son muy diferentes, y los tiempos también son diferentes. Ahora, si me preguntas, ¿Podría este nuevo Partido Laborista, bajo el liderazgo de Corbyn, ganar las próximas elecciones? Yo diría: “Sí, si no tardan mucho en llevarse a cabo. Creo

que podría ganar“. Y de una manera horrible, no puedo dejar de pensar que si el incendio de la torre Grenfell hubiese ocurrido una semana antes de las elecciones, probablemente hubiese provocado una victoria Laborista porque ese miserable y horrible incendio simboliza todo lo que está mal en la Gran Bretaña neoliberal. Así que, ¿podrían estos jóvenes impulsar a Corbyn al poder? La respuesta es sí. El problema es que Corbyn dirige un Partido Laborista cuya mayoría quiere un retorno a la democracia social, pero cuyos representantes parlamentarios todavía están moldeados por las prioridades neoliberales y el conservadurismo de la era Blair/Brown. Algunos han intentado utilizar la política de identidad como una máscara para cubrir sus políticas reaccionarias, pero tampoco está funcionando demasiado bien. Sadiq Khan, Chuka Umunna y muchas mujeres más estarían igual de felices con un partido Tory al estilo de Cameron. De hecho, ellas y sus colegas votaron a favor de presupuestos conservadores y leyes de inmigración. Cuando el Nuevo Laborismo tomó el control del partido, cambiaron las estructuras, le dieron más poder a los jefes regionales, redujeron los poderes de los partidos obreros de la circunscripción, y mandaron al personal de Blair y Brown a distritos electorales seguros de la clase trabajadora sin un murmullo de disidencia de los medios liberales. Básicamente tenían todo bajo control, y cambiar eso no está resultando nada fácil.

Mi preocupación es... digamos que Corbyn gana. La victoria será un tónico, y durante un tiempo tendrán dificultades para ir en su contra; pero en todos los grandes temas — guerras, renacionalizaciones o regulación del ca-

pital — creo que va a tener problemas; y estoy convencido de que la derecha laborista va a presentar una opinión favorable a la Unión Europea, totalmente acrítica, para tratar de atarlo, y para que el referéndum del Brexit sea ignorado. Eso es lo que están planeando: atar sus manos porque no pueden eliminarlo. Ésa es la forma en que atacarán, y la única esperanza es que, durante el próximo año al menos, más y más Partidos Laboristas locales reflejen los deseos de sus militantes, y no los de la burocracia partidista.

¿Siente que podría haber una posibilidad en Gran Bretaña —y, quién sabe, en Estados Unidos— de lo que usted describe como un partido keynesiano de izquierda que llegase al poder y que generar muchas de las cosas que queremos que sucedan?

El manifiesto Laborista promete devolver los servicios a la propiedad pública, algo que está más o menos prohibido por las leyes de la Unión Europea. Los que no son críticos de la Unión Europea se niegan a aceptar que para ellos, cualquier cosa creada y establecida por el estado, o asumida por el Estado, que compita con el capital privado se considera, en el mejor de los casos, como algo semi-legal. Hay un debate sobre estos temas, obviamente, porque otros países también están involucrados en algunas de estas discusiones. Pero ése sería el primer bloqueo, que no sería un bloqueo si los laboristas no estuviesen en la UE. Así que, curiosamente, estar fuera de la UE bajo un gobierno de izquierda podría ser beneficioso. Creo que algunas de estas cosas se llevarán a cabo. Habrá oposición desde el interior, pero soy moderadamente optimista en que se

puedan resolver haciendo lo que Corbyn ya ha demostrado que sabe hacer: organizar campañas, y hacer de la política un movimiento social, en lo que respecta al laborismo. Por lo tanto, una defensa de los servicios públicos, siempre que tenga movimientos sociales respaldándola, podría ser suficiente, y eso también presionaría a los parlamentarios derechistas del Partido Laborista, que probablemente votarían en contra o se abstendrían. También existe lo que solíamos llamar en los años sesenta y setenta la dialéctica de las conquistas parciales, es decir, ¿deberíamos aferrarnos a los logros que ya tenemos o ponerlos en riesgo para tratar de obtener más? Es la pregunta que enfrentaron los partidos socialdemócratas y comunistas desde el período de posguerra hasta 1991, y la que hoy enfrentan muchos partidos, incluyendo al Partido Laborista corbynista: ¿hasta dónde llegar? Estos son asuntos de táctica y estrategia política, pero el problema permanece. Hasta ahora, Corbyn ha sido eficaz en estas negociaciones y en la pelea por sus ideales al interior del partido Laborista... pero son los militantes al exterior quienes han logrado los cambios.

¿Crees que lo que sucedió ahora podría haber sucedido antes?

No lo creo en absoluto. Recuerdo que hace más de una década viajaba en un tren que iba a Bélgica, y un tipo sentado frente a mí me miraba y luego, cuando lo volví a mirar, se cubrió la cara. Y cuando bajamos del tren, me dijo: “¿No me reconoces, Tariq? Qué suerte para mí”. Le pregunté por qué. “Solía ser un trotskista en Bélgica y en la misma organización internacional que tú”. “¿Y qué eres ahora?” “Soy

ministro de Salud en el gobierno actual". "Eso es al menos algo bueno, porque podrías haberte convertido en ministro de Finanzas o de la Defensa, lo que significaría que tenías razones de esconder la cara. ¿Pero estás haciendo algo decente?" "Bueno, eso tendrías que decidirlo tú".

En prácticamente todos los gobiernos europeos, encontrarás a alguien de la extrema izquierda. José Manuel Barroso, el jefe de la UE durante diez años, era un maoísta en Portugal, conocido por haber organizado una incursión en una universidad pública para robar muebles y reponer la sede del Partido Maoísta en Lisboa. Actualmente es un ejecutivo de Goldman Sachs. Daniel Cohn-Bendit asesora a Macron en el Elíseo mientras hablamos. No es que no lo hayan intentado: fallaron por completo, porque desde entonces ya se habían convertido en unos cínicos totales. Lo que es bastante divertido para mí es que algunas de las personas más dogmáticas de la extrema izquierda, o de sus márgenes, ahora son igualmente dogmáticas como ministros de gobierno, pero del otro lado. Algunas de las personas que estaban alrededor de Lula en Brasil eran ex trotskistas de la facción lambertista que ingresó al Partido Socialista Francés y nos dieron a Jospin, quien implementó la capitulación total al neoliberalismo en su primer mandato. Cuando el primer ministro Jospin se topó con Alain Krivine, que pertenecía a una facción rival y que no había renegado, le susurró al oído: "Siempre te dije que llegaríamos al poder antes que tú".

Lo que sucederá con el Partido Laborista es una pregunta intrigante. Todos, incluidos muchos de los que estaban adentro, habían descartado al Partido. Y luego, lo que

sucedió, sucedió. Y ahora hay, sin lugar a dudas, una lucha dentro del Partido, para ver si puede transformarse en algo que represente las aspiraciones de la generación joven. Si no lo hace, desaparecerán: la política hoy es muy volátil. Esto es lo que espero que entiendan las personas que están en la cima del Partido Laborista: que nada puede ser ignorado durante demasiado tiempo, porque los jóvenes no tienen lealtades institucionales: las personas que se han unido a los Laboristas se han unido como individuos. El vínculo sindical-laboral era un enlace entre instituciones. Hoy en día no existe tal cosa: la membresía sindical ha ido bajando por toda Europa, en Gran Bretaña ha habido un gran declive. Así que, si las personas sienten que han sido maltratadas, y que los Laboristas no pueden cumplir las promesas que hicieron en su primer mandato, simplemente se irán, y entonces usted se quedaría con Dios sabe qué cosa. Mientras tanto, se están organizando nuevas campañas en contra de Corbyn para desacreditarlo a cualquier costo, incluyendo el de una derrota del Partido. Blair ha hecho un llamamiento público a los conservadores para unirse en una lucha común y deshacerse del resultado del referéndum como la única manera de derrotar a Corbyn. Creo que Corbyn puede ganar. El hecho de que no se vea ni se comporte como un político tradicional es una ventaja para la mayoría de las personas que han regresado al Laborismo o que han descubierto por primera vez la política social demócrata de izquierda.

EL AÑO: 1968

Por todas partes oigo el sonido
de los pies cargados, desfilando, chavo,
Porque el verano está aquí
y es buen momento para la lucha en la calle, chavo.
Y qué puede hacer un chico pobre más que cantar
en una banda de rock n'roll, porque en la adormecida
ciudad de Londres no hay lugar para un
hombre de la lucha callejera.
Dicen que es un buen momento
para una revolución palaciega
pero donde yo vivo
hay que buscar la solución inmediata...

– Mick Jagger, *Street fighting years*, verano de 1968

ENERO

El año empezó como cualquier otro. Nada sugería la agitación que se avecinaba. En una diminuta oficina con vistas al Sena, un hombre bajo y corpulento, cercano a los sesenta años, con la mirada de un bulldog obstinado, dirigía el Comité Central del PCI (Partie Communiste Internationaliste). Esta organización minúscula tenía menos de cien afilia-

dos. El hombre se llamaba Pierre Frank. Había sido uno de los secretarios de Trotsky durante el primer exilio del líder ruso en la isla turca de Prinkipo. Frank había sobrevivido a las vicisitudes de la década de 1930. Lo habían encarcelado en Gran Bretaña durante parte de la guerra por «extranjero indeseable», pero retornando a Francia tras la Liberación, había ayudado a crear una organización trotskista. Su grupo había llevado a cabo un eficaz trabajo de solidaridad con los argelinos y organizado el envío de fondos, medicinas y armas al FLN (Front de Libération Nacional) argelino. Por estos actos de «traición», la OAS (Organisation de l'Armée Secrète) le había rendido el tributo supremo de intentar contra su sede en París.

El PCI era pequeño, pero sus jóvenes afiliados, expulsados de las Juventudes Comunistas, se habían organizado en la Jeunesse Communiste Révolutionnaire (JCR) y estaban reclutando a muchos estudiantes por su apoyo al Che Guevara (insultado y calumniado en el periódico oficial del Partido, *L'Humanité*), y su combativa campaña de solidaridad con Vietnam. Los principales líderes de la JCR, con la excepción de Daniel Bensaid, eran también miembros del Comité Central del PCI, más antiguo y prácticamente moribundo. A este grupo confió Pierre Frank su sensación de que «el aire olía a cambio» y que Francia podía verse inmersa en una huelga masiva a finales de año. Nadie dudaba del olfato de Pierre Frank. Hasta las facciones rivales reconocían que de alguna manera extraña sus instintos solían fundirse con la realidad. Uno de los chistes que circulaban medio en serio entre los camaradas más jóvenes era que el viejo Pierre podía percibir una escisión antes que todos los

demás, y cambiaba todas las cerraduras de la oficina para evitar que expulsaran a su facción, si resultaba quedar en minoría.

Cuando alguien puso en duda su última declaración, defendió sus talentos olfativos explicando que el estancamiento de los salarios, que había durado ya cinco años, había provocado tensiones en las fábricas, que el aumento del desempleo había sacudido la complacencia de los trabajadores y que la huelga de estudiantes del año anterior había lanzado a la calle a diez mil manifestantes. Esto indicaba un cambio en el estado de ánimo y la combinación bien podía resultar explosiva. Gérard Verbizier, presente en aquella ocasión, me confesaría posteriormente que ni uno solo de los que estaban sentados en torno a aquella mesa se había tomado demasiado en serio las predicciones de Frank.

En el Reino Unido estábamos preparando la siguiente manifestación a favor de Vietnam, programada para mediados de marzo. Los correligionarios de Pierre Frank en Gran Bretaña, Pat Jordan y Ernie Tate, insistían en que se mantuviera el ímpetu del octubre anterior, y analizamos diversos detalles de la organización. Yo acepté comprometerme a una gira de mítines de tres semanas, prácticamente sin descanso, que constaría de una reunión-almuerzo en una universidad, una reunión por la tarde en un politécnico o tal vez en un colegio y una asamblea pública en la ciudad por la noche. Esto se planeó para febrero y me pidieron que cancelara todas las demás actividades. Acepté, pero con una salvedad. Insistí en que las reuniones de planificación de *The Black Dwarf* eran igual de importantes y que no renunciaría a ellas por ningún mitin público, a no

ser que fuera cuestión de vida o muerte. Este acuerdo se firmó y selló debidamente.

Empezaba a preguntarme si debía unirme a uno de los dos grupos de extrema izquierda que respaldaban a la VSC (Campaña de Solidaridad con Vietnam) —agrupados en torno a dos revistas: *The Week* e *International Socialism*— pero por el momento me decidí en contra. Los grupos que me atraían eran las SDS alemana y estadounidense y la JCR francesa. No tenían equivalente en Reino Unido y, por lo tanto, decidí que un movimiento por una sola cuestión, como la VSC, seguía siendo la única respuesta.

La sede del grupo *The Week* estaba en el número 8 de Toynbee Street, en el centro de la parte más pobre del East End londinense. Allí se concentraba también el trabajo organizativo de la VSC. El inmueble donde se esperaba que renaciera *The Black Dwarf* estaba situado en el despacho de Clive Goodwin, en South Kensington, y el trayecto entre Liverpool Street y Gloucester Road pronto se me hizo una ruta de metro conocida. Clive había inaugurado un esfuerzo concertado para hacer amigos, recaudar dinero y atraer a futuros donantes. Organizaba almuerzos para impresionar a escritores, brillantes veladas sociales para intimidar a los ricos y sesiones vespertinas para planear el lanzamiento del periódico. Yo, en circunstancias normales, acudía en todas estas ocasiones. Nuestra rutina estaba bien establecida. Clive hablaba del periódico y sobre qué saldría en él si, por ejemplo, se hubiera lanzado en esa quincena, y nosotros hablábamos de los temas. Después yo informaba sobre el nivel de movilización de las marchas de la VSC y distribuía folletos, carteles y pegatinas. En una de aquellas ocasio-

nes, Kathleen Tynan pidió más calcomanías. Asistía a un almuerzo especial que ofrecía la esposa d David Bruce, embajador estadounidense en Reino Unido, en la majestuosa residencia de Regent's Park. Le proporcioné las pegatinas, y durante el almuerzo Kathleen se excusó y recorrió la casa poniendo calcomanías por todas partes. Llevaban el emblema del FNL y las palabras «Victoria al FNL. Todos a la marcha del 17 de marzo. Marcha a Grosvenor Square». Pronto, los demás huéspedes empezaron a fijarse en estas extrañas intrusiones y la manifestación se convirtió en tema de conversación. Kathleen Tynan reconoció que ella había sido la responsable y salió enseguida. El asunto se convirtió en noticia y a Clive le encantó que nuestras pequeñas reuniones de Cromwell Road empezaran a dar resultados prácticos.

En la sede de la VSC habíamos recibido una invitación para enviar un representante a hablar de Vietnam en el Congreso que estaba organizando la SDS alemana y que se celebraría en Berlín Occidental. Se acordó que yo debía acudir, hablar y establecer contacto con los representantes de los movimientos del resto de Europa similares a la VSC. El movimiento contra la guerra crecía en todo el mundo. Importantes figuras del Partido Demócrata estadounidense empezaban a preocuparse mucho. Mientras el presidente Johnson y su gobierno seguían aumentando la escala de la guerra, un candidato pacifista del partido, el senador Eugene McCarthy, se había declarado a favor de un gobierno de coalición en Saigón, que incluyera al FNL, algo que habría conducido al hundimiento inmediato de la estrategia estadounidense en Indochina. Otros senadores, Wayne Morse y Fulbright en particular, empezaban a manifestar

sus recelos en público. Morse declaró que la guerra era «una intervención militar ilegal, inmoral y completamente injustificable». Fulbright se mostraba más comedido, pero usaba su autoridad como presidente del poderoso Comité de Relaciones Exteriores del Congreso para cuestionar la versión oficial de lo que ocurría en Vietnam del Sur.

FEBRERO

Berlín Occidental era la capital de la Guerra Fría. Unos años antes habría resultado impensable un Congreso Pro Vietnam en esa ciudad. Y sin embargo, los acontecimientos de 1967 cambiaron algunas actitudes. La abrumadora mayoría de sus habitantes seguían siendo pro estadounidenses, pero una parte creciente de la población estudiantil había roto con la ideología dominante. En 1967, la SDS de Berlín Occidental organizó una manifestación contra la visita del Sha de Irán, cabeza de un régimen torturador basado en una policía secreta cuyos jefes se jactaban de ser la red de represión más eficaz desde la caída de la Gestapo. La policía recibió instrucciones de limpiar las calles y en la radio policial se emitió un mensaje diciendo que unos estudiantes habían «apuñalado a dos policías». Esta mentira condujo inevitablemente a la violencia. A un miembro de la SDS, Benne Ohnesborg, lo golpearon brutalmente y cayó, semiconsciente, en la calle. Mientras yacía allí, otro policía llegó y lo mató de un tiro. El burgomaestre de Berlín Occidental, un tal *herr* Albertz, se alarmó profundamente por el incidente, y aún más cuando oyó el mensaje de radio falso. Hizo público su descontento, cometiendo así un suicidio

político. Lo sustituyó un socialdemócrata insípido, Schütz, pero todos en Berlín sabían que el verdadero poder de la ciudad estaba en manos del senador encargado de Interior, Neubauer, a quien la SDS acusaba de «nacionalsocialista». Pertenecía a la extrema derecha del SPD y era extremadamente autoritario. Esto era todo lo que yo sabía cuando llegué a Berlín ese febrero para hablar en el Congreso.

Acudí directamente al Club Republicano, donde me reuní con los líderes de la SDS en Berlín, que me resumieron la situación local. La administración socialdemócrata de Schütz-Neubauer había prohibido la manifestación proyectada, alegando que constituía una amenaza contra la seguridad de la ciudad. El plan era marchar hacia el sector estadounidense y manifestar la oposición a la guerra. En respuesta, Schütz había declarado que su policía «barrería las calles con una escoba de acero». Todo el mundo estaba tenso, porque el alto mando de la SDS tenía que tomar una decisión crucial. ¿Debían desafiar la prohibición o no? Si lo hacían, no cabía duda de que sería algo violento y sangriento. Los estudiantes estaban de mal talante. La herida causada por el asesinato de Ohnesborg todavía sangraba y muchos hablaban de venganza. Por mi parte, no sabía que se había planeado una manifestación, y mucho menos que pudiera ser prohibida.

Mientras escuchaba el debate, que me traducía simultáneamente Elsa (estaba a favor de desafiar la prohibición y esto significaba que no se inclinaba a traducir con mucho entusiasmo la postura del otro bando. Ellos se dieron cuenta y me proporcionaron otra persona, favorable a sus puntos de vista), los líderes de la SDS entraron y se pre-

sentaron. Había tres: Rudi Dutschke, que había huido de Berlín Oriental y estudiaba teología; Gastón Salvatori, chileno, sobrino de Salvador Allende, que estudiaba en Berlín; y Karl Dietrich Wolf, de Frankfurt. Me llevaron a otra habitación y me explicaron la gravedad de la situación. Sin que yo lo supiera, se estaba produciendo otra discusión subterránea. ¿Debían apelar a los tribunales de Berlín Occidental para anular la prohibición, o el hecho de actuar así se consideraría una capitulación ante las propias instituciones que era necesario derrotar? Antes yo me había negado a dejarme arrastrar a la discusión acerca de romper la prohibición. Había declarado que se trataba una decisión puramente táctica y que sólo el Congreso podía tomarla. Eso no lo dudaban, pero me preguntaron qué recomendaría yo. Expliqué cortésmente que no diría nada porque ignoraba muchas cosas en lo que a la situación de Berlín Occidental se refería y pensaba que ésta sería también la postura de todos los que llegaran de fuera. En cuanto a la apelación a los tribunales, sin embargo, no tenía dudas. Debían convocar a un abogado simpatizante y presentar una demanda judicial contra la administración local. Intercambiaron miradas y sonrieron. Dutschke dijo entonces que estaba completamente de acuerdo conmigo. Los otros callaron.

Al día siguiente, cuando se inauguró el Congreso, anunciaron que se había apelado la decisión del burgo-maestre ante los tribunales. Apenas se produjo un murmullo de protesta en el público que era, para mi agrado y sorpresa, muy numeroso. Había miles y miles de estudiantes dentro y fuera de la Universidad Libre, donde convocamos la sesión. Una nueva crisis estalló dentro de la administra-

ción municipal. Neubauer había dicho al jefe de Policía: «no importa que mueran unos cuantos, hay que hacerles sangre en la cabeza a varios miles». El jefe de Policía rechazó esta instrucción y dimitió. Su adjunto, otro socialdemócrata de derechas, lo sustituyó y declaró que los golpearía «con tanta fuerza, que todos se largarán corriendo a Moscú». Con estos métodos se disponía la socialdemocracia alemana a defender la libertad y la democracia.

La aparición de la SDS había marcado un punto de inflexión en la historia alemana. Tradicionalmente, los estudiantes votaban a la derecha, y a los dos partidos políticos principales de la Alemania Occidental de pos-guerra, con unos líderes elegidos por Estados Unidos. Eso no les molestaba. La generación nacida durante la guerra o poco después, sin embargo, se diferenciaba mucho de la precedente. Después de la guerra no se había dado una verdadera purga de fascistas. El nuevo enemigo ya se dejaba ver y había que superar a los antiguos. En la década de 1950, Alemania se mantuvo aquiescente y pasiva en la superficie. Pero ninguna de las generaciones que coexistían en la Bundesrepublik podía borrar con tanta facilidad el recuerdo de la guerra. Los estudiantes universitarios de los sesenta sabían muy bien que la generación de sus padres no se había resistido al ascenso del fascismo. El hecho de que Hitler subiera al poder, eliminara cualquier vestigio de democracia y destruyera los dos mayores partidos obreros de Europa había dejado una impronta política y psicológica en los niños de los cincuenta. Aunque el silencio reinaba absolutamente, sabían que algo andaba profundamente mal. La guerra de Vietnam se convirtió en un catalizador. «Somos una mino-

ría activa», solía cantar la SDS en mítines y manifestaciones. De este modo gritaban su desafío al pasado que estaba presente en cada familia. Mejor una minoría activa que una mayoría pasiva y ciega a los crímenes que se cometían a diario. Ése era el mensaje de la SDS alemana, un mensaje que, en los años siguientes, algunos de sus partidarios llevarían por sendas desesperadas y contraproducentes. En último término se interpretó que la tesis de la «minoría activa» justificaba «la guerra de guerrillas urbana» en las ciudades alemanas, con trágicas consecuencias.

El segundo día del Congreso hablé acerca de la guerra y la solidaridad. El FNL había lanzado un nuevo ataque militar en Vietnam del Sur para celebrar el año nuevo vietnamita (Tet). La ofensiva del Tet ya había empezado mientras nos preparábamos para inaugurar el Congreso. Cada nueva victoria se comunicaba al Congreso en medio de aplausos crecientes. Los vietnamitas estaban demostrando del modo más concreto imaginable que se podía luchar y ganar. Este hecho fue fundamental para modelar la conciencia de nuestra generación. El cambio no sólo nos parecía necesario, sino también posible. Así, el tema de la solidaridad internacional parecía más vital que nunca antes, y yo critiqué con dureza la Cumbre de Glassboro en Estados Unidos, en la que Kosygin y Johnson habían brindado, mientras los bombarderos estadounidenses devastaban Vietnam. Dije que eso era una obscenidad. La mayoría de los discursos recibieron aplausos y fueron interrumpidos con cánticos de «Ho, ho, ho, Chi Minh», un lema que ese año cruzó todas las fronteras de Europa Occidental.

Estaba sentado en el podio junto al marxista belga Ernest Mandel, que me traducía los demás discursos. No

lo conocía de antes ni había leído su clásico de dos volúmenes, *Tratado de economía marxista*, que aún no se había publicado en inglés. (Aparecería a finales de ese año, editado por la valiente editorial Merlin Press). Pero Mandel tenía una facilidad impresionante para los idiomas. Después también él habló, poniendo la guerra en perspectiva mundial y asegurando a la asamblea que Estados Unidos saldría derrotado, si no en 1968, en pocos años y «será una derrota mucho mayor que la de Dienbienphu». Habló, también, del cambio en el estado de ánimo en Europa y defendió a la SDS contra sus calumniadores y detractores del SPD. Hablaba un alemán fluido y su público respondió con afecto. Lo siguió Alain Krivine, de la JCR francesa, que describió el crecimiento del movimiento estudiantil y el ascenso de un movimiento de solidaridad con Vietnam. Después Dutschke se levantó y pronunció un discurso impactante que relacionaba la lucha contra Estados Unidos en Vietnam con las batallas contra el orden burgués en Europa. Habló de ampliar la base del movimiento estudiantil mediante la «larga marcha por las instituciones», una expresión muy utilizada y analizada por la SDS. La teoría de Dutschke derivaba en gran medida de la de Herbert Marcuse, el veterano filósofo de la Escuela de Frankfurt de preguerra, que ejercía una gran influencia entre los estudiantes alemanes. La larga marcha no significaba «perforar desde dentro» sino adquirir experiencia en todos los frentes — educación, informática, medios de comunicación, organización de la producción — y simultáneamente conservar la propia conciencia política. El objetivo de la «larga marcha» era crear contra-instituciones. Zonas liberadas en la sociedad bur-

guesa, equivalentes a las áreas liberadas por los partisanos de Mao en China durante la larga guerra civil y dirigidas por los comunistas chinos. La universidad era decisiva en dicho proceso, porque en ella se podía formar y preparar cuadros alternativos que sustituyeran a los cuadros de la clase dominante. Se trataba de un proyecto utópico, y Mandel y otros señalaron cortésmente que en Europa Occidental era imposible el cambio sin movilizar a la clase obrera. Tenían razón, y en la Alemania Occidental de febrero de 1968 parecía tan irrealizable como lo en Reino Unido, aunque no tan inconcebible como en Estados Unidos.

Uno de los puntos culminantes del congreso se produjo cuando dos estadounidenses negros, ambos veteranos de Vietnam, subieron al estrado. Incluso antes de hablar recibieron una ovación de pie. Después describieron brevemente la guerra y denunciaron que se estaba usando a los negros como carne de cañón. Nos dijeron que los negros estadounidenses se encontraban al borde de grandes disturbios y ambos unieron los brazos y entonaron un canto que no habíamos oído antes, aunque era común en Estados Unidos:

*No voy a ir a Vietnam
Porque en Vietnam es donde estoy
¡Diablos, no! ¡No voy a ir!
¡Diablos, no! ¡No voy a ir!*

Los vítores duraron varios minutos, mientras los veteranos saludaban puño en alto.

Todos esperábamos ahora la sentencia del tribunal acerca de la manifestación. No me cabe duda de que el juez

había recibido informes sobre el estado de ánimo y el tamaño del Congreso. El poeta austro-germano Erich Fried estaba hablando cuando la Presidencia lo interrumpió. El tribunal nos permitía manifestarnos siempre que no nos acercásemos a los soldados estadounidenses ni a los cuarteles de la ciudad. Era una victoria y la recibimos como tal, pero entonces Rudi Dutschke pidió la palabra y se lanzó al podio. Estaba encantado con el resultado, pero quería incumplir la restricción. Era intolerable que no intentáramos hablar con los soldados estadounidenses. Su voz subió de volumen: «pero, camaradas, es exactamente eso lo que debemos hacer. Si el enemigo establece las reglas del juego y nosotros las aceptamos, significa, como a menudo nos ha dicho Herbert Marcuse, que jugamos con sus normas». Nuevamente el Congreso estaba dividido. Entonces Fried, veterano antinazi que se había visto obligado a huir de Austria y buscar asilo en Londres, envió a Dutschke un mensaje escrito: «Nuestra victoria radica en el hecho de que tenemos la manifestación. ¡Sin provocaciones, por favor! ¡He hablado y he salvado mi alma!». Dutschke paró y leyó el mensaje para sí. Hizo una pausa y enseguida nos informó a todos del contenido, admitiendo que su respuesta había sido equivocada. Todos suspiramos con alivio.

Nos manifestamos esa tarde. La imagen no se veía en Berlín desde hacía más de tres décadas. Quince mil personas, predominantemente jóvenes, un mar de banderas rojas y gigantescos retratos de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, brutalmente asesinados en esa ciudad en 1919 por orden de los predecesores políticos de Schutz y Neubauer. También había grandes carteles de Ho Chi Minh y el Che

Guevara, cuya imagen dominaba la marcha. Caminamos y recorrimos la Kurfurstendam, acabando en un mitin masivo, donde a algunos nos pidieron que volviésemos a hablar. Habíamos alzado nuestras enseñas en el corazón mismo de la Europa dominada por los estadounidenses. La prensa de Springer había dicho a los berlineses que habría violencia y sangre, que Dutschke era el «enemigo público número uno» y que los ciudadanos debían disponerse a defender Berlín. En realidad, la marcha fue pacífica.

De todos los lemas coreados ese día, el que se acercaba más a la realidad era «Victoria para el FNL». En cuanto al menos probable, había una opción, pero «Todo el poder a los *soviets*» parecía la posibilidad más remota en Berlín, donde Neubauer seguía disfrutando de apoyo. (Años después lo declararon culpable de corrupción a gran escala y asociación delictuosa, y perdió su cargo, pero se mantuvo impenitente y defendió su gobierno autoritario de la ciudad.) Celebramos el éxito de la manifestación y yo invité a los líderes de la SDS a enviar un contingente a nuestra manifestación, programada para el mes siguiente en Londres. Aceptaron, al igual que Alain Krivine. Se percibía que la unidad de la izquierda europea contra la guerra era importante para aislar a Estados Unidos.

Una semana después, el Senado de la Ciudad de Berlín organizó una contramanifestación para mostrar su apoyo a la libertad y a la democracia. Obligaron a todos los funcionarios municipales a asistir y les prometieron pagarles horas extras por hacerlo. La prensa local potenció la histeria en tal medida que cualquier joven no vestido «adecuadamente» era considerado una amenaza para la civilización

occidental. Una joven inglesa que se alojaba en casa Neal Ascherson, corresponsal de *The Observer* en Berlín, salió a contemplar a la «mayoría silenciosa». La vieron, la tacharon de «puta estudiante» y la golpearon y pisotearon. Un pastor protestante y un abogado de derechas que acudieron a ayudarla fueron insultados y físicamente agredidos por los fanáticos, desesperados por luchar contra los estudiantes. Al no encontrarlos, buscaron objetos alternativos contra los que liberar las frustraciones y la ira acumulada.

El Congreso de Berlín sobre Vietnam supuso un punto de inflexión importante para el movimiento a favor de Vietnam en Europa. Constituyó la primera reunión verdadera de los clanes y reforzó nuestro internacionalismo, así como el deseo de un mundo sin fronteras. Toda la experiencia había sido profundamente estimulante. Y también tuvo un fuerte aspecto simbólico. Habíamos alzado un gran puño colectivo y lo habíamos hecho avanzar por encima de las barreras ideológicas de la Guerra Fría comenzada en Berlín después de 1948. La banda que ocupaba el poder al otro lado del Muro de Berlín estaba tan perturbada como los socialdemócratas de derechas. Todo se estaba descontrolando. El dramaturgo Peter Weiss se encontraba en Berlín Oriental, trabajando en una obra con el Berliner Ensemble. Lo necesitábamos en nuestro Congreso y en la manifestación. Sus cautelosos y preocupados anfitriones le aconsejaron que no se mezclara con los bárbaros de Dutschke. También ellos leían la prensa de Berlín Occidental y se dejaban influenciar por la propaganda, cuando les convenía. La SDS envió a Ulrike Meinhof al otro lado del Muro a «rescatar a Weiss» y traerlo de vuelta a nosotros, misión

que cumplió. La enviaron a ella porque era una de los pocos miembros de la SDS que militaban en el ultra ortodoxo y clandestino Partido Comunista de Alemania Occidental. Era columnista de la revista de izquierdas *Konkret* y estaba casada con su director, Klaus-Rainer Roehl. Yo la había conocido una tarde en el Club Republicano y me había impresionado mucho su intensidad y su inteligencia. Había hablado de los recientes triunfos del FNL en Vietnam con una satisfacción irreprimible. Pensé en ella a menudo en años posteriores, cuando se embarcó en una trayectoria política distinta.

MARZO

Para tener éxito, un movimiento ha de tener algunos éxitos. Los batallones antibélicos de Europa y Norteamérica recibieron un tremendo empujón con la ofensiva del Tet en Vietnam. Fue una época en la que realmente parecía que nuestras acciones en Occidente estuvieran coordinadas con lo que ocurría en los campos de batalla de Vietnam. «El movimiento antibélico en Estados Unidos y Europa —les gustaba decir en aquel momento a los líderes vietnamitas— es nuestro segundo frente, y tan valioso como la lucha que libramos aquí». La ofensiva del Tet no pretendía obtener una victoria directa. Su propósito era destruir por completo el mito de que los regímenes respaldados por los estadounidenses tenían un apoyo autóctono real y al mismo tiempo demostrar que, aparte del aniquilamiento nuclear, Estados Unidos no tenía modo de ganar la guerra. A comienzos de marzo, el asalto de los ejércitos del FNL en tres frentes ya

había provocado grandes motines de los soldados reclutados por el ejército títere, cortado la estratégica Carretera 4, que comunicaba Saigón con el delta del Mekong, y sitiado la fortaleza estadounidense de Khe Sanh, donde desde el 20 de febrero al 8 de marzo los estadounidenses habían perdido dos mil soldados y doscientos aviones y helicópteros, la mayoría destruidos en tierra. El general estadounidense que comandaba las fuerzas expedicionarias, que en aquel momento superaban el medio millón de soldados y técnicos, pidió que se enviaran más tropas a Indochina. El general De Gaulle, más astuto, respondió desde París con la observación de que, en el tipo de guerra que se estaba librando en Vietnam, cuanto más poderoso fuera un país y más medios horribles de destrucción tuviera a su disposición, menos posibilidades tendría de ganar. Exigió a los estadounidenses que retiraran las tropas. Recibió el respaldo de Robert Kennedy, que tachó los objetivos de Westmoreland de «inmorales» e «intolerables».

Lo verdaderamente inmoral e intolerable para los progresistas estadounidenses, sin embargo, era el hecho de que esta guerra no se pudiera ganar con rapidez. Si Estados Unidos hubiera conseguido establecer un régimen similar al de Corea del Sur, respaldado por la permanente presencia estadounidense, muchos de los que se opusieron a la guerra habrían mantenido un silencio aquiescente. Ése fue el verdadero significado de la ofensiva del Tet. Convenció al menos a medio Estados Unidos de que no se podía ganar la guerra. En dos entrevistas importantes concedidas en aquel momento, el legendario estratega vietnamita Vo Nguyen Giap dejó claro que planeaba una victoria total.

No se oponía a que se entablaran conversaciones en París, pero las conversaciones correspondían a los diplomáticos y él era un general al mando de un ejército vencedor. Cuando una periodista estadounidense le preguntó si planeaba infligir un Dienbienphu a Estados Unidos uno de aquellos días, Giap respondió:

¿Dienbienphu, señora? ¡Dienbienphu! La historia no siempre se repite. Pero esta vez lo hará. Obtuvimos una victoria contra los franceses y también la obtendremos contra los estadounidenses. Sí, señora, ellos también tendrán su Dienbiephu. Vendrá. Los estadounidenses perderán la guerra el día en que su poder militar esté al máximo y la gran máquina que han reunido ya no pueda avanzar. Es decir, los golpearemos en el momento en el que tengan más hombres, más armas y más esperanzas de ganar. Porque todo ese dinero y esa fuerza serán una piedra alrededor de su cuello. Es inevitable.

Esta asombrosa confianza se contagió a una capa entera de jóvenes de todos los países del mundo, incluida Europa. Lo vi con mis propios ojos en Reino Unido, mientras recorría el país para movilizar el apoyo a la manifestación del 17 de marzo. De repente los mítines habían aumentado. Su tamaño se había duplicado y triplicado, y había un ambiente de triunfo y desafío. La ofensiva del Tet demostró la vulnerabilidad del poder estadounidense y el contraste con las vergonzosas capitulaciones del gobierno laborista era tan agudo que esos mítines expresaban su ira por los fallos del laborismo. Por supuesto que siempre había algún

sectario de la SLL (*Socialist Labour League* — Liga Socialista del Trabajo), que había recibido instrucciones de atacar a la VSC, a mí y a todo el movimiento. Éste (porque nunca era una chica) pronunciaba siempre en mis mítines un discurso predecible y aburrido. Llegué a conocer tan bien la cantinela sectaria que en algunos mítines, cuando el hombre la SLL se levantaba, yo volvía a sentarme y murmuraba las palabras con él, para gran diversión de los presentes. Esto llevaba al de la SLL al paroxismo de la furia y sobre mi cabeza caían insultos como lluvia ácida. Siempre nos acusaban de lo mismo. Para empezar, nos culpaba de haber albergado ilusiones sobre Wilson. La culpa, por lo tanto, radicaba en nuestro sistema de pensamiento defectuoso y no en el cuaderno emborronado del gobierno laborista. Seguía que éramos víctimas del autoengaño y que el único mecanismo posible para salvar nuestras almas perdidas era unirnos a la SLL y preparar una huelga general para derrocar al régimen laborista. Llegados a esa fase, solían estallar las carcajadas, llevando al hombre de la SLL a lanzar un gran ataque contra la VSC y a animar a los estudiantes a no seguir con estas manifestaciones «aventureras». La lógica a este respecto era interesante. Una marcha a Grosvenor Square era una «aventura» local, mientras que el realismo sobrio dictaba una huelga general inmediata de la clase obrera británica para deponer a Wilson y preparar el camino hacia una insurrección. Tales conjuros se perdían en las reuniones de la VSC, pero sí daban a la plataforma una oportunidad de estudiar los rostros, los gestos y los despliegues bien ensayados de falsa ira que emanaban de estas personas. Por supuesto se trataba de una máscara sectaria pero, ¿qué había realmente debajo?

La SLL se declaraba un partido trotskista e indudablemente desfilaba bajo esa bandera, pero en el momento de nuestro encuentro mantenía un estilo político y un régimen interno totalitarios. No se toleraba la disensión interna, los principales enemigos eran los demás grupos de izquierda y mantenían un culto surrealista a la personalidad del «líder» de la secta. El modelo en el que basaban su estilo de polémica y organización parecía derivar del estalinismo. Habían atraído después de 1956 a una serie de intelectuales disidentes del PC, como Cliff Slaughter y Peter Fryer. ¿Cómo podían estos dos, entre otros, haber intercambiado sin más una forma de monolitismo por otra? Eran personas inteligentes, conscientes de lo que ocurría en su organización. Fryer la había abandonado transcurrido un periodo, pero la mayoría se quedó durante mucho tiempo. Eran, por supuesto, privilegiados en ciertos sentidos, porque se encontraban en los organismos rectores de la secta, pero ¿qué decir de los afiliados? ¿Y quiénes eran los afiliados? ¿Qué clase de persona se afiliaba a una organización como ésa? ¿Realmente pensaban que al hacerlo estaban aceptando la «disciplina del proletariado»?

Unos años más tarde, después de viajar a otras muchas partes de Europa y Asia, empecé a captar la plena respuesta a estas preguntas. Parecía que la ideología particular abrazada por dicho grupo no era el rasgo más importante de su vida diaria. La SLL declaraba a Trotsky su santo patrón. En Noruega, Suecia y Alemania había grupos exactamente con las mismas pautas de comportamiento e idéntica forma de organización. Pero en estos países llevaban insignias de Mao y vendían las obras completas de J. V.

Stalin. En Japón un grupo similar se basaba en el postrotskismo derivado de las obras de una estadounidense, Raya Dunayevskaya. Tras observar a los miembros de todas estas organizaciones en acción en diferentes momentos y en mundos distintos, costaba aceptar que la política estuviera al mando. A pesar de todas sus diferencias ideológicas, atraían a personas fuertemente imbuidas de un sentimiento de masoquismo y/o culpa, que veían en dichos grupos una forma de exorcizar otros fantasmas. El aislamiento y el sectarismo se convertían en parte de su terapia pseudopolítica. El duro y autoritario Comité Central sustituía a otras figuras de autoridad o compensaba la falta de una. Funcionaba en ambos sentidos. El tratamiento no funcionaba y no podía funcionar eternamente. Gran parte de los reclutas ordinarios renunciaban tras una permanencia limitada. Todas estas organizaciones experimentaban una rotación elevada. Otra característica era que muchos de los que las dejaban quedaban curados de la política para toda la vida, cáscaras calcinadas y convertidas en una sombra de su pasado yo. Este tipo de política me había apartado de la SLL en Oxford. A uno de los afiliados en aquel momento le habían prohibido vivir con su compañera porque no era miembro «del partido». A menudo me preguntaba cómo sería un estado dirigido por esa gente, y como respuesta surgían las imágenes de la Rusia estalinista.

No obstante, no podía evadir todas las responsabilidades políticas. Estaba quedando claro que una proporción considerable de los que se acercaban a oírme hablar quería respuestas que no estaban específicamente relacionadas con Vietnam. Aceptaban que era vital una campaña con-

centrada en una cuestión de importancia planetaria, pero no les parecía suficiente. Planteaban otras cuestiones, y exigían respuestas. Constantemente, al terminar un mitin, se me acercaban personas que me pedían consejo sobre qué forma de actividad política les recomendaría. Para entonces, todos habíamos dejado el Partido Laborista. ¿Cuál era la alternativa? La «inmersión profunda» del militante era muy poco apetecible. Además, su hostilidad a la VSC y ciertas similitudes organizativas con la SLL eran extremadamente poco atractivas. Mi actitud era que si uno tenía que trabajar en el Partido Laborista, el único método eficaz era hacerlo en conjunción con todos los demás socialistas que había en él. Crear una división sectaria dentro de un partido socialdemócrata me parecía una locura, pero debo confesar que todavía era un novato en la política de la izquierda británica. El modelo de *The Week* parecía el más productivo si uno quería continuar en el Partido Laborista. Pero a los jóvenes que entonces adoptaban una nueva forma de radicalismo no les interesaba en absoluto dicho partido. Analicé ese problema en más de una ocasión con Pat Jordan, pero estábamos tan inmersos en el movimiento contra la guerra de Vietnam que lo demás quedó en segundo plano.

Acababa de volver de una gira de conferencias por todo el país e informé al Comité de que el tamaño de las manifestaciones sería al menos el doble del anterior octubre, y probablemente aún mayor. Acordamos una lista de oradores para Trafalgar Square y se sugirió que dos de ellos (Vanessa Redgrave y yo) entregáramos una carta a la embajada estadounidense. Ése se estableció como objetivo oficial de la marcha, pero ¿cuales eran nuestros objetivos no

oficiales? Estos no se analizaban en reuniones más amplias, ya que no nos cabía duda de que había informantes presentes y activos. Pero entre un grupo más pequeño pasamos mucho tiempo analizando qué podíamos hacer. Presenté un análisis sobre la manifestación anterior. Si hubiéramos estado preparados podríamos haber ocupado la embajada, lo cual habría tenido un enorme valor propagandístico. Sin embargo, la combatividad y el número de los asistentes nos habían tomado por sorpresa. Esta vez, como resultado de las victorias del FNL en Vietnam, la combatividad sería mayor, y también nuestros números. Por lo tanto debía hacerse un intento serio de ocupar la embajada. Entonces Pat Jordan habló y dijo que sería extremadamente tonto imaginar que el Estado no estaría preparado. «Lo del pasado octubre nos tomó por sorpresa. Ciertamente. Pero también a ellos. Esta vez han podido contemplar todas nuestras actividades previas.» Estaba convencido de que cada uno de los discursos pronunciados en mi gira reciente había sido anotado y estudiado por los servicios secretos. Yo protesté. No había hablado de tácticas de lucha callejera en ninguna de las reuniones. «No se trata de eso —respondió Jordan—. Lo que importa es tu tono. No son tontos.» Alguien me preguntó si estaba dispuesto durante mi discurso en Trafalgar Square a afirmar en voz alta que el objetivo de la manifestación era atacar la embajada. Asentí. Se produjo un silencio. Entonces se pospuso el plan. Podían acusarme de incitación o de conspiración y encarcelarme varios años o, dado que sólo llevaba cuatro años y medio residiendo en Reino Unido, podían deportarme del país. Decidimos tomar la decisión en el último momento posible, cuando hubiéramos podido

evaluar la correlación de fuerzas sobre el terreno. Todos sabíamos que se trataba de una variante insatisfactoria de «ni chicha ni limonada», pero la mayoría de los doce presentes insistió en que no había otra posibilidad realista.

Tres días antes de la acción, interrumpimos veinte representaciones teatrales en Londres. Los activistas de la VSC subíamos al escenario —normalmente, aunque no siempre, al final de una escena— y hablábamos al público de nuestro movimiento. Los actores y el público nos aceptaban con mucha comprensión, y nos íbamos después de distribuir folletos. Sólo en el Black and White Minstrel Show el público se mostró extremadamente hostil, pero allí los «trovadores», que resultaron simpatizar enormemente con nosotros, salvaron la situación e insistieron en que el público nos escuchara. Otros aspectos menos agradables olían a agentes provocadores. Alguien había recorrido Londres superponiendo las dos siguientes palabras a los carteles de la VSC: «Vengan armados». Nos pareció un acto de algún organismo estatal, que intentaba aislar y debilitar nuestro apoyo; pero en ausencia de pruebas, todo lo que podíamos hacer era negar que esto tuviera relación con la VSC o con los grupos que apoyaban la manifestación. *The Economist*, dirigido en aquella época por Alastair Burnett, el «Bombardero», defendía de manera incondicional y acrítica las actividades estadounidenses en Vietnam. Por consiguiente, manifestaba una especial hostilidad hacia el movimiento contra la guerra. No le cabía duda de la identidad de los siniestros elementos que habían desfigurado nuestros carteles: «Al grupo de estadounidenses que *probablemente* (la cursiva es mía) superpuso a las pegatinas del organizador

el sello “Vengan armados” deberían detenerlo y deportarlo: los militantes británicos y de la Commonwealth son en general menos violentos y menos eficientes».

El día antes, el contingente de la SDS alemana llegó, o más bien destiló, a Conway Hall, donde efectuábamos los preparativos de último minuto cuando ellos entraron con su conocido lema de «Ho, Ho, Ho Chi Minh». Fueron recibidos calurosamente y se unieron a los preparativos. Venían bien preparados con cascos y su propia pancarta. También me habían traído de regalo un casco de la SDS. Insistieron en escuchar nuestros planes de batalla. Les dijimos que no teníamos. Expresaron molestia y escándalo. ¿No planeábamos ocupar la embajada? Yo presidía la reunión y expresé la posición oficial, pero la SDS fue directamente al grano: «Entendemos lo que dices, pero ahora te hacemos otra pregunta. Si las masas deciden de manera espontánea atacar la embajada estadounidense, ¿se proponen ustedes frenarlas o unirse a ellas?». Sintiendo que este interrogatorio se estaba volviendo muy íntimo para permitir una indiscreción, arrastré a los líderes de la SDS a otra sala. Allí les expliqué cuál era la postura de la VSC y por qué no podíamos pedir públicamente una ocupación. Discutieron un buen rato y con dureza. Yo simpatizaba con lo que decían, pero insistí con firmeza en que había que aceptar la opinión de la mayoría. Les recordé que el mes anterior en Berlín ellos habían aceptado una orden judicial que les restringía sus propios objetivos. Señalé que los que asistíamos al Congreso habíamos decidido aceptar su derecho a decidir las tácticas en una situación que ellos conocían mejor que visitantes como nosotros. Pedí cierta reciprocidad y buena voluntad. Final-

mente este argumento venció y suspendimos la sesión, dirigiéndonos a un restaurante italiano para tomar los refrigerios que tanto necesitábamos.

El clan Redgrave me había convocado esa tarde a un cónclave familiar en la casa de Vanessa en Hammersmith. Allí Corin me preguntó, en presencia de Vanessa y Lynn, qué intenciones teníamos respecto a la manifestación. Se parecía un poco al interrogatorio de un padre acerca de las perspectivas de su futuro yerno, pero fue una ocasión amistosa y les aseguré que, independientemente de lo que pudiera o no ocurrir, nos ocuparíamos de que Vanessa estuviera bien protegida. Después les hablé de los demás que hablarían o se manifestarían con nosotros ese día. Intercambiamos varios cumplidos más y volví a la sede de la VSC. Al final del día estaba agotado, pero la llegada de la SDS alemana me había hecho revivir. Varios se quedaron a dormir en el suelo de mi diminuto piso de Crouch End. Hablamos hasta la madrugada. Traían noticias preocupantes. La histeria contra ellos y, en especial, Dutschke, había aumentado desde el Congreso de Berlín y esto había llevado a la aparición de un núcleo extremista dentro de la SDS, que pedía una acción directa y más efectiva. Dutschke y otros se resistían a esta tendencia, pero los partidarios de la línea dura ganaban adeptos.

Cuando algunos de nosotros llegamos a Trafalgar Square al día siguiente, hora y media antes de la convocatoria, nos asombró lo que vimos. La plaza ya estaba llena y la insignia tricolor del FNL dominaba la gran multitud. Empezó a llegar cada vez más gente, y los encargados de contar nos dijeron que ya había más de 25 mil personas

presentes. Vanessa Redgrave traía saludos de otros actores, actrices y directores de cine. Los discursos fueron breves y directos, y todos los oradores atacaron la complicidad del gobierno laborista. Dos días antes, varios parlamentarios de izquierda habían escrito a *The Times*, expresando su apoyo a Harold Wilson. También ellos fueron atacados verbalmente y la respuesta de la multitud indicaba el desprecio por estos partidarios destartados de *The Tribune*.

En el avance hacia Oxford Street, el principal contingente de la VSC iba a la cabeza con un maravilloso despliegue de banderas y estandartes rojos, flanqueados por gigantescas insignias del FNL. Inmediatamente detrás de nosotros avanzaba la SDS alemana con su pancarta. La vista impresionaba y el ánimo estaba optimista. Si se hubieran registrado las conversaciones de los asistentes ese día, estoy seguro de que la abrumadora mayoría quería más que una simple victoria en Vietnam. Deseábamos un mundo nuevo, sin guerras, opresión y explotación de clases, basado en la camaradería y en el internacionalismo. La riqueza del Primer Mundo, utilizada de manera adecuada, podía ayudar a transformar el Tercer Mundo. Además, si en Occidente prosperaba un socialismo significativo, no sólo temblaría la City de Londres y su Estado, sino también los burócratas de Moscú, que estaban igualmente asustados ante el cambio que se propugnaba desde abajo. Sabíamos que a Praga había llegado una nueva primavera y que en la Universidad Charles y en el Partido Comunista Checo se estaban produciendo muchas discusiones interesantes. Eso era lo que Vietnam nos había enseñado a todos.

Llenamos Oxford Street, giramos hacia South Audley Street y avanzarnos hacia la plaza. La policía intentó fre-

narnos, pero éramos muchos y ellos pocos, y sus primeras líneas se desmoronaron, permitiéndonos entrar en Grosvenor Square y ocupar la zona inmediata a la embajada. No nos iban a dejar entregar una carta, así que pedimos a los ayudantes que pusieran a Vanessa Redgrave a cubierto. Después vimos los caballos de la policía. Se oyó el grito de «vienen los cosacos» y una tensión invisible nos unió a todos. Los brazos se unieron por toda la plaza mientras la policía montada cargaba contra nosotros e intentaba romper nuestra formación. Un policía montado aporreó a un hippy que intentó ofrecerle un ramo de flores hasta dejarlo en el suelo, se lanzaron piedras a los caballos y algunos policías quedaron desmontados, pero ninguno fue rodeado ni apaleado. La lucha continuó durante casi dos horas. Varios cientos de personas que vinieron a mi rescate y me rodearon para que ningún policía pudiera aproximarse mucho impidieron un intento de detenerme. Nos acercamos a la fortaleza imperialista, pero a las siete de la tarde decidimos evacuar la plaza. Muchos camaradas estaban gravemente heridos y a una embarazada la habían apaleado con fuerza.

Los teléfonos sonaron hasta última hora de la noche mientras cotejábamos cada vez más información. Indudablemente, había sido un enfrentamiento violento. Alain Krivine estaba asombrado por nuestra combatividad, de la que pensaba que Francia carecía. Por el contrario, los de la SDS alemana estaban descontentos. Pensaban que debíamos haber preparado a nuestros partidarios, haberles proporcionado cascos y haber peleado a bastonazos. Explicamos que uno de nuestros objetivos era ganar respaldo y que no estábamos tan aislados de la opinión pública sobre

Vietnam como la SDS en Berlín. Nuestra táctica distinta reflejaba esto. De hecho, una de las encuestas de opinión efectuada sobre la manifestación de Grosvenor Square revelaba que la mayoría de la población se oponía a la política estadounidense en Vietnam y, para nuestro gran placer, casi el veinte por ciento deseaba la victoria vietnamita.

En la marcha había habido diversas pancartas sindicales. El ataque lo había dirigido un grupo de albañiles en huelga del Barbican Theatre. Su supervisor, Frank Campbell, era un firme partidario de la VSC, y su diminuto contingente resultó valiosísimo en la línea del frente aquel día. Pocos de los que se habían manifestado con nosotros pensaban que nos hubiéramos comportado inadecuadamente. Uno de ellos, Mick Jagger, escribió unos meses después *Street fighting man*, indicando, en todo caso, su decepción por nuestra falta de preparación para la lucha. Durante el enfrentamiento de Grosvenor Square yo había captado a los camaradas de *New Left Review* y había visto a Perry Anderson limpiándose las gafas y comentando en voz alta a uno de los demás, «¡Éste es nuestro público, muchacho!». Lo aprecié mucho más al oír eso que en nuestro viaje boliviano.

La cobertura televisiva me dio una idea de lo que podía esperar de *Fleet Street* a la mañana siguiente. Las cámaras habían grabado y mostrado, al menos, algunos incidentes espantosos en los que los policías rodeaban y golpeaban a manifestantes. La prensa escrita fue, en general, sesgada, y los periódicos sensacionalistas dedicaron mucho espacio a las penurias de los pobres caballos. En los días siguientes me clasificaron como el instigador de toda la manifestación. La prensa y los parlamentarios *tories* exigieron que rodaran

cabezas y le dedicaron un espacio privilegiado a la mía en particular. El *Evening News* publicó tres días después de la manifestación que el fiscal jefe había ordenado una investigación de mis «actividades» y que «hoy se ha nombrado un superintendente de policía para efectuar una investigación. Un equipo de agentes del Servicio Especial (*Special Branch*) está estudiando las afirmaciones y los discursos anteriores de Tariq Ali. Pero los expertos de Scotland Yard opinan que será difícil presentar pruebas suficientemente irrefutables que permitan el procesamiento». Al leer esto recordé la reunión en la que Pat Jordan había advertido contra cualquier llamamiento público a ocupar la embajada. Cuánta razón había tenido.

El hecho de que el Servicio Especial tuviera un expediente con mis discursos me interesaba mucho. No me sorprendía demasiado, pero me agradaba saber que mis discursos se conservaban para la posteridad, en especial porque nunca los escribo. Habría sido útil tener derecho a ver dicho expediente para la redacción de este libro pero, por desgracia, dado que en Reino Unido no hay una ley sobre libertad de información, ese expediente y otros muchos permanecen inaccesibles.

En una reunión sobre *The Black Dwarf* celebrada en Cromwell Road al día siguiente fue gratificante descubrir que todos los relacionados con el periódico habían acudido a Grosvenor Square. David Mercer estaba indignado por las noticias de la prensa y redactó una carta a *The Times*, que el entonces augusto órgano de opinión de la clase dominante decidió no publicar. En su misiva inédita, el dramaturgo fustigaba a la prensa por su toma de postura y

su hipocresía y atacaba a los parlamentarios laboristas y conservadores por su moción parlamentaria registrando el respeto y la admiración que les merecía «la moderación escrupulosa y loable de la policía». Mercer planteaba nuestros argumentos con gran elocuencia y pasión:

Con extraordinaria torpeza recomiendan ustedes a los manifestantes una vez más que acudan a esos procedimientos constitucionales de los que saben perfectamente que no obtendrán resultados. De acuerdo con la fórmula democrática, ellos podrán entonces aplacar su conciencia avanzando sin prisas con su inútil comedia, o retirándose con honor ante la voluntad de la mayoría, expresada por el actual gobierno elegido. Admiten ustedes que «la adaptación de los procedimientos constitucionales no se ha mantenido al mismo ritmo que los recientes cambios de las condiciones sociales y de las suposiciones debidas a la costumbre» pero dan pocas señales de reconocer lo fundamental que es la discrepancia, o que inevitablemente el conflicto social rompe el punto muerto que las autoridades amedrentadas y las instituciones moribundas mantienen para conservar intacta para sus herederos involuntarios una sociedad podrida. Además, tres quintas partes del mundo y su gente están en una condición tristemente peor. En todas partes —de Venezuela a Mozambique, de Rhodesia a Vietnam— los pueblos luchan por liberarse de la humillación, la desesperación y la degradación. Sería cínico que esperemos que consideren nuestros sistemas sociales occidentales como paradigmas de la justicia social. Quieren la tierra, los recursos y el control social y econó-

mico en sus propias manos y están dispuestos a luchar por estos objetivos. Como los negros estadounidenses, han descubierto que nadie más que ellos efectuará un cambio social revolucionario en su nombre. La experiencia les ha enseñado que la negociación y las concesiones conducen en el mejor de los casos a pseudo-democracias miserablemente ligadas a los sistemas económicos y políticos de países explotadores; en el peor, a un despotismo brutal y oligárquico que opone el poder derivado de la aprobación y del capital occidentales a las necesidades de los pobres, que buscan de manera desesperada la dignidad y la identidad nacional.

...La verdad del asunto es que el capitalismo está ahora más seriamente asediado que en cualquier otro momento desde la década de 1930. Y la policía que acordonó la embajada estadounidense el domingo no se enfrentó a los hombres exhaustos de Jarrow, ni a los militantes comunistas ortodoxos en una reproducción de Cable Street, sino a un espectro de opinión educada e informada que ya no estaba dispuesta a tolerar la simulación.

La violencia del domingo no fue una especie de lapso deshonoroso en los métodos decentes de expresión pública en una sociedad democrática; fue resultado dramático de diferencias profundas e irreconciliables que supe los límites entre viejos y jóvenes, derecha e izquierda, o cualquier otra antítesis apropiada a la que todavía se aferra un orden amenazado. Mientras ocurra en Vietnam o en cualquier otra parte, a la mayoría no le molesta indebidamente; sólo le hace chasquear la lengua ante el horror de todo. Cuando ocurre en Grosvenor Square, surge un sentimien-

to de indignación pública y los artículos de los fariseos babosean en los periódicos. La irrealdad de la respuesta es asombrosa. Se entregan a la policía zanahorias para esos pobres caballos. Bajo una fotografía de una joven con los muslos descubiertos y maltratados por la policía, hay un pie notable por su malicioso término victoriano ambigualmente erótico: «un azote». Nuestros medios de comunicación de masas hincan con avidez las mandíbulas en las entrañas de la disensión, salen de allí atildados y satisfechos de sí mismos como es habitual. Después de todo, la moraleja de la violencia está clara: está mal, cometida por cualquiera, en cualquier lugar y en cualquier momento, salvo contra los manifestantes. La «autoridad» atrincherada parece situar la culpa en todas partes excepto dentro de sus propias responsabilidades intrincadas y complejas.

Si los policías persisten en defender físicamente (después de todo a ellos les pagan y a los manifestantes no) una sociedad cuyos supuestos y valores están perdiendo rápidamente el sentido para cualquiera capaz de pensar, sus heridas no son más lamentables que las de quienes al menos tienen cierta idea de qué trata el alboroto.

Pero las cartas como aquella estaban destinadas a quedar inéditas. A ninguno nos sorprendió especialmente. David Mercer había aceptado formar parte del grupo de trabajo que producía *The Black Dwarf*, y esto era más importante para nosotros que disgustarnos por lo de Fleet Street. Mercer no era de esos que sienten que el gran arte o la literatura trascienden a la política. Estaba a favor de la unidad de la estética y el compromiso político, como otros escritores y

dramaturgos del momento. El grupo de trabajo en aquel momento estaba compuesto por Clive Goodwin, Mercer, Adrian Mitchell, Mo Teitelbaum, el diseñador Robin Fior, D. A. N. Jorres y yo. Los sucesos de Grosvenor Square convencieron a muchos de que teníamos audiencia para el periódico, y los preparativos para la edición de la hoja de prelanzamiento estaban muy avanzados.

Las repercusiones de la manifestación continuaron como una onda expansiva. En la VSC sencillamente nos inundaron desde todo el país con solicitudes de información y conferenciantes. Pat Jordan señaló que si yo hubiera aceptado cada invitación para los meses de abril y mayo de 1968 habría hablado en seis mítines diarios. Los feroces ataques personales y políticos que me dedicaron los medios de comunicación y un amplio abanico de parlamentarios laboristas y conservadores, así como periódicos como *Tribune* y el periodichucho de la SLL del momento, me hicieron pensar más seriamente que nunca antes en la posibilidad de afiliarme a un partido político. Los tres mosqueteros de la Cuarta Internacional —Pierre Frank, Ernest Mandel y el italiano Livio Maitan— habían hablado recientemente en un encuentro en Londres. Para entonces yo también había comprado y leído la *Introducción a la teoría económica marxista de Mandel*, así como diversos folletos del mismo autor y de otros sobre la política mundial. Mandel, Frank, Maitan, Jordan *et al.* eran seguidores incondicionales de la tradición trotskista, pero al contrario de los hombres de la quinta monarquía que componían la SLL u otros hermanos sectarios similares, me parecían llamativamente abiertos, creativos, relativamente adogmáticos y no completamente

carentes de sentido del humor. Éstas eran consideraciones subjetivas. En el plano de la objetividad yo debía admitir que se trataba del único grupo que había decidido convertir la defensa de la revolución vietnamita en su prioridad fundamental ya desde 1965. Además, habían creado o intentado crear organizaciones por todo el mundo, lo cual suponía que podía seguir afiliado incluso cuando volviera a Pakistán. Sólo tenía un competidor serio: el grupo IS (*International Socialists*), que incluía a muchos amigos personales, pero cuya política siempre me había parecido completamente eurocéntrica. Esta opinión se había reforzado en diversos aspectos por el trabajo común dentro de la VSC. En algunas reuniones locales los ponentes del IS insistían en equiparar la resistencia épica de los vietnamitas con algo que estuviera ocurriendo en Reino Unido. Un ejemplo clásico de esto se produjo cuando un líder del IS hizo referencia a una minúscula e irrelevante, aunque muy valiosa, huelga de alquileres de un pequeñísimo bloque de viviendas públicas del norte de Londres y afirmó que formaba «parte de la misma lucha que están librando los vietnamitas». Era un impulso indudablemente decente, pero con una lógica política absurda. En 1967-1968, sin embargo, el IS tenía una gran ventaja sobre los demás: disfrutaba de un régimen interno muy relajado y un pragmatismo táctico igualmente estimulante, pero todo empezó a cambiar al aumentar su número de afiliados.

Cuando aclaro mis ideas tiendo a reaccionar con bastante decisión. A veces esto provoca errores por mi parte, pero lo sigo prefiriendo a actuar con interminables retrasos, indecisiones, titubeos y demás. En cuanto decidí apos-

tarlo todo a *The Week*, o mejor dicho, al grupo que había tras ella, no perdí más tiempo. Les dije a los camaradas Jordan y Tate que me gustaría unirme a la Cuarta Internacional y, dado que ellos tenían la franquicia en Reino Unido, me gustaría formar parte de su diminuta banda. Los dos hombres se miraron entre sí, parecieron un tanto azorados además de complacidos, y me dijeron que lo hablarían con «los demás» y me informarían del resultado. Esperé un día, dos, y finalmente transcurrió una semana sin que me respondieran. Me pregunté si mis conocimientos políticos estarían en duda y rápidamente me leí la asombrosa *Historia de la Revolución Rusa de Trotsky*. Sigue siendo la crónica más fascinante de cualquier revolución que yo haya leído jamás y lo que me asombró, aparte de la política, fue la enorme belleza del lenguaje. No se trataba sencillamente de una obra maestra histórica, sino también literaria. Este aspecto de Trotsky había atraído a un conjunto de intelectuales neoyorquinos durante la década de 1930. Edmund Wilson, Irving Howe, Mary McCarthy, Dwight Macdonald y otros habían caído presa del arte y la destreza de Trotsky. La calidad de la prosa era demoledora, y recuerdo que después de terminar su historia me sentí extremadamente triste por la idea de que debido a que el estalinismo había anatemizado a este hombre, millones de personas situadas bajo la influencia de Moscú no habían leído sus escritos. Qué mejor libro para explicar el año 1917 a las nuevas generaciones en China y Vietnam que la magistral crónica de Trotsky, sin precedentes en los anales de la revolución. El bloqueo mental provocado por el estalinismo profundizó mucho, y a muchísimos intelectuales que rompieron con el comunismo oficial en

1956 les resultó muy difícil leer a Trotsky, mientras que alguien como Michael Foot había leído a Trotsky y a Deutscher y rendido tributo al genio de ambos hombres.

Terminé el libro en una semana, pero los camaradas seguían sin responderme. Al final, Pat Jordan me invitó a comer en el Ganges, un restaurante de Gerrard Street. Lo frecuentaban muchos izquierdistas porque el propietario, Tassaduque Ahmed, se calificaba de marxista y a menudo se unía a los debates durante las comidas. Pronto quedó claro por qué habían tardado tanto en procesar mi solicitud de admisión. Pat Jordan explicó, después de varias cervezas, que dado que yo estaba tan acostumbrado a hablar en grandes concentraciones y congresos, consideraban que tal vez no fuera consciente del pequeño tamaño del grupo. Puesto que la fuerza numérica de los batallones de Pat Jordan no me preocupaba, sencillamente me reí y pregunté cuántos afiliados tenía el grupo en ese momento. «Es mucho, mucho más pequeño que el IS», respondió. Probé de nuevo. «Lo sé, Pat, ¿pero cuántos cuerpos tenéis?» Siguió una larga pausa. «Eh, eh, unos cincuenta —respondió—, y de ellos, treinta están en Nottingham. Ya sabes, por supuesto, que nos escindimos de Ken Coates...» Debo confesar que me asombró, porque había supuesto que tenían unos veinte afiliados. «¿Estás seguro de que son realmente cincuenta, Pat?», pregunté. Otra larga pausa. «Bueno, tal vez se acerque más a cuarenta, pero hay montones de contactos y creceremos con rapidez». Le dije que no me importaba demasiado que fueran diez o veinte, y que seguía queriendo unirme a ellos. «En ese caso, considérate miembro», contestó, y brindamos por el futuro de la Internacional.

Pregunté si el grupo tenía nombre y, para mi alivio, lo tenía, y también reglamento, que recogí al día siguiente. Me había unido al Grupo Marxista Internacional (*International Marxist Group*), sección de la Cuarta Internacional.

ABRIL

Los feroces ataques de la prensa contra la Campaña de Solidaridad con Vietnam así como las medias verdades, las mentiras y las calumnias que se repetían contra mí no habían aislado al movimiento. Todo lo contrario, el tamaño de los mítines en las universidades y en los pueblos se cuadruplicó. Pensábamos que hacía falta una masiva demostración de fuerza en octubre de 1968, y decidimos organizar una serie de congresos regionales en Yorkshire, Escocia, Gales y las Midlands para planear nuestra estrategia. Esto me suponía aproximadamente otro mes en la carretera, pero ya se estaba volviendo parte de la rutina cotidiana. También se aproximaban los ritos de Pascua de la CND y habíamos decidido no pasar por alto su marcha, sino unirnos a ella con nuestras pancartas y obtener apoyo para la VSC y para la movilización de octubre.

Una noche, ya tarde, me llamaron de Berlín. Era una amiga de la SDS que durante varios minutos fue incapaz de hablar después de oír mi voz, porque sollozaba sin control. Me quedé paralizado de la preocupación y le rogué que explicara lo ocurrido. Un fanático de derechas había disparado contra Rudi Dutschke. ¿Estaba vivo? ¿Era muy grave la herida? ¿Dónde estaba? Estaba en cuidados intensivos e inconsciente. La bala le había entrado en la cabeza y lo iban

a operar pronto, pero tenía escasas posibilidades de sobrevivir. La SDS había convocado manifestaciones en toda Alemania y estaban informando a amigos de toda Europa. Era la víspera de la asamblea de la CND en Hyde Park. Llamé a varios miembros del comité de la VSC y acordamos por teléfono que había que hacer algo, y pronto, pero tomaríamos la decisión definitiva al día siguiente por la tarde, cuando tuviéramos presente y dispuesto al contingente de la VSC de Londres. Yo estaba seguro de que tenía el teléfono intervenido y de que me estaban leyendo la correspondencia antes de enviarla, pero dado que no estaba inmerso en tramas de atentado contra ningún edificio, no me preocupaba en exceso. Sí me impedía analizar las tácticas detalladas de las manifestaciones por teléfono, aunque incluso esta auto-disciplina resultaba a menudo difícil de cumplir.

Esa noche el teléfono no dejó de sonar. Eran amigos de Alemania, Ernest Mandel de París y muchos partidarios de la VSC en Gran Bretaña. El intento de asesinato de Rudi Dutschke había puesto a todo el mundo en acción. Intenté recordar cada detalle del hombre. Su pelo impresionantemente largo, sus ojos intensos, su poderosa oratoria, que a menudo hacía olvidar la fuerte veta cristiana que siempre había tenido cierta influencia en su vida. Había nacido en Alemania Oriental, convertida en Estado independiente cuando él era niño. Estaba profundamente influenciado por el protestantismo y quería estudiar teología en Berlín Oriental, pero semejante elección no se fomentaba mucho por aquel entonces. Al joven Dutschke no le había gustado el ritual ateo diseñado por el nuevo Estado para los escolares menores de dieciséis años, que sustituía a la confirma-

ción cristiana. A quienes no lo aceptaban, se les negaba una carrera en el partido y a menudo los reclutaban para el ejército antes de permitirles acudir a la universidad. Dutschke no quiso entrar en el ejército y decidió huir a Berlín Occidental. Allí cayó bajo la influencia de teólogos radicales y la bibliografía de la Escuela de Frankfurt, en especial Marcuse. La combinación de ésta con su propio estilo cristiano había dotado sus declaraciones de un sabor mesiánico, que encantaba a la SDS, pero contrariaba a las clases dominantes. Vivía con Gretchen, una estadounidense también teóloga, y tenían un hijo llamado Che.

La prensa de Springer era notoriamente reaccionaria. Derivaba de la Guerra Fría, y sus periódicos organizaban eficaces campañas contra sus enemigos políticos. Una nación derrotada se muestra a menudo frustrada, agresiva y resentida. Las publicaciones de Axel Springer intentaban canalizar la desesperación de posguerra hacia una cruzada anticomunista. El carácter del régimen de Alemania Oriental indudablemente ayudó en el proceso, cuyo blanco era la izquierda de Alemania Occidental. Yo había captado algo de esto en Berlín unos meses antes. Las malignas caricaturas de Dutschke, que lo presentaban como un asesino bolchevique enloquecido, eran práctica común. El futuro asesino, Bachmann, declaró posteriormente ante el tribunal que toda su imagen de Dutschke la había formado la prensa de Springer. Detalló los comentarios de periódico que le inspiraron el asesinato del maniaco rojo. En Berlín, los estudiantes atacaron los edificios de Springer para dejar claros sus sentimientos.

El 15 de abril, el día siguiente al atentado, levantamos en Hyde Park estandartes de la VSC y empezamos a apelar

a los miembros de la CND para que se unieran a nosotros en una marcha ante la embajada de Alemania Occidental y las oficinas de Springer en Londres. La SDS nos había dejado su pancarta después de la manifestación de Grosvenor Square y ahora la montamos en dos postes y le dimos lugar de honor tras la plataforma. Cuando reunimos dos mil personas (aproximadamente la sexta parte de la marcha de la CND) salimos de Hyde Park y nos dirigimos a la embajada alemana, situada en Belgrave Square. Se produjeron unos cuantos enfrentamientos simbólicos con la policía, pero un alto funcionario de la embajada aceptó vernos y yo encabezé la delegación que entró. Naturalmente el funcionario estaba profundamente afectado por el incidente. ¿Estaba también «profundamente afectado» por la campaña que desde hacía un año había montado la prensa sensacionalista de Springer?, pregunté en tono muy bajo. No respondió. A continuación le comuniqué que, si prohibían la SDS alemana, se organizaría un sitio permanente contra las embajadas alemanas en toda Europa. Esto no había ocurrido en la década de 1930, por eso nosotros garantizaríamos los derechos de la SDS como organización estudiantil de masas.

Después salimos de la embajada y marchamos hacia las oficinas de Springer, situadas en los edificios del *Daily Mirror* en Holborn Circus. La consigna «Springer hoy, King mañana» (una referencia a Cecil King, propietario del grupo Mirror en aquel momento) estaba escrita en letras grandes en la primera pancarta de *The Black Dwarf*, que ese día portaban con orgullo Clive Goodwin y David Mercer. Ante el edificio del *Mirror* había una presencia policial mucho mayor que ante la embajada alemana, un interesante re-

flejo de las prioridades de Scotland Yard. Un contingente de hippies conbativos iba liderado por Sid Rawle, vestido con una túnica larga, que quería entrar con sus seguidores en el edificio. Marchaban tras una pancarta que decía simplemente «Mártires del cannabis». «Bueno —le dijo Sid al pelotón hippy—, ya vieron el puto edificio del *Mirror*. No quiero verlo, quiero tomarlo...» Cargaron, pero ese día la presencia policial era muy fuerte. Por último, el comandante Lawlor salió y me dijo que el representante de Springer había aceptado verme. Nos escoltaron a seis de nosotros al interior del edificio y nos llevaron al despacho de George Clare, director del Grupo Springer en el Reino Unido. Hablamos. Él escuchó. Acusé a su organización de instigar al asesinato. Él dijo que trasladaría nuestras opiniones a la sede central en Hamburgo. Alguien de nuestra delegación dijo que si seguían comportándose de ese modo, la SDS alemana les trasladaría algo más que mensajes. Se encogió de hombros, y nosotros salimos.

Fuera, los ánimos estaban alterados. Habían detenido a veinte personas. Me subí a una furgoneta para hablar. Todo lo que pretendía decir era que debíamos disolver la marcha y dispersarnos por Lincoln's Inn Fields. Antes de que pudiera emitir una sola palabra un policía armado cargó contra mí y me sujetó por las piernas, pero simultáneamente docenas de activistas de la VSC me arrastraron en la otra dirección. Por suerte, el policía me dejó ir y me apartaron hacia un lugar seguro. Después vino Lawlor, preguntó qué intenciones teníamos y recibió un abucheo por su estúpido intento de detenerme. Cuando se alejó, disolvimos la manifestación y nos dispersamos como estaba planeado.

A pesar de que en Belgravia sólo se había producido un pequeño altercado, el titular de la primera página de *The Times* al día siguiente era «LONDRES MARCHA SOBRE LA SEDE DE SPRINGER: cientos de personas en un enfrentamiento en la embajada». El cuidadoso periodista que redactó la noticia que había bajo el titular, sin embargo, fue mucho más preciso.

De este modo rendimos nuestro tributo al socialista alemán Rudi Dutschke, que sobrevivió a sus heridas y empezó a experimentar una lenta recuperación, aunque le resultaba difícil seguir viviendo en su Alemania natal. Había abandonado voluntariamente Alemania Oriental; y después de que le metieran una bala en el cerebro también se sentía incapaz de vivir en Alemania Occidental.

Claramente, estos acontecimientos influyeron en Cecil King. El 17 de abril, dos días después de nuestra manifestación, el *Daily Mirror* anunció en su primera página que ofrecía espacio a lo que el gran titular declaraba que sería «La voz de la protesta sin censura». Dos días después me invitaron a escribir un artículo de primera plana para expresar nuestras opiniones a sus «cinco millones y medio de lectores». Tras explicar por qué nos había desilusionado el gobierno laborista y la parálisis de la izquierda parlamentaria, esboqué las principales razones de nuestras protestas:

1. Romper el silencio. No hay una verdadera oposición en el país. La oposición periodística es en gran medida artificial. A los socialistas les parece que todo el proceso «democrático» está del lado de la reacción.

La Cámara de los Comunes es simplemente un sello de caucho al que no se consulta en asuntos importan-

tes (muchos recuerdan que la decisión de fabricar bombas atómicas no la tomó el Parlamento). Un obvio ejemplo reciente es ver a los banqueros internacionales vetar el Presupuesto y decirle al Sr. Jenkins cuánto desempleo debería crear. Cada vez hay más poder acumulado en menos manos (obsérvense todas las fusiones industriales recientes) y esto está destruyendo el proceso democrático. Debemos también tener en cuenta que el 90 por ciento de la prensa nacional está controlada por cinco hombres.

2. Ver a un pequeño ejército campesino infligir fuertes bajas en las junglas de Vietnam a la nación imperialista más poderosa del mundo ha tenido un efecto vigorizador en muchos militantes. Los diecinueve guerrilleros que murieron después de ocupar la embajada estadounidense en Saigón durante varias horas son muy admirados. Sentimos que si, durante la ocupación de Francia, varios comandos británicos hubieran hecho lo mismo en la embajada nazi, habrían recibido la Cruz Victoria a título póstumo. Además, en la Suecia socialdemócrata vemos a los ministros del gobierno sueco marchar con los manifestantes para protestar ante la embajada estadounidense, uniendo sus brazos con los representantes del Frente de Liberación Nacional y con Hanói. En este país, a estos representantes ni siquiera se les permite entrar, y la socialdemocracia británica sigue respaldando la política estadounidense en Vietnam. Las tropas británicas preparan a infantes de marina estadounidenses en Malasia...

Las páginas no permanecieron abiertas mucho tiempo, pero se demostró que hasta los magnates de la prensa eran susceptibles a la presión de las masas. Lo más impor-

tante es que recibí cientos de cartas de respuesta, la mayoría favorables y más de la mitad preguntando cómo podían unirse a la Campaña de Solidaridad con Vietnam. Estaba claro que unir a Springer y Cecil King en nuestras pancartas había obligado al *Daily Mirror* a suavizar su tono, lo que consideramos una pequeña victoria.

LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Las revoluciones son festivales de los oprimidos y de los explotados... En semejantes ocasiones los pueblos son capaces de hacer milagros, si se miden con la limitada e ignorante vara del progreso gradualista.

Pero en esos tiempos también es necesario que los líderes de los partidos revolucionarios presenten sus objetivos de manera más general y audaz, para que sus consignas siempre se adelanten a la iniciativa revolucionaria de las masas, sirvan de faro... y les muestren la ruta más corta y directa hacia la victoria completa, absoluta y decisiva.

V. I. Lenin, 1905

El Primero de Mayo de 1968 celebramos la primavera y conmemoramos a los mártires obreros de todo el mundo. Había unos cuantos sindicalistas presentes, veteranos de luchas pasadas, y marchamos hacia Transport House, en Smith Square. Las consignas eran una combinación de lo viejo y lo nuevo. Se distribuyó de manera gratuita un número de prelanzamiento de *The Black Dwarf*, y dado que se podía llevar como un cartel —mostraba a Enoch Powell con la visera de un oficial de las SS— muchos manifestan-

tes lo portaron para manifestar su desprecio hacia el político conservador. Poco antes, Powell había pronunciado su infame discurso sobre los «ríos de sangre», atacando la presencia de rostros negros en su tierra blanca y agradable. En Transport House varios de nosotros hablamos sobre diversos temas y después nos dispersamos. Cuando me alejaba con unos amigos del *Cartoon Archetypal Slogan Theatre* —un grupo teatral de propaganda política, precursor del nacimiento del teatro experimental radical de la década de 1960— nos fijamos en una horrible manifestación en apoyo a Powell en la que participaban repartidores de carne de Smithfield y, para nuestro horror, estibadores de Tilbury. Los fascistas británicos siempre habían tenido una base fuerte en Smithfield. Supongo que la visión de la carne ensangrentada fomenta las fantasías de uno u otro tipo, pero los estibadores representaban una nueva ola. Por desgracia ellos también me habían visto a mí e indicaban con gestos y palabras que deberían lincharme y decapitarme, aunque los elementos moderados solamente pedían mi deportación. Esta última idea no era original. La habían recogido de James Mellish, un ministro laborista, que escribió públicamente a James Callaghan, el secretario de Interior, pidiendo mi expulsión del país. Callaghan había expresado gran comprensión y simpatía por Mellish, comunicando con pesar a su colega de gobierno que a no ser que me detuvieran, me procesaran por algún delito y me condenasen, no podría actuar. Yo era ciudadano de la Commonwealth y por aquellos días tenía derecho a residencia permanente automática y a la nacionalidad después de residir cinco años en el país. Faltaban aún cinco meses antes de que estuviera

seguro, y a muchos activistas de la VSC los comentarios de Callaghan les parecían una invitación abierta a la policía y a los jueces para que hicieran lo que debían. En cualquier caso, este hecho provocaba una defensa espontánea de mi persona durante las manifestaciones. Ese Primero de Mayo éramos muy pocos y mientras un grupo de repartidores de carne y estibadores, con el rostro distorsionado por el odio y una mirada frenética en los ojos, corría hacia mí, Roland Muldoon, nunca dado a falsas heroicidades, decidió que había llegado el momento de retirarse. Echamos a correr.

Tres días después, los estudiantes franceses empezaron a alborotarse de nuevo, y en toda Europa se escucharon los dolores de parto de un nuevo movimiento. Antes de la Segunda Guerra Mundial, Francia sólo tenía sesenta mil estudiantes en una población de 42 millones de habitantes. En 1958, cuando De Gaulle se hizo con el poder y puso en desbandada la Cuarta República, la cifra había aumentado a 170 mil. En 1968, Francia tenía cincuenta millones de habitantes y el número de estudiantes había aumentado drásticamente a seiscientos mil. El sistema universitario se enfrentaba a una doble crisis: los edificios, las residencias estudiantiles y las instalaciones eran insuficientes y la calidad de la educación se resentía. Estos fueron los fenómenos superficiales que proporcionaron el material de base para la revuelta que siguió, ayudados por una estructura autoritaria y el absurdo intento de imponer una disciplina rectoral. Les salió el tiro por la culata, pero si eso no hubiera proporcionado la chispa cualquier otra cosa hubiera servido. La verdad es que Francia estaba lista para explotar. Diez años de gaullismo habían asfixiado a la sociedad francesa.

La tasa de crecimiento había disminuido y el desempleo había subido al 2.3 por ciento. A esto se unió la congelación salarial. El tamaño de la clase trabajadora había aumentado un treinta por ciento. El descontento nacional encontró su primera voz entre los estudiantes. Después de todo, Pierre Frank no se había equivocado.

Nos estábamos preparando para producir el primer número propiamente dicho de *The Black Dwarf*, pero estaba claro que no podríamos cumplir la fecha límite del 15 de mayo de 1968. Habíamos planeado producir un periódico con el formato sábana de *The Times*, pero prácticamente todas las tipográficas con las que contactamos se negaron a encargarse de él. Un gerente nos dijo «su tono está completamente equivocado». Varios propietarios de imprentas pequeñas también nos rechazaron, así que finalmente redujimos el tamaño y acudimos a Goodwin Press, que aceptó sin condiciones previas, algo poco sorprendente, porque hacían las impresiones de la CND. Esto fue un alivio, pero nos obligaba a cambiar nuestro estilo y nuestro diseño rápidamente. Robin Flor y Dan Jones estaban trabajando en el periódico cuando las noticias procedentes de París empezaron a calentarse cada vez más. Llamé a un amigo, que me pidió que fuera allí lo antes posible. Habían cerrado Nanterre. Se habían producido enfrentamientos en las calles y la Sorbona estaba ocupada. Las descripciones eran mágicas, pero yo tenía toda una serie de actos en diferentes partes de Gran Bretaña en los que debía hablar y eso, unido al lanzamiento del *Dwarf*, me impedía viajar esa semana. En cambio hice un millón de preguntas por teléfono, para informar en las asambleas en las que debía hablar.

En el movimiento estudiantil estaban influyendo principalmente dos grupos: el Movimiento 22 de Marzo, que había surgido en Nanterre y adoptado el nombre de su fecha de movilización, como Fidel Castro y el Che Guevara habían creado el Movimiento 26 de Julio, y la JCR.

El primero era una agrupación paraguas espontánea cuyo principal portavoz era Daniel Cohn-Bendit, un brillante estudiante de sociología de veintitantos años. Era un anarquista libertario, extremadamente hostil al Partido Comunista Francés. Estaba respaldado a la izquierda por Daniel Bensaid, dotado teórico y orador, también líder de la JCR. Cohn-Bendit y Bensaid, a pesar de las diferencias doctrinales, trabajaban juntos con facilidad. Estaban unidos contra los diversos sectarios que se burlaban del movimiento estudiantil desde la barrera.

El 6 de mayo, los estudiantes de la Sorbona resistieron doce horas contra dos fuerzas policiales, los *garles móviles* y la muy odiada CRS. Derrotaron un intento policial de poner fin a la ocupación. El Barrio Latino recibió el apelativo de Heroico Barrio de Vietnam. Al auditorio principal de la Sorbona le cambiaron el nombre a Auditorio Che Guevara. Habían detenido a varios líderes estudiantiles y la principal exigencia ahora era su liberación inmediata e incondicional. El 7 de mayo se izó una pancarta del Movimiento 22 de Marzo, y tras ella decenas de miles de estudiantes tomaron las calles de París hasta el anochecer. Había nacido un nuevo movimiento. Al día siguiente se distribuyeron cientos de miles de folletos del Movimiento 22 de Marzo titulados: «No seremos los guardianes del capital». Anunciaban que el movimiento quería un cambio revolucionario de

la sociedad y que los estudiantes se negarían a permitir el funcionamiento normal de las universidades mientras no se liberara a los estudiantes encarcelados y no se retiraran todas las sanciones. Convocaba una manifestación masiva para el viernes 10 de mayo y pedía a los asistentes que se reunieran en la Place Denfert Rochereau, a la vista de la absorta estatua del león. La llamada fue respaldada por el equivalente francés de la Unión Nacional de Estudiantes británica (la UNEF) y por la JCR.

A las 18:30 del 10 de mayo de 1968, más de treinta mil estudiantes se reunieron en el punto acordado y bloquearon el tráfico en tres kilómetros. Cohn-Bendit se dirigió a los manifestantes y les preguntó adónde les gustaría ir. Se mencionaron tres objetivos: la cárcel de Santé, el ORTF (la BBC francesa) y el Ministerio de Justicia. Varios miles se unieron a la marcha en camino a la cárcel, que estaba defendida por policías armados. Los manifestantes se dirigieron entonces a la margen derecha del río y al ORTF, pero la policía los aventajó y los obligó a subir por el boulevard Saint-Michel en lugar de bajar por St. Germain. En el Boulevard Saint-Michel, la vanguardia estudiantil se encontró rodeada de policía por todas partes. La elección era dispersarse o quedarse y luchar. Cohn-Bendit sugirió que ocuparan el Barrio Latino «sin preocuparse por la policía» y lo conservaran hasta que los policías se marcharan. Entonces la marcha podría avanzar hasta el ORTF. Los militantes estudiantiles ya estaban levantando los adoquines para construir barricadas. Después de todo, estaban en Francia, y la conciencia sumergida de anteriores revoluciones afloraba de nuevo. Dos mujeres militantes escribieron más tarde: «Al igual que otros tenían veinte años cuando

las hordas nazis se abatieron sobre Francia, al igual que otros tenían veinte años cuando Argelia sacudió a los fieles de un colonialismo fétido, nosotros teníamos veinte años en Mayo».

Y podrían haber añadido, citando a Wordsworth, que su juventud, que era «divina» había trascendido a la bendición de la propia existencia. Los adoquines del Barrio Latino (ahora cubiertos de horrible asfalto) fueron tratados con gran amor aquella noche. Por todas partes se levantaban barricadas y a media noche los militantes se miraban unos a otros y comentaban qué barricada merecía el premio Engels. Algunas las habían construido dobles: una hilera de adoquines de un metro de alto, un espacio vacío, y después un muro de tres y hasta tres metros y medio de altura construido con coches, postes metálicos y contenedores de basura. Los habitantes del Barrio Latino, las personas que realmente vivían allí, resultaron bastante comprensivos. Proporcionaron comida y agua, azúcar y telas para confeccionar máscaras protectoras contra el uso inevitable de gases lacrimógenos. Los ciudadanos mayores que observaban a los estudiantes desde las ventanas de los pisos recordaban algo de su pasado y bajaban ataviados sólo con el *pijama*, para ayudar a construir alguna barricada. En las barricadas se colocaron banderas rojas. Muchas eran las antiguas tricolores después de arrancarles el azul y el blanco. Algunos ciudadanos subían a los tejados para ver si lograban divisar al enemigo y bajaban para informar a los estudiantes de cualquier movimiento.

El ataque policial se produjo a las dos de la mañana en la Place de Luxembourg. Las unidades de la CRS envia-

das para poner fin a la ocupación lanzaron granadas de gas para cegar y sofocar a los estudiantes. Al principio estos se mantuvieron a la defensiva. Pero después decidieron contraatacar. Para su asombro, descubrieron que habían derrotado a la policía, y los observadores vitoreaban desde las aceras. El enfrentamiento duró hasta las cuatro y media de la mañana. Dos horas después, todas las unidades policiales se habían retirado. El Barrio Latino permaneció liberado. Al día siguiente, el gobierno francés aceptó las principales exigencias de los estudiantes. En tiempos normales esto habría bastado para desactivar el movimiento, pero Francia en mayo de 1968 se asfixiaba bajo la Quinta República. Los estudiantes habían demostrado al resto del país que es posible empezar a respirar de nuevo.

En Londres, *The Black Dwarf* envió a Clive Goodwin a París al día siguiente de la noche de las barricadas. Me llamó enloquecido del entusiasmo. «Aquí hay una revolución. El periódico debe reflejarlo...» Había visto pintas en las paredes del Barrio Latino. Confundo mis deseos con la realidad, porque creo en la realidad de mis deseos. «¿Y los obreros? —pregunté a Clive—. «¿Los trabajadores se van a mover o no?» Pero los obreros ya se habían movido. Los camaradas de la JCR me dicen que muchos jóvenes obreros ya estaban presentes la noche del 10 de mayo. Al igual que los intelectuales. Jean-Marie Vincent, Nicos Poulantzas, Ernest Mandel, Denis Berger y otros también construyeron barricadas.

El reportaje británico mejor informado había sido el enviado por Patrick Seale y Maureen McConville desde París y publicado en *The Observer*. Hice las maletas, deses-

perado por unirme a la JCR en las calles. Un periódico publicó que yo preparaba una visita a la capital francesa. Ese mismo día recibí una llamada telefónica. Era un «hombre mayor» (unos cuarenta, pensé yo en aquel momento), que llamaba desde una cabina y se negó a identificarse. Habló brevemente pero con enorme autoridad: «Trabajo para el Ministerio del Interior. Si va a Francia hoy, no lo dejarán volver a este país. Le sugiero que no salga hasta que se cumplan los cinco años». Eso es todo lo que dijo, sin darme oportunidad de contestarle. Fue su concisión la que me convenció de que no se trataba de una broma. Un bromista habría seguido con el juego e intentado ponerme a prueba hasta el borde de la incredulidad. Porque ésa, después de todo, es la función de una buena broma. Dado que soy o, para ser preciso, era un experto en dichos asuntos, siempre estaba decidido a no dejarme cazar y, por lo tanto, sospeché de la llamada. Consulté con un abogado experto, y Ken Tynan preguntó informalmente a John Mortimer. Ambos contestaron lo mismo. Aquel anónimo, bromista o no, me había dado un consejo muy sabio. Dado que dos ministros del gobierno habían hablado en público de mi deportación, dejarme excluir por un tecnicismo jurídico sería seguirles el juego. Pat Jordan y el IMG reforzaron esta opinión, así que, reacio y enfadado, cedí ante la presión colectiva. Cualquier duda que pudiera tener respecto a la seriedad de la llamada telefónica se resolvió cuando expiraron mis cinco años. El *Evening Standard* de Londres publicó que «había rostros pesarosos en el Ministerio de Interior» ese día, porque yo había escapado de la red. No obstante aún no estoy seguro de si tomé o no la decisión correcta. Perderme París esa primavera fue imperdonable.

El levantamiento estudiantil se convirtió en revuelta contra el capitalismo francés y sus valores. El teatro Odéon fue ocupado por los intelectuales parisinos y se convirtió en lugar de debates y discusiones diarios. Jean Genet se burló desde fuera de que era todo un drama. Quería enfrentarse al Estado y pensaba que no se podía hacer desde el Odéon. Los estudiantes respondieron con el lema de que «cuando la asamblea general se convierte en teatro burgués, debemos convertir los teatros burgueses en asambleas generales». Pero ¿podía ir más allá todo aquello? Sí. Las ocupaciones fabriles empezaron y se extendieron a toda Francia. Sólo uno de cada cinco trabajadores estaba sindicalizado, y los sindicatos franceses, a diferencia de los británicos, estaban divididos por tendencias políticas. Las tomas fabriles unieron a trabajadores sindicalizados y no sindicalizados. También allí fueron los jóvenes los que llevaron la iniciativa. «Todos ustedes — gritaban colectivamente a los organizadores sindicales veteranos de la CGT (Confédération Generale du Travail) y de la CFDT (Confédération de la Force Démocratique du Travail) — nos han estado diciendo que no podemos hacer nada. Que aún no somos suficientemente fuertes. Que deberíamos esperar un poco más. Y miren a estos estudiantes. Lucharon en las barricadas y ganaron. ¡Ganaron!»

Así como los éxitos vietnamitas habían inspirado a los estudiantes, ahora el triunfo de los estudiantes había inspirado a los obreros. Francia se deslizó hacia una solución revolucionaria sin que los obreros que lo hicieron posible fueran conscientes de que sus acciones habían empezado a plantear la cuestión de quién la gobernaba. El levantamien-

to barrió todo el país. Diez millones de obreros se declararon en huelga. Fue la mayor huelga general de la historia del capitalismo, y la escala de los acontecimientos superó a las agitaciones de 1905 en la Rusia zarista. Ya no eran sólo los estudiantes y los obreros los implicados. Ganaderos y agricultores sacaron sus tractores y su estiércol a las calles; abogados y magistrados, arquitectos y astrónomos salieron en busca de cambio. Estaban respaldados por los locutores del ORTF, que se declararon hartos de servir «mierda» a la población. Y, como para resaltar el verdadero carácter nacional del descontento, las bailarinas nudistas del Folies Bergère se unieron a las grandes marchas, gritando «¡De Gaulle asesino!» A esas alturas, la clase dominante estaba extremadamente nerviosa pero, para demostrar su sangre fría, el primer ministro, Georges Pompidou, viajó en visita de Estado a Afganistán, donde los estudiantes lo recibieron con vítores, y el general visitó Rumanía, donde los obreros lo saludaron con flores. En Francia, los estudiantes habían entregado sus pancartas a los trabajadores, que exigían la autogestión y el control obrero.

Los acontecimientos franceses condujeron a la primera fisura en las diminutas filas del grupo de trabajo de *The Black Dwarf*. Nuestros embajadores en París volvieron con la revolución brillándoles en el rostro. Dan Jones había producido el primer número del periódico, que no captaba el espíritu del Mayo francés. Jones había tenido buena intención, pero tendía a ser un tanto hostil a los estudiantes y el periódico reflejaba su falta de entusiasmo. Podría haberse distribuido, pero habríamos manifestado nuestros puntos débiles. En Cromwell Road se convocó una reunión

de emergencia y recorrimos todas las páginas del periódico. Había mucho material, pero era la presentación la que carecía de brillo. Decidimos, a regañadientes y con tristeza, quemar toda la tirada de veinte mil ejemplares y simultáneamente separarnos de Dan Jones. Fue Clive quien le comunicó nuestra opinión y no sé lo que se dijo ni si Jones se marchó o no con rencor.

De ese modo, el primer número se convirtió en artículo de coleccionista, porque lo destruimos. Yo me guardé un ejemplar, por supuesto, y cuando lo desenterré para refrescarme la memoria, sentí que, aparte de la portada, no era tan malo como habíamos pensado. Aparte de todo lo demás, tenía un artículo mío, que el segundo primer número también descartó sin ceremonias. Fue decisión mía, porque David Mercer había propuesto que yo ocupara el puesto de director y me dispusiera rápidamente a producir el periódico. Los días siguientes trabajamos hasta la madrugada. Clive Goodwin traía artículos de Francia y Patrick Procktor había esbozado una escena de lucha callejera en París. Diseñé la portada en un cuaderno y la mostré en la mesa. Era una portada de póster, sencilla y fácil de comprender: Lucharemos, ganaremos, París, Londres, Roma, Berlín, que se imprimiría en rojo y negro. Bajo la consigna, nuestro diseñador, Robin Fior, colocó una fotografía de estudiantes franceses subidos a la estatua del león y debajo las palabras de un estibador francés a Daniel Cohn-Bendit: «Mira, tengo cuarenta y tres años, y a esa edad un obrero es demasiado viejo para aprender un nuevo oficio. Pero recuerdo cuando tenía tu edad. También queríamos cambiar el mundo. Adelante, chicos». Dentro, el periódico contenía un diario detallado del levanta-

tamiento francés, una brillante polémica de David Mercer contra el «hombre respetable» y una defensa de la senda revolucionaria escrita por Eric Hobsbawm, el distinguido historiador comunista. El artículo de Hobsbawm era un ataque inteligente y eficaz contra el Partido Comunista Francés, que había vuelto la espalda al movimiento y negociaba una vuelta a la normalidad. Su conclusión resumía lo que gran parte de los izquierdistas europeos se susurraban unos a otros en una especie de trance:

Sabíamos — aunque los políticos no — que la gente no está contenta. Todos sienten que su vida carece de significado en una sociedad consumista. Saben que, aunque estén cómodos (y muchos no lo están), también son más impotentes que antes, están más empujados de un lado a otro por unas organizaciones gigantescas para las que son artículos, no hombres. Saben que los mecanismos oficiales para representarlos — elecciones, partidos, etc. — han tendido a convertirse en instituciones ceremoniales que ofician rituales vacíos. Eso no les gusta, pero hasta hace poco no sabían qué hacer al respecto, y quizá se hayan preguntado si había algo que pudieran hacer al respecto. Lo que Francia prueba es que cuando alguien demuestra que no son impotentes, es posible que las personas empiecen a actuar de nuevo. Quizá incluso más que esto: que sólo el sentimiento de impotencia nos esté impidiendo a muchos actuar como hombres y no como zombis.

Imprimimos 25 mil ejemplares de *The Black Dwarf*, pero ni una sola distribuidora convencional aceptó alma-

cenar o distribuir nuestro periódico. Lo vendían pequeños quioscos de prensa o vendedores ambulantes. Una de esas personas, apropiadamente llamado Mick Shrapnell [Metralleta] vendía dos mil copias en una gira por el centro de Londres todas las semanas. La noche del lanzamiento, el programa Late Night Line-Up de la BBC2 nos concedió una bienvenida muy generosa, entrevistándonos a Claud Cockburn y a mí acerca de *The Black Dwarf*. Claud nos elogió y dijo que éramos los verdaderos herederos de su legendario periódico de la década de 1930, *The Week*. Más tarde, durante la cena, se preguntaba si su propio director, Richard Ingrams, se tomaría bien el comentario, porque «una parte de Richard piensa que *Private Eye* es el sucesor de *The Week*». Lo dudé, ya que me parecía que *Private Eye*, tan desilusionado como todos nosotros con Wilson y el gobierno laborista, había decidido, al contrario que nosotros, girar a la derecha, a pesar de Paul Foot y de la excelente columna de Claud. Entonces Patricia Cockburn, una persona notable por sí misma, cambió de tema. Era muy crítica respecto a las tácticas usadas en Grosvenor Square en relación con los caballos policiales. Patricia, experta criadora de caballos, me ofreció el siguiente consejo ecuestre: «Es absurdo lanzarles canicas o pimienta a los animales. ¡No son policías! (Carcajadas de Claud). La manera más sencilla de interrumpir una carga de caballería es hacer que dos de vuestros hombres aten una cuerda de nylon fuerte a una verja o a algo resistente, de un lado a otro de la plaza o de donde estéis. Cuando empiece la carga, tienen que levantar la cuerda para que toque al caballo justamente por encima de la rodilla (y esto lo demostró sobre la rodilla de Claud,

sin prestar atención al hecho de que las mesas vecinas expresaban desagrado, ya que me habían reconocido). Esto conseguirá que el caballo dé un traspíe, o incluso que se caiga, desmontando al policía y causando gran confusión». Le di las gracias profusamente y después transmití la información a los expertos en el tema. Quedaron igualmente impresionados, pero no sé si el método Cockburn llegó a ponerse en práctica.

En Francia, la huelga general no fue tanto derrotada como conducida a una vía muerta. La poderosa maquinaria del Partido Comunista Francés y su frente sindical, la CGT, desviaron el movimiento y pactaron con el gobierno. Los comunistas franceses habían intentado todo el tiempo mantener a los obreros y a los estudiantes separados, en ocasiones por la fuerza. Habían acusado a Cohn-Bendit de extranjero, declarando que los trabajadores franceses no necesitaban lecciones de un «judío alemán». Como respuesta, cincuenta mil personas se habían congregado en las calles gritando al unísono: «Todos somos judíos alemanes». Pero el movimiento, que había llevado a Francia a una crisis pre-revolucionaria, no tenía sus propias organizaciones y no podía crear un doble poder institucionalizado. El Partido Comunista Francés podría haberlo hecho, pero prefirió aliarse con el otro bando. De Gaulle no había estado tan seguro de que los comunistas franceses pudieran descarrilar la revolución, y él sería muchas cosas, pero no tonto. Realizó un viaje secreto a Alemania, donde se reunió con unidades profesionales del ejército, que aceptaron ir a liberar París de la chusma, pero cobraron un alto precio. De Gaulle aceptó rehabilitar a algunos de los dirigentes de la OAS que

habían intentado matarlo por su traición al aceptar la independencia de Argelia. En consecuencia, el general Massu, torturador y semifascista, recuperó el favor y recibió el perdón «regio». Fue Pompidou quien trabajó con el PC francés y con la CGT para poner fin a la huelga. Una revolución sólo se produce si no se atisba solución en el horizonte. Pero cuando los líderes de los grandes batallones prometen que habrá otros modos y soluciones diferentes no es posible crear un poder dual, y mucho menos los planes de una insurrección. París no era Petrogrado, pero Francia se había acercado peligrosamente a una transformación repentina. Las cancillerías de otras capitales de Europa Occidental se asustaron. Robert Escarpit resumió bien los temores que se vivían en el extranjero. Sus pesadillas son nuestros sueños, proclamaba un cartel en París en mayo. Y Escarpit escribía en julio:

Un francés que viaja al extranjero se siente tratado un poco como un convaleciente de una fiebre perniciosa. Y ¿cómo brotó el sarpullido de las barricadas? ¿Cuál era la temperatura a las cinco en punto de la tarde del 29 de mayo? ¿Está la medicina gaullista atacando verdaderamente las raíces de la enfermedad? ¿Hay peligro de recaída? Aunque esas preguntas no se hagan directamente, se pueden leer en los titulares desplegados en todos los quioscos y librerías. Pero hay una pregunta que casi nunca se plantea, quizá porque temen oír la respuesta. Mas, en el fondo, a todo el mundo le gustaría saber, quizá con esperanza o con temor, si la enfermedad es contagiosa.

Y por supuesto que lo era, como descubrirían Italia, Pakistán y Argentina. Un rasgo asombroso de 1968 fue que la expansión de la revuelta alcanzó a todos los continentes. La combinación de Saigón y París había provocado una radicalización sin precedentes en la historia del capitalismo. Los ingredientes del brebaje eran distintos en cada país, pero el patrón de movilización no se diferenciaba, con la excepción de Estados Unidos, donde el movimiento antibélico coincidió con la oleada de rebeliones negras que sacudió Detroit, Chicago, Washington y Los Ángeles y produjo las condiciones para el nacimiento de grupos como los Panteras Negras, cuyas consignas simplistas, como “Ha llegado la revolución, hora de coger tu fusil”, eran sólo una parte del debate. La otra era la palabra. *Alma encadenada* (Soul on ice) de Eldridge Cleaver se había convertido en éxito de ventas internacional, seguido por la obra maestra de George Jackson, *Soledad Brother*, una crítica devastadora a la sociedad estadounidense. Ambos hombres se habían inspirado enormemente en los vietnamitas y reconocían con orgullo su deuda. La guerra empezaba a afectar a la vida de muchos estadounidenses en su propio país.

En Francia, en el momento culminante del movimiento, Pompidou dio instrucciones a la televisión francesa de sacar a tres líderes estudiantiles, Cohn-Bendit, Alain Geismar y Jacques Sauvageot, en un programa que precedía directamente a una emisión del propio primer ministro. En su discurso a la nación, Pompidou hacía referencia a los *enragés* diciendo a sus espectadores que «os hemos mostrado algunos de ellos», pero el plan erró el blanco. Los tres radicales se negaron a interpretar el papel que les habían asignado.

Por el contrario, se habían mostrado razonables y audaces, ingeniosos y serios, y habían conseguido con gran talento poner contra las cuerdas a los periodistas, que tenían órdenes de hacerlos parecer unos fanáticos sedientos de sangre. El único resultado fue que el Partido Comunista Francés había denunciado al ORTF por permitirles aparecer y había acusado a Cohn-Bendit de agente de una siniestra red internacional.

En Reino Unido, Hugh Green era director general de la BBC y con una desafortunada excepción —no había permitido a la empresa proyectar la gran película antinuclear de Peter Watkins, *The War Game*— la dirigía de un modo notablemente libertario, resistiendo los intentos del gobierno laborista de censurar las opiniones disidentes. A finales de mayo aprobó personalmente la idea de Anthony Smith, por aquel entonces productor de la BBC, de invitar a líderes radicales de varios países y darles espacio en una hora de máxima audiencia. Me pidieron que apareciera en el programa y me dijeron que se estaban poniendo en contacto con varios conocidos míos en otros países. Cuando se filtró la noticia, los parlamentarios conservadores provocaron la usual tempestad en un vaso de agua, y exigieron que rodaran cabezas. Los ministros laboristas también se planteaban prohibir la entrada de Cohn-Bendit y otros. Habíamos planeado una fiesta de bienvenida para todos los visitantes en el apartamento de Clive Goodwin en Cromwell Road, donde varias personas que trabajaban para la BBC pero desconfiaban profundamente de ella nos esperaban para aconsejarnos cómo impedir que se manipulara el programa. Cohn-Bendit llegó el 11 de julio a Heathrow y fue dete-

nido por oficiales de la Sección Especial y funcionarios de inmigración, que lo sometieron a un interrogatorio detallado. Acudimos a toda prisa al aeropuerto en cuatro o cinco coches, con pancartas para estar listos. Simultáneamente, Fenner Brockway empezó a perseguir a los ministros laboristas responsables ante el Ministerio del Interior. También lo hizo el parlamentario liberal Eric Lubbock, que acorraló a un subsecretario, David Ennals, en la Cámara de los Comunes. Empezamos un mitin político improvisado en el aeropuerto a medida que llegaban cada vez más personas y escuchaban lo que decíamos. Por último, los laboristas concedieron a Cohn-Bendit un permiso de entrada de veinticuatro horas para participar en el programa. En las fatuas palabras de David Ennals: «Si no iba a provocar una revolución en Gran Bretaña, no me parecía que hubiera peligro». Ojalá las revoluciones pudieran hacerse simplemente porque unos cuantos las desearan...

Recogimos a Cohn-Bendit y lo condujimos directamente a Cromwell Road. Una fiesta pensada para analizar planes de batalla ideológicos se había ampliado hasta convertirse en una reunión de más de 200 personas. Nos metimos en una habitación pequeña durante una hora para analizar tácticas para el programa *Students in Revolt*. Tony Garnett y Kenith Trodd opinaban que debíamos insistir en que el programa fuera en directo y no permitiéramos cortes después de grabado. El aspecto sorprendido del rostro de Cohn-Bendit llevó a Garnett a ser más explícito: «¡La BBC —gritó— se los va a chingar! ¡se los va a chingar!» Como los demás veteranos de encuentros con la cadena asintieron con conocimiento de causa, Cohn-Bendit intentó adivinar

cómo nos podía violar una empresa. Esa noche había muchos dispuestos a explicar los mecanismos. Acordamos no permitir que el entrevistador nos manipulara o nos dividiera, y mi propuesta de que al terminar el programa todos nos levantáramos y cantásemos la Internacional fue aceptada. Después nos unimos a la fiesta que se organizaba al lado, donde un acosado pero amistoso Tony Smith esperaba oír qué habíamos decidido. Aceptó nuestras exigencias y mientras se bebía vino y se inhalaban sustancia innombrables, Ken Tynan señaló que había «presente un representante de la prensa burguesa». Eran las dos de la mañana, pero la presencia de un intruso nos hizo levantarnos. ¿Dónde? ¿Quién? ¿Por qué? Se trataba de Richard Davy, de *The Times*, cuya cobertura aquellos días había sido un poco más comprensiva y fiel que la de *The Guardian*. Davy, que estaba disfrutando inmensamente, se negó a irse. Clive Goodwin sugirió que votáramos sobre el tema, pero pensamos que no se había hablado suficientemente al respecto y se produjo un debate. Davy decidió irse voluntariamente, lo cual puso fin al tema.

Al día siguiente llevé a Cohn-Bendit y a los demás a *Highgate Cemetery*, donde ensayamos la Internacional delante del feo busto socialrealista de Karl Max, y después nos dirigimos a hablar ante una gran asamblea en la London School of Economics. Antes de esa reunión yo no había visto a Cohn-Bendit. Nuestra política era radicalmente distinta, pero me cayó bien intuitivamente. Poseía un sentido del humor pícaro y era llamativamente abierto. En un momento en el que estábamos rodeados de fotógrafos, dijo, «Me gusta. Es como una droga. No sé si podría vivir

sin todo esto...» Señalé que tal vez no sintiese lo mismo si viviera en Reino Unido o en Alemania.

Hablamos de la ausencia de Rudi Dutschke en nuestras filas esa semana y le conté que la campaña de prensa en mi contra me había causado verdaderos problemas en las calles o en el transporte público. Entendió, por supuesto, pero la experiencia francesa había sido completamente distinta. Se mostró cáustico respecto a la actuación del PC francés, que al final había demostrado ser un «pilar del sistema», usado abiertamente por Pompidou para hacer descarrilar al movimiento. «La burguesía francesa —insistió Conh-Bendit ese día— usará a los estalinistas de condón y después... los tirará al escusado». Lo habían deportado de Francia, había vuelto ilegalmente, disfrazado, pero se había resignado a vivir en Alemania, donde tenía muchos amigos en la SDS. En la LSE, ese mismo día, la respuesta fue muy positiva, y la asamblea decidió usar las universidades británicas para proporcionar refugio a los estadounidenses desertores y a los evadidos de la conscripción, un fenómeno creciente en Estados Unidos.

Ese día se produjo en la LSE un incidente desafortunado que dejó muy mal sabor de boca. Para entonces yo me había acostumbrado a los insultos racistas de la prensa de derechas y de los parlamentarios conservadores y laboristas. También me estaba acostumbrando a que me atacara la prensa sectaria de otros grupos de izquierdas, pero habían sido dos modos de ataque personal distinto. Los Socialistas Internacionales (más tarde Partido Obrero Socialista) no estaban, algo comprensible, bien dispuestos con el Grupo Marxista Internacional. Era importante qué siglas apoya-

ba uno. Yo siempre me había mostrado amistoso con otras siglas, incluso hasta el extremo de recomendar a gente de ciudades (y eran mayoría) en las que no había IMG, que se afiliara a IS. En aquel momento cualquier cosa era mejor que quedarse fuera. Así que cuando un miembro de IS se levantó y gritó «¿Por qué no te vuelves a Pakistán?» me dejó profundamente anonadado, porque normalmente este ataque verbal uno lo asociaba con la extrema derecha. A menudo los periódicos sensacionalistas usaban expresiones como «escoria extranjera». El abucheador de IS fue abucheador por la audiencia, pero no públicamente reprendido por su propio grupo en la LSE. Muchos de mis amigos activistas negros, muy influenciados por Stokely Carmichael y los Panteras Negras estadounidenses, a menudo me criticaban en la intimidad por trabajar con la «izquierda blanca». Argumentaban que el racismo era muy profundo en la sociedad británica, y el tener una ideología izquierdista no ayudaba en modo alguno a hacer borrón y cuenta nueva. Yo siempre había criticado este punto de vista, por considerarlo basado en psicologías individuales y no en un análisis serio, e insistía en que yo tenía razón, pero este incidente me hizo pensar mucho. Al principal líder de IS, Tony Cliff, le escandalizó y disgustó. Se disculpó muchas veces, pero no podía explicar a qué se debía el caso. Yo sugerí que ésa era la lógica sin salida del sectarismo. Cualquiera que se negara a afiliarse a IS debía ser tratado como enemigo y advertido de las consecuencias de dicho comportamiento. Cliff respondió que nada de eso hubiera ocurrido si me hubiera afiliado a IS y no al IMG, lo cual fue muy agradable por su parte, pero no hizo más que confirmar mi opinión

acerca de lo ocurrido. Estaba tan enfadado y harto que pensé en retirarme por completo de la política británica, pero comprendí que se trataba de una respuesta inmadura e individualista. Estaban la gran marcha de octubre y *The Black Dwarf*, que necesitaban mis servicios, y tanto Clive Goodwin como Pat Jordan se aterraron ante la idea de capitular ante los prejuicios sectarios o racistas.

El programa de la BBC siguió adelante y fue, naturalmente, un anti-clímax para quienes habían pensado que su retransmisión conduciría a la insurrección. A los que participamos nos pareció demasiado breve, aunque por el mero hecho de contemplar el azoramiento en el rostro del difunto Robert Mackenzie cuando cantamos la Internacional había valido la pena. A Conh-Bendit le permitieron quedarse una quincena y después regresó a Frankfurt. La persona que, en cierto sentido, más me había interesado era un callado y joven estudiante checo llamado Jan Kavan. Su padre, destacado comunista, había sido víctima de las purgas a finales de la década de 1940. Lo encarcelaron en régimen de aislamiento y le infligieron otras torturas, pero sobrevivió. Durante un tiempo la familia tuvo que vivir con el oprobio de ser la «familia de un traidor». La madre de Jan, una mujer formidable, había mantenido el hogar a pesar de todas las privaciones, que en aquellos años habían sido muchas. Kavan nos dijo que en su país había muchísimo fermento. Se estaban produciendo muchos cambios y se avecinaba un proceso de democratización. Yo ya había visto reportajes sobre el Primero de Mayo de 1968 en Praga, que me habían conmovido mucho. Al contrario que las celebraciones pesadas y ritualizadas que constituían el sello

del estalinismo, en Praga uno podía ver un derroche espontáneo de alegría y felicidad. Los obreros y los estudiantes no habían sido obligados a acudir a esta manifestación e incluso vi una gran pancarta con el retrato del Che, algo que en aquel momento en Europa Oriental y en URSS se consideraba contrabando. El presidente checo, Alexander Dubcek, estaba conmovido por esta muestra de apoyo, inaudita en Europa Oriental, y se veía con una lágrima en la mejilla. «Socialismo con rostro humano», llamaron Dubcek y sus camaradas a la primavera de Praga. Habíamos estado demasiado preocupados por Francia como para prestarle atención seriamente a los acontecimientos de Checoslovaquia. Y sin embargo, Praga se convertiría en una parte tan importante de nuestro 68 como París o Saigón.

Jan Kavan nos habló del líder estudiantil checo Jiri Müller, cuya detención lo había radicalizado, de Karel Kovanda (a quien conocí más tarde) y de otros muchos. En un principio, todos desconfiaban del programa de reformas del partido. ¿No emergía de las entrañas de la misma bestia infernal que había producido los Procesos amañados y las ejecuciones, justificado todas las atrocidades estalinistas y defendido con lealtad toda la ortodoxia dominante en Moscú? Eran escépticos y tenían todo el derecho a serlo, pero las cosas estaban cambiando. Estaban ansiosos por evitar los errores de sus padres y por lo tanto rechazaron todos los nuevos dogmas, pero en las universidades y en las fábricas se celebraban elecciones y se elegía a gente buena. En el partido había un nuevo estado de ánimo, especialmente en sus secciones juveniles. Éstas habían empezado a ampliar horizontes. La prosa de Isaac Deutscher estaba siendo

traducida al checo y publicada en las páginas de revistas comunistas oficiales. Periódicos antes despreciados tenían ahora una gran demanda, porque los periodistas se habían liberado de sus camisas de fuerza y publicaban la verdad. La televisión checa también había florecido y cada tarde emitía un programa especial en el que ex presos políticos se enfrentaban a sus carceleros y contaban a los espectadores lo que habían sufrido. El resultado de todo esto fue poner de cabeza el mundo de la burocracia. Para su estabilidad, el gobierno burocrático dependía de la despolitización y la pasividad de la masa. Dubcek y sus partidarios buscaban con desesperación nuevas formas que pudieran casar socialismo y democracia sin ofender demasiado a los del Kremlin. Los resultados se estaban observando tan de cerca como el mayo francés. Fue en julio cuando Jan Kavan nos habló del apoyo popular que los nuevos líderes tenían en el país, y su tranquilo entusiasmo causó gran impresión.

Uno de los mitos fundamentales de los ideólogos burgueses occidentales era equiparar el proyecto socialista con los crímenes del estalinismo. Dado que no había otro modelo de «socialismo» existente, siempre resultaba difícil demostrar en la práctica por qué luchábamos esos días. Todos sabíamos a qué nos oponíamos, pero no se podían encontrar modelos positivos en ningún país avanzado. Dado que los burócratas de Moscú pensaban, como los lugartenientes políticos del capitalismo occidental, que lo que existía en Europa Oriental era socialismo, no resultaba sorprendente que millones de trabajadores identificaran el socialismo con el gobierno autoritario de un solo partido. La lógica era sugerir que la democracia sólo podía existir en una economía

de mercado y libre empresa. Por supuesto, esto no tenía en cuenta a Hitler, Mussolini, Franco, Salazar y las numerosas repúblicas bananeras de Latinoamérica y Asia, pero estos dobles criterios no se apreciaban universalmente.

Los cambios experimentados en Checoslovaquia a partir de marzo de 1968 nos permitían alegar que el socialismo y la democracia eran, de hecho, mucho más compatibles que la libertad y el capitalismo. Nuevamente, los abogados frustraron mis deseos de viajar al extranjero. En agosto no pude viajar a Checoslovaquia, como planeaba, porque mis cinco años en Reino Unido no se cumplían hasta octubre. Aunque no hubiera sido así, no me habrían recibido bien, porque los tanques rusos llegaron allí antes. El acoso encubierto a los dirigentes checos no había producido los resultados necesarios. El Kremlin se negó a tolerar la variante de socialismo que se había vuelto enormemente popular en el Segundo Mundo. Estaban asustados y con razón, porque si permitían la existencia del modelo checo no tardaría en escucharse un clamor de voces airadas en el resto de Europa Oriental. Si el socialismo y la democracia podían coexistir en Praga, ¿por qué no en Berlín Oriental o Budapest, en Varsovia, Sofía o Bucarest, y por último en la propia Moscú? Era necesario aplastar de inmediato el ejemplo de Praga, y entonces la tragedia checa vio la inauguración de un nuevo acto. Los checos habían confiado en que Occidente protegiera su independencia frente a la Alemania nazi. Las clases dominantes francesa y británica, en cambio, habían firmado un pacto con Hitler y sacrificado a Checoslovaquia. Después de la guerra, los checos, agradecidos al Ejército Rojo por haberlos liberado, habían

esperado que Moscú respaldara las tradiciones y la base económica avanzada de su país. Nuevamente se demostró que estaban equivocados. Jean-Paul Sartre expresó ese aspecto de la tragedia con gran elocuencia:

Checoslovaquia podía haber sido la primera potencia en efectuar con éxito la transición adecuada de una economía capitalista avanzada a una economía socialista, ofreciendo al proletariado de Occidente, si no un modelo, al menos una personificación de su propio futuro revolucionario. No le faltaba nada, ni medios ni hombres; si en algún sitio era posible un verdadero control de los obreros, era en Praga y en Bratislava. Para su desgracia, los manipuladores de Moscú, manipulados por sus propias manipulaciones, ni siquiera entendían la idea de ese socialismo. Decidieron imponer su sistema. Este modelo importado e inadaptado, sin verdaderos cimientos en el país, se sostuvo desde fuera por la atención solícita del «hermano mayor». Se instaló como un ídolo; es decir, una especie fija de exigencias incondicionales, indiscutibles e indiscutidas, inexplicables e inexplicadas...

El modelo estalinista de «socialismo sin lágrimas» fue otro desastre, y un sector importante de comunistas checos lo entendió desde el principio. En 1968 actuaron, sólo para que les dijeran que su verdadero delito era el de haberse vuelto populares. ¡Demasiado populares! Washington y las capitales de Europa Occidental afiliadas a la OTAN observaban el experimento de Dubcek con el mismo nerviosismo. Porque de haber prosperado, no cabe duda de que los

ecos se habrían oído en toda Europa, Oriental y Occidental. Los insurgentes de Mayo estaban desarmados, pero todavía quedaban problemas en Italia, y Portugal se encontraría al borde de la revolución unos años después. Una democracia socialista que funcionara en Checoslovaquia podría haber afectado los resultados en ambos países. Cuando los tanques entraron, Occidente expresó muy poca ira real. Comparándola con la reacción a la intervención soviética en Afganistán o a la declaración de la ley marcial en Polonia, casi se podría decir que escuchando atentamente se podrían oír los suspiros de alivio de las capitales occidentales durante la invasión de Checoslovaquia.

Éste fue el tercer acto de la tragedia checa. Ahora está de moda considerar dichos acontecimientos como algo inevitable. El fatalismo político se volvió muy popular después de 1968. Pero los rusos no tenían por qué haber invadido y habría sido posible impedírselo si en Praga hubiera habido una autoridad más firme. Quedó claro entonces, como lo está ahora, que si Dubcek hubiera movilizado al pueblo y al ejército y les hubiera dicho claramente a Brezhnev y a sus cohortes imperiales que Checoslovaquia resistiría la reimposición del dominio burocrático, muy posiblemente los generales soviéticos no hubieran aprobado la invasión militar. Después de todo, Tito había roto con Stalin en 1948 y había armado políticamente a su pueblo, realizando el debate en público, y al mismo tiempo advirtiéndolo a Stalin en privado que cualquier intento de imponer la voluntad de Moscú por la fuerza de las armas sería recibido con una resistencia armada. Dubcek y sus camaradas no quisieron asumir el riesgo.

Me enteré de la invasión de Checoslovaquia cuando Pat Jordan, como siempre madrugador, me llamó a las siete y media de la mañana. Una hora después, yo estaba en la nueva sede de *The Black Dwarf*, en la segunda planta de Carlisle Street 7, en el Soho, inmediatamente debajo de *New Left Review*, que apropiadamente ocupaba las ascéticas alturas de la planta superior. Pasé tres horas pegado al teléfono mientras la gente empezaba a acudir en masa a nuestra sede y a preparar pancartas. Cinco mil manifestantes respondieron a nuestra llamada y marchamos hacia la embajada soviética esa misma tarde para registrar nuestra protesta en nombre de Marx y Lenin, Luxemburg y Trotsky, cuyos retratos portábamos, junto con las banderas rojas. Produce cierto orgullo registrar que en Reino Unido fue la izquierda marxista la que organizó la mayor manifestación contra la destrucción del socialismo con rostro humano. Un mitin del Partido Laborista en Hyde Park ese fin de semana sólo consiguió reunir a varios cientos de observadores. Habíamos sido constantemente atacados por nuestras críticas sesgadas contra Estados Unidos. La prensa nos tachaba de embaucadores del Kremlin. Los trabajadores reaccionarios a menudo nos decían que nos fuéramos a vivir a Moscú. Por una vez tuvieron que callarse, avergonzados por la pasividad de su propio bando.

La invasión de Checoslovaquia también tuvo otras repercusiones. La embajadora cubana en Londres, Alba Grian, eran gran amiga de *The Black Dwarf* y yo había negociado con ella los derechos para publicar el *Diario de Bolivia del Che Guevara*. Este documento había sido capturado por los bolivianos, copiado y enviado a Washington, pero el

ministro boliviano del Interior, Arguedas, no pudo seguir digiriendo el control estadounidense sobre su gobierno. Abandonó Bolivia y entregó los diarios a La Habana, que los publicó rápidamente. Incluían un pasaje en el que el Che confesaba lo siguiente: «yo debo escribir cartas a Sartre y B. Rusell para que organicen una colecta internacional de ayuda al movimiento de liberación boliviano...» Arguedas le contó a Castro las circunstancias de la muerte del Che, y el dirigente cubano las reveló en su larga introducción al diario. El Che había sido capturado vivo y trasladado al pueblo de Higuera. Transcurridas 24 horas, decidieron matarlo. Castro describe la escena como sigue:

El mayor Miguel Ayoros y el coronel Andrés Selnich, *rangers* entrenados por los yanquis, instruyeron al suboficial Mario Terán para que procediera al asesinato. Cuando éste, completamente embriagado, penetró en el recinto, Che —que había escuchado los disparos con que acababan de ultimar a un guerrillero boliviano y otro peruano— viendo que el verdugo vacilaba le dijo con entereza: «¡Dispare! ¡No tenga miedo!» Éste se retiró, y de nuevo fue necesario que los superiores Ayoros y Selnich le repitieran la orden, que procedió a cumplir, disparándole de la cintura hacia abajo una ráfaga de metralleta. Ya había sido dada la versión de que el Che había muerto varias horas después del combate y por eso los ejecutores tenían instrucciones de no disparar sobre el pecho ni la cabeza, para no producir heridas fulminantes. Esto prolongó cruelmente la agonía del Che, hasta que un sargento —también ebrio— con un disparo de pistola en el costado

izquierdo lo remató. Tal proceder contrasta brutalmente con el respeto del Che, sin una sola excepción, hacia la vida de los numerosos oficiales y soldados del ejército boliviano que hizo prisioneros.

Tres cubanos, uno de ellos Pombo, habían escapado del cerco y conseguido regresar a La Habana, donde confirmaron la autenticidad de los diarios. En inglés los publicaría la revista radical estadounidense *Ramparts*, y los derechos en Europa habían sido cedidos a varias editoriales de izquierda —Maspero en Francia, Feltrinelli en Italia, Trikont Verlag en Alemania— y nosotros conseguimos permiso para publicarlos en forma de número especial de *The Black Dwarf*. Jonathan Cape había decidido publicarlo en tapa dura a 25 chelines. Nosotros nos adelantamos usando el material gráfico de *Ramparts* y nuestra introducción «escupía a aquellos editores» que sólo pensaban en ganar dinero. En dos meses vendimos cinco mil ejemplares a cinco chelines cada uno, devolvimos el dinero que habíamos pedido prestado a varias personas, incluidas 250 libras de Peggy Ramsey, agente de David Mercer, y pusimos el resto en nuestros fondos generales.

Por entonces, el dinero para la revista era un problema perenne. Aparte de los llamamientos efectuados por Clive en nuestras páginas (Lenin en 1917: Tierra, Paz y Pan; *The Black Dwarf* en 1968: ¡Pan, Pan y Pan!) ocasionalmente vendíamos cuadros donados por Hockney, Kitaj, Patrick Proctor, Jim Dine y otros. El dueño de un puesto de Portobello Road, un hombre con el pelo hasta la cintura, entraba todas las semanas, me sonreía, se metía las manos en los bolsi-

llos y sacaba cincuenta billetes de cinco libras, algo que por aquellos tiempos era una enorme cantidad de dinero. Yo le daba las gracias. Ambos sonreíamos y él se iba. La cuarta vez que pasó esto le pregunté de la manera más amable posible por qué nos daba este dinero. Me miró como si hubiera debido saberlo, sonrió de nuevo y dijo tras una breve pausa: «el capitalismo no es buena cosa, muchacho», y se fue. En otra ocasión, tras uno de nuestros llamamientos —debíamos las facturas de la imprenta— me llamó una mujer desde Gales. Me dio su nombre y preguntó cuánto necesitábamos. Pensé que si le daba la cifra exacta tal vez no nos diera ni un céntimo así que estaba murmurando de manera incoherente cuando ella dijo, «por favor, dígame exactamente cuánto necesitan». Andaba por las dos mil quinientas libras. Prometió enviar un cheque por correo ese mismo día, pero yo conseguí impedir que cortara la comunicación y le pregunté qué habíamos hecho para merecer su clemencia. «En una ocasión Christopher Logue me salvó la vida —respondió— y me gusta el periódico». Era alfarera de profesión y recientemente había heredado una pequeña cantidad de dinero. Nos ayudó en dos ocasiones más. Christopher Logue se mostró extrañamente modesto cuando le informamos de esta ayuda caída del cielo. Todo lo que recordaba era que la había encontrado angustiada en una carretera de montaña del sur de Francia. Acababa de romper con su amante y estaba de pie al borde de la carretera, mirando significativamente hacia el precipicio que tenía delante. Logue había conversado con ella sobre su depresión y la mujer no había olvidado la amabilidad. Clive Goodwin no estuvo dispuesto a dar al poeta demasiado

mérito en esta ocasión. «El hecho clave —sugirió— es que para empezar ella ha leído nuestro periódico. De lo contrario, ¿cómo podía saber que Logue está en nuestra junta directiva?».

Por desgracia las relaciones con los Cubanos acabaron por deteriorarse. Fidel Castro se había pronunciado al fin sobre la intervención Soviética en Checoslovaquia. Hizo un discurso inteligente, con varias líneas argumentativas, incluido un trasfondo muy crítico con los socialismos de Europa Oriental, pero al final se puso de parte del degenerado papado moscovita y en contra de la Reforma. David Mercer y yo fuimos a ver a Alba para expresarle que lo lamentábamos y que pronto publicaríamos una «Carta abierta a Fidel» para hacer públicas nuestras críticas y distanciarnos drásticamente de su análisis. A ella le dolió mucho y lloró. También nosotros nos entristecimos, pero las lágrimas de los socialistas y los reformadores checos debían prevalecer en este debate. Nos rogó que enviáramos la carta a La Habana a través del correo de la embajada si era necesario, pero que no la publicáramos. Pero estaba en juego un principio socialista y la política tenía que seguir al mando. Me di cuenta de que suponía un adiós a cualquier viaje a La Habana en un futuro cercano. Había recibido dos invitaciones, pero los abogados me habían aconsejado que no viajara a ninguna parte antes de octubre, y ese día maldije al gobierno de Wilson-Callaghan. Volvimos al despacho y redacté la carta a Castro, que firmamos Mercer, Clive Goodwin, Roger Smith y yo. El número que contenía la carta y nuestra edición especial con los diarios del Che se publicaron al mismo tiempo. Un resultado menor, aunque

no imprevisto, de este asunto fue que retiraron mi nombre de la lista de invitados oficiales de la embajada para la fiesta anual que conmemora el éxito de la revolución. Adiós al jugo de tamarindo y a las potentes mezclas de las cubalibres.

EL AÑO 1968: LOS NUEVOS REVOLUCIONARIOS

Conoce a tu enemigo,
No le importa de qué color seas
siempre que trabajes para él;
no le importa cuánto ganes
siempre que ganes más para él;
no le importa quién viva en la habitación de arriba
siempre que él sea el propietario del edificio;
te dejará decir cualquier cosa en su contra
siempre que no actúes en su contra;
él canta elogios a la humanidad
pero sabe que las máquinas cuestan más que los hombres;
negocia con él, se reirá y te vencerá;
réalo y matará;
antes que perder las cosas que posee
destruirá el mundo.

Christopher Logue, 1968

La continua ofensiva vietnamita había provocado una gran crisis en Estados Unidos. La inminente derrota en la guerra que se estaba librando a varios miles de kilómetros de distancia había dividido al Partido Demócrata. En la convención celebrada en Chicago ese año, manifestantes contra

la guerra, inspirados en gran medida por la SDS y varias coaliciones antibélicas, rodearon a los delegados. El veterano alcalde Daley usó una fuerza excesiva, pero al darse cuenta de que la mitad de los delegados de la convención simpatizaban con los pacifistas y estaban a punto de negarse a nombrar candidato presidencial al vicepresidente Hubert Humphrey, se asustó y volvió las porras y los gases lacrimógenos contra ellos. El Partido Demócrata se dividió públicamente cuando un candidato por la paz, el senador Eugene McCarthy, se enfrentó a Humphrey y polarizó la convención. Daley fue acusado de ser un «Hitler de los corrales» y como declaró un delegado de McCarthy ante las cámaras de televisión, «sólo te pueden mear encima durante un cierto tiempo antes de que te des cuenta de que no está lloviendo». Cuando los apalearon brutalmente delante del International Amphitheatre ese verano, muchos de los manifestantes predominantemente blancos empezaron a darse cuenta del trato recibido a diario por los negros estadounidenses desfavorecidos.

Pero en algunos aspectos las noticias más emocionantes no procedían de Chicago, sino de Fort Hood, en Texas, donde cuarenta soldados habían sido arrestados y encarcelados por negarse en redondo a cumplir una orden de trasladarse a Chicago y reprimir las manifestaciones contra la guerra. El comediante negro Dick Gregory, que en aquel momento se encontraba en Londres, se había entusiasmado mucho por la revuelta de los soldados. Nosotros analizábamos la situación en la sala de estar de una emisora de televisión, antes de aparecer en el David Frost Show. Los investigadores del programa estaban un tanto agotados,

pero intentaban no demostrarlo, mientras nosotros hacíamos caso omiso de sus esfuerzos por descubrir qué pensábamos decir cuando Frost nos entrevistara. Lo que hicimos fue analizar las noticias más recientes del frente interior. Gregory predijo que con los reclutas en estado de desafección, Estados Unidos tenía muy pocas probabilidades de ganar la guerra. Dijo que la ofensiva de Tet había desmoralizado a los soldados rasos del ejército estadounidense y que Vietnam ganaría. Gregory estaba especialmente satisfecho por las consecuencias que la guerra estaba teniendo sobre la conciencia de los negros de su país. «En todas las demás guerras — dijo — incluidas las guerras genocidas contra los indígenas estadounidenses, los negros lucharon como patriotas. Un hombre de piel negra tenía que luchar con dureza añadida para demostrar que era un patriota estadounidense. Ahora eso se ha terminado.» Lo que me dijo ese día enlazaba con las noticias publicadas en *Ramparts* y en otras revistas radicales del momento. Algunos de los francotiradores más eficaces durante las rebeliones negras eran veteranos de guerra.

Los asesinatos de Martin Luther King y de Robert Kennedy estaban frescos y Gregory se refería a ellos como «ejecuciones». Todos los negros estadounidenses consideraban la muerte de Martin Luther King una pérdida personal, pero también una parte significativa de la sociedad blanca la lamentaba. Parecía que a cualquier líder negro que atacara a los estamentos dominantes y adquiriera popularidad nacional había que despacharlo sumariamente. King, al contrario que Malcolm X, nunca había abrazado la violencia. Pero también él fue derrotado por las balas y

no por los votos. Gregory sentía que Kennedy podía haber ganado y sacado al país de Vietnam. En cuanto al senador McCarthy, perdería. Gregory era muy crítico con el historial de McCarthy, y cuando me describió el pasado del senador que era el candidato de la paz se me cayó el alma a los pies. McCarthy había votado a favor de todas las asignaciones económicas para la guerra; había votado constantemente en contra de la admisión de China en Naciones Unidas; votado a favor de la guerra contra Cuba; votado para respaldar al Comité de Actividades Antiamericanas; y votado contra la retirada de la subvención escolar federal a los colegios segregados en 1961. En unos cuantos minutos, las credenciales progresistas de McCarthy se vinieron abajo, pero cuando estaba a punto de arrojarlas al siempre presente basurero de la historia, Gregory musitó: «podría haber cambiado, por supuesto. La gente cambia...»

Inmediatamente antes del asesinato de Bobby Kennedy, la delegación del *Washington Post* en Londres había escrito a varias docenas de residentes en Reino Unido pidiéndonos que explicásemos en cien palabras por quién votaríamos en las elecciones presidenciales estadounidenses y cuál sería la principal razón para hacerlo. Mi elección fue simple y, debo admitirlo, simplista. Escogí el único candidato de extrema izquierda activo en aquel momento, Fred Halstead, del Partido Obrero Socialista. Paul Johnson, Hugh Thomas, Dee Wells y Arnold Wesker optaron por Kennedy. McCarthy recibió los votos de Michael Foot, Harold Pinter, Iris Murdoch, A. J. Ayer y Robert Shaw. El candidato oficial a favor de la guerra, Hubert Humphrey, fue respaldado por un triunvirato literario compuesto por

Kingsley Amis, Elizabeth Jane Howard y J. B. Priestley. Nelson Rockefeller obtuvo sólo un voto, de Nigel Lawson. El único votante de Richard Nixon fue Auberon Waugh. La novelista Brigid Brophy insistió en votar a Coretta, la viuda de Martin Luther King, y Bertrand Russell declaró que estaba en contra de todos los candidatos, pero que McCarthy le parecía el «menos atractivo». Al final, debido a la muerte de Kennedy, el *Washington Post* decidió que sería de mal gusto publicar la encuesta, librando así a los lectores estadounidenses de nuestros tediosos pensamientos.

Lo que ocurría en Estados Unidos era vital para todos los que seguíamos el progreso de la guerra en Indochina. Se trataba de dos campos de batalla muy distintos, pero ambas luchas estaban estrechamente interrelacionadas. El fracaso militar en Vietnam produjo en Estados Unidos una gran crisis política. El alcalde Daley había intentado exorcizar el espectro aplastándolo físicamente, pero el movimiento no había alcanzado aún su punto culminante. Se fortalecía día a día, y desde Europa lo observábamos con atención.

No es que estuviéramos aislados. Muchos estadounidenses visitaban Europa, y por los militantes de la SDS que llegaban a las oficinas de *The Black Dwarf* para intercambiar experiencias nos hacíamos una idea muy clara de la intensidad de la lucha contra la guerra. Recuerdo a una mujer de la SDS que una tarde declaró sin más que la única manera de derrotar a la maquinaria bélica en su propio país era imitar a los guerrilleros del FNL que habían atentado contra la embajada estadounidense en Saigón. Lo que sugería era una campaña de atentados bomba en Estados

Unidos contra instalaciones militares y contra la sede de *Dow Chemicals* (fabricante del napalm) y otras empresas que obtenían enormes beneficios de la muerte en Vietnam. Yo me opuse firmemente. Quizá me mostré más duro de lo habitual porque estábamos realizando planes para una manifestación de la VSC de octubre y se estaban planteando ideas no muy distintas de las expresadas por la militante de la SDS. Dicho rumbo no sólo era equivocado por principio, y absurdo, sino también suicida en el sentido estricto de la palabra. Debo confesar que siempre que se sugería algo parecido yo tenía que pensar muy seriamente si la persona que desea embarcarse en dicha senda estaba un poco trastornada o era directamente un provocador. No era paranoia. Sabíamos perfectamente bien que los teléfonos estaban intervenidos, que nos abrían el correo y que en la VSC había infiltrados de la Sección Especial. Formaba parte del funcionamiento ordinario de la democracia capitalista. De hecho, en una ocasión un cartero me había sacado a rastras de la oficina para decirme que todos los días nos abrían las cartas antes de entregárnoslas. Se negó a que lo entrevistásemos, por la razón obvia de que perdería su trabajo. Años después un joven me abordó en un andén de la estación de tren de Brighton. Había sido uno de los carteros que clasificaba el correo cerca de mi casa y me dijo exactamente lo mismo respecto a mi correspondencia personal. Después de la huelga general en Francia, claramente había una señal de pánico en Reino Unido. Esto nos hacía ser más cuidadosos de lo habitual. Pero esa mujer de un local de la SDS de Nueva York no estaba loca ni era agente estatal. Estaba horrorizada por lo que su gobierno hacía y se sentía impo-

tente. Le recordé la descripción que Lenin había hecho de un terrorista: «Un liberal con una bomba». Pareció desconcertada. Yo le expliqué: «Los liberales creen en la política de presión. Piensan que si presionas a los gobernantes con amabilidad, estos van a cambiar. Los terroristas presionan de una manera menos agradable, pero es una presión no relacionada con las masas o con sus estados de ánimo. De ahí el fracaso total, el aislamiento y la represión». Este argumento le pareció a ella muy liberal. Se enojó conmigo y gritó que Estados Unidos era básicamente un país de un solo partido, dirigido por diferentes segmentos de la clase dominante. Golpeó con el puño en mi mesa e insistió en que los obreros estaban integrados en el sistema. Sólo los negros y los estudiantes luchaban contra los criminales de guerra. Yo recopilé todos los argumentos de autoridad posibles para convencerla de que estaba equivocada. Rosa Luxemburg, Lenin y Trotsky habían preferido la acción de masas y las nuevas instituciones populares como modo de derrocar al antiguo régimen. Mao, Fidel y Ho Chi Minh habían tenido éxito o estaban a punto de conseguirlo porque tenían el apoyo de una mayoría considerable de la población. Me escuchó, sonrió y dijo sin rencor: «Pero ninguno de ellos ha intentado nunca hacer una revolución en Estados Unidos». Entonces empezó una nueva ronda y otros se unieron al debate.

Nuestras oficinas se habían convertido en puerta de llegada regular para revolucionarios visitantes de todo el mundo. Una noche, un grupo de anarquistas hippies durmió en la oficina de distribución. Mientras se dedicaban a perder el tiempo, pintaron en la pared un gran diagra-

ma de cómo hacer un cóctel molotov. Cuando llegué al día siguiente todavía estaban profundamente dormidos. Los desperté y los convencí de que se fueran. Lo hicieron, pero no antes de intentar vaciar el intestino en el baño que compartíamos con *New Left Review*. Entonces se produjo una completa batalla verbal en el descansillo. El baño estaba ocupado por un revolucionario húngaro, un veterano de 1956, Nicolas Krasso, que leía tranquilamente su montón de periódicos cuando estos intrusos del 68 abrieron la puerta. Krasso no se había molestado en echar el cerrojo. Le dijo al contingente holandés, para entonces a punto de estallar, que probablemente tardaría otros quince minutos. Esto provocó furor y se intercambiaron generosos insultos. No tengo idea de cómo se resolvió el asunto, pero tapamos el esquema ofensivo con un gran cartel y acordamos pintar la pared lo antes posible. Al día siguiente nuestras oficinas fueron asaltadas por Scotland Yard. Varios hombres y una mujer de la Sección Especial se dirigieron de inmediato al cartel que cubría el dibujo, lo retiraron y fotografiaron el escabroso diagrama. El inspector jefe Elwyn Jones me interrogó durante un buen rato y me advirtió que prepararían un informe para sir Norman Skellhorn, director de la fiscalía pública. A continuación ordenó registrar las oficinas. Examinaron todos nuestros archivos, buscaron en nuestras agendas y se llevaron varios documentos, en especial el material en francés y en español. Una carta de un lector que preguntaba cómo podía conseguir un casco de los utilizados por los manifestantes en Francia se consideró extremadamente siniestra. Dado que ya habían irrumpido dos veces en nuestras oficinas, sin que nada se hubiera retirado,

uno había supuesto que la Sección Especial ya tenía una copia de todos nuestros archivos.

La razón de esta ofensiva en particular era ayudar a enrarecer el ambiente para la manifestación de octubre, que debía celebrarse al mes siguiente. Yo había estado hablando nuevamente por todo el país en nombre de la VSC y estaba claro que la manifestación superaría con creces a todas las anteriores. El tamaño de mis mítines había dado un salto cualitativo y los estudiantes estaban ocupando las universidades de distintas partes del país, escogiendo como enemigo a las remotas e impunes burocracias que las dirigían. A los métodos tradicionales contrapusimos una universidad en la que los estudiantes y los profesores tenían igualdad de derechos y elegimos un organismo que administrara todas las instituciones de educación superior. «El poder a los estudiantes» se había convertido en el grito de batalla en todo Reino Unido. Su objetivo era empezar de inmediato el proceso de cambio, en el lugar donde uno trabajaba o estudiaba, y después extenderlo. La necesidad de transformar las universidades burguesas en una «base roja» la teorizó Robin Blackburn en *New Left Review*, y un libro de Penguin editado por él y Alexander Cockburn con el atractivo título de *Student Power* (Poder estudiantil) vendió decenas de miles de ejemplares por aquel entonces. Los acontecimientos franceses habían dado al movimiento autóctono un tremendo ímpetu que preocupaba a quienes ocupaban cargos de autoridad. Estos proclamaron abiertamente sus temores de que la manifestación convocada por la VSC en octubre pudiera convertirse en una insurrección al estilo francés. La mera idea resultaba absurda. Gran Bretaña no era Francia.

El Partido Laborista estaba en el poder y la clase trabajadora estaba inquieta, pero inactiva. En la VSC participaba una minoría de trabajadores, pero ninguno de nosotros pensó jamás que ese año en Gran Bretaña pudiera ocurrir nada que se pareciera remotamente a lo de Francia. Los órganos estatales no estaban tan seguros como nosotros, y dos días después del asalto a las oficinas de *The Black Dwarf* se publicó en *The Times*, entonces propiedad de lord Thomson, una noticia inspirada por la policía. Era obvio que la policía había filtrado desinformación a los autores de este relato de ficción, Clive Borrell y Brian Cashinella, encargados de la sección de delitos. Su historia empezaba como sigue:

Un pequeño ejército de militantes extremistas planea hacerse con el control de instalaciones y edificios altamente sensibles del centro de Londres el próximo mes, mientras seis mil policías metropolitanos estén ocupados controlando a una multitud, según se estima, de hasta cien mil manifestantes contra la guerra de Vietnam...

Esta alarmante trama ha sido descubierta por una brigada especial de detectives conformada para seguir a los extremistas, que al parecer están fabricando cócteles molotov y organizando un pequeño arsenal. Planean usarlos contra la policía y contra las propiedades, en un intento de dislocar las comunicaciones y la ley y el orden...

Era pura invención, diseñada para encender las pasiones y mantener a la gente alejada de nuestra marcha. Un directivo del mismo periódico respaldaba estas mentiras y advertía al público sobre la amenaza que la manifesta-

ción planteaba. Dos días después, cuando un miembro de la VSC salía de una de sus sedes en el East End de Londres, una furgoneta azul le salió al paso y alguien le disparó. Las pruebas eran visibles, pues la bala había dejado su marca en una señal de tráfico. Pero acordamos por unanimidad que denunciarlo sería una absoluta pérdida de tiempo.

Parlamentarios laboristas y conservadores pidieron al gobierno que prohibiera la marcha, y algunos sectores de la prensa provocaron histeria en todo el país. Para entonces yo ya estaba acostumbrado a recibir al menos tres o cuatro amenazas de muerte a la semana, pero dado que todos nuestros teléfonos estaban intervenidos, asumí que la Sección Especial también estaba al tanto de ellas. Había una importante cuestión táctica en referencia a la campaña a favor de Vietnam. ¿Deberíamos o no manifestarnos hasta la embajada estadounidense, en Grosvenor Square? Había diferencias de opinión a este respecto, y acordamos tomar una decisión en la reunión del Comité Nacional que se celebraría en Sheffield el fin de semana del 8-9 de septiembre.

Debíamos reunirnos en la Universidad de Sheffield, pero a última hora el secretario del Sindicato de Estudiantes, partidario del gobierno laborista, insistió en que la reunión sólo se podría celebrar si le permitíamos asistir. Dado que ni siquiera era miembro de la VSC rechazamos la oferta y nos fuimos. Ninguno de los *pubs* de la ciudad estaba dispuesto a alquilarnos una habitación; claramente los taberneros habían leído las noticias más espeluznantes de los periódicos sensacionalistas y no querían que los vieran proporcionar instalaciones a los insurrectos. Nuestra búsqueda se dificultaba por el hecho de que nos seguía abier-

tamente una partida de coches policiales. Al final, fingimos salir de la ciudad y la policía abandonó la persecución. De hecho, aprovechamos el buen tiempo y decidimos reunirnos en los páramos que rodean Sheffield. La discusión empezó y pronto fue obvio que una abrumadora mayoría opinaba que el 27 de octubre debería ser más un espectáculo que una prueba de fuerza. Descartamos la posibilidad de ocupar la embajada estadounidense, incluso con cien mil personas. La policía estaba ahora bien preparada, el gobierno laborista había generado una histeria nacional, los medios seguían muy firmemente en su línea de que se estaban tramando planes subversivos para capturar la Bolsa de Valores y estábamos convencidos de que cualquier intento de tomar la embajada provocaría un baño de sangre. Ninguno estaba dispuesto a jugar con la vida de los demás. Sí aceptamos, en cambio, tomar las calles y no tolerar una fuerte presencia policial. Después de haber tomado la decisión crucial de dispersarnos en Hyde Park, la policía local llegó y nos ordenó salir de allí porque estábamos invadiendo propiedad privada. Empezamos un debate sobre las libertades que el derecho consuetudinario nos reconocía, pero como ellos apelaron a sus intercomunicadores para pedir refuerzos, decidimos irnos. Esta vez siguieron a nuestro *convoy* hasta la autopista.

La manifestación de octubre provocó una extraña polarización en este país. Era como si, privado de una verdadera revolución, el Estado estuviera decidido a tratar a la VSC como sucedáneo, para introducir a la fuerza sus opiniones en millones de gargantas. Raymond Williams, distinguido escritor y erudito marxista, comentó en un programa de

televisión que la clase dominante británica siempre había creído en la teoría de «hacer estallar todas las amenazas cuando aún están surgiendo». El pragmatismo inglés incluso a ese nivel se negaba a aceptar las causas subyacentes de la disensión y de la inquietud. Williams se encontraba entre los pocos de la anterior generación de izquierdistas que defendían a la VSC en los debates televisivos con la Federación de Policía, y de hecho habló en nuestras plataformas siempre que se lo pedimos. Era extremadamente importante demostrarles a los chicos del 68 que no todos los socialistas de generaciones anteriores nos eran hostiles, aunque a menudo lo pareciese.

En el mes anterior a la manifestación se produjo un incidente divertido que ilustra la profundidad de divisiones en la Gran Bretaña de aquel momento. Norman Swallow, de la BBC, se había puesto en contacto con Clive Goodwin, que también era mi agente literario, con una interesante propuesta para su programa Omnibus. El objetivo era demostrar que nuestras ideas carecían de importancia para las «personas comunes» y que estábamos completamente desconectados de las realidades de la Inglaterra rural. La BBC sugirió que habláramos de «Por qué el socialismo revolucionario» o un tema parecido en un pueblo de tamaño intermedio en la zona rural. Prepararían grandes carteles, anunciarían la reunión, me filmarían dirigiéndome a un salón de actos vacío, mostrarían a los lugareños llevando su vida cotidiana y completamente ajenos a la intrusión y después me entrevistarían en pleno corazón de ese mar de indiferencia.

Analizamos el tema seriamente y a mí me pareció un reto que debía aceptar. Aparte de todo lo demás, nos daba

la oportunidad de hablar de la burocracia británica, sus grandes propiedades de tierras, su estilo de vida acomodado y su fuerte control del modo en que se organizaban los escalones superiores de la sociedad británica. Habría sido un buen momento para analizar la Revolución Inglesa de 1640 y su incapacidad para crear instituciones republicanas duraderas o para aplastar el poder económico de la aristocracia terrateniente. Ya mientras Clive y yo hablábamos se me pasaba por la cabeza como una película el discurso que pronunciaría ante media docena de trabajadores agrícolas.

La BBC escogió un pueblo cuyo nombre he olvidado, y se organizó todo para el mitin. Después se produjo el silencio. Al final, Norman Swallow llamó, extremadamente avergonzado, para explicar que habían surgido problemas. Los carteles habían llegado al pueblo y provocado una tormenta inmediata. Había algunos partidarios, pero una minoría, mientras que los demás agricultores habían organizado lo que equivalía a un grupo de linchamiento para quemarme en la hoguera. En otras palabras, a la BBC le había salido la iniciativa política por la culata y el pueblo apenas era capaz de hablar de otra cosa. Me pareció un momento ideal para hacer la película. Clive coincidió conmigo. La BBC, tras muchas dudas, se decidió finalmente contra el proyecto, basándose en que podría haber violencia contra mi persona y que sus aseguradoras se negaban a asegurarme. Era demasiado arriesgado. Y así se privó a los espectadores de ver a un extranjero problemático entrar en un pacífico pueblecito inglés para provocar el odio.

Durante el mismo periodo, el programa Any Questions de BBC radio llamó para preguntar si estaba dispues-

to a participar en la misma plataforma que Enoch Powell y debatir con él en el transcurso del programa. Siempre había deseado un debate público con Powell, pero él se negaba constantemente a considerar la idea. En esta ocasión hizo lo mismo y la BBC, lamentándolo por supuesto, me retiró la invitación. Powell, como es natural, siguió adelante tras aprobar la lista de quiénes podían aparecer con él.

A medida que se aproximaba el 27 de octubre, las tensiones generadas por el Estado aumentaban y algunas partes de la prensa empezaron a hablar de la «Revolución de Octubre». Un diminuto grupo maoísta nos informó de que tenía intención de marchar hacia Grosvenor Square y la embajada, y que se separaría de nuestra marcha llevándose tanta gente como pudiera. Nos encogimos de hombros e hicimos caso omiso de sus payasadas. Yo había hablado en las grandes asambleas de movilización de Escocia, Gales e Inglaterra durante tres semanas seguidas. Conocía el estado de ánimo porque había ayudado a crearlo, y la opinión de la mayoría estaba clara. Grosvenor Square era una «trampa mortal» y había que evitarla. Pasaríamos por delante de Downing Street hasta llegar a Hyde Park. En todas las conferencias de prensa que di en ese periodo resalté que la VSC no quería violencia y que no la habría siempre que la policía se mantuviera alejada de la manifestación. Scotland Yard creía que algo siniestro se estaba planeando y aumentó la vigilancia de la Sección Especial. Me seguían a todas partes y el *pub* cercano a las oficinas de *The Black Dwarf* en Carlisle Street siempre estaba lleno de hombres de la Sección Especial.

Lo que nos preocupaba mucho era que la policía pudiera provocar un enfrentamiento bloqueando calles, y que

la ira de los manifestantes se volviera incontrolable. Los estudiantes de la London School of Economics decidieron ocupar su institución durante todo el fin de semana y se organizó una unidad de primeros auxilios compuesta por médicos y enfermeros de la VSC para atender a las víctimas de la violencia. Para la manifestación se estaba preparando un número especial de *The Black Dwarf* con una tirada de cincuenta mil ejemplares. La BBC había prohibido la canción más reciente de Mick Jagger, *Street Fighting Man*. Lo llamé para preguntarle si estaba dispuesto a escribirnos la letra especialmente a mano, para poder imprimir un facsímil en el periódico. Aceptó de inmediato y la canción manuscrita llegó ese mismo día. (Me encantó que la escritura fuera legible. Fotografiamos el papel y arrojamos el original a la papelera. A ninguno de la oficina le pareció sacrílego. El culto al individuo siempre es, como último recurso, sustituto de la acción colectiva. Jagger cantaba bien y estaba siendo útil. Eso era todo). Entre otros colaboradores para ese número que se mencionaban en la primera página, añadí «Mick Jagger y Fred Engels, acerca de la lucha callejera». Junto con la canción, había decidido publicar un extracto de Engels sobre las dificultades de luchar en las barricadas.

La semana anterior a la marcha, *The Black Dwarf* se convirtió en el centro organizador de la gran manifestación. Llegaron periodistas de toda Europa, esperando que el siguiente acto después de París fuera Londres. Olivier Todd, de Francia, se molestó mucho conmigo por sugerir que su viaje tal vez no hubiera hecho falta. Estábamos extremadamente ocupados en la confección del periódico y en la organización de la marcha. En consecuencia, uno

evitaba en lo posible conceder entrevistas «exclusivas» a periodistas concretos, todos los cuales tendían a hacer el mismo tipo de preguntas. Por eso dábamos conferencias de prensa de la VSC a intervalos regulares. En *The Sunday Times* estaban convencidos de que el 27 de octubre iba a ocurrir en Londres algo «grande». Habían convencido a la novelista y crítica estadounidense Mary McCarthy de que cubriera la manifestación para su dominical. Le pagaban una suma enorme y claramente ella consideró que debía investigar sobre el tema. Llegó a Londres una semana antes del «acontecimiento» y me llamó ese mismo día. Ella sólo tenía una noche para las entrevistas antes de las manifestaciones y preguntaba si podría verla. Yo tenía un horario de conferencias intensivo, que en aquel momento suponía tres asambleas diarias, seguido de un comité organizador todas las noches para analizar todo lo relacionado con la VSC. Se lo expliqué todo, le dije dónde y cuándo eran nuestras conferencias de prensa y me negué a verla. Llamó a Ken Tynan. Llamó a Clive Goodwin, que me lanzó una de sus miradas de súplica especiales y yo cedí, pero le limitamos el tiempo a cinco minutos, suficiente para permitirle decir que había visitado nuestras oficinas y hecho una pregunta, pero nada más. No vi razón para que se le dieran más facilidades que las que ofrecíamos a los periodistas de Brasil, India o Egipto que continuamente invadían la oficina.

Cuando llegó al día siguiente acompañada de Don McCullin, el fotógrafo, yo estaba en medio de una sesión del comité organizador. Esperó y miró a su alrededor, mientras se trataba el asunto en cuestión, y después me ofrecí a contestar sus preguntas. Estaba lívida por el hecho

de que se le restringiera el tiempo a cinco minutos, algo que entendí. No me cabe duda de que si hubiera intentado atraerme intelectualmente la conversación habría superado los límites establecidos. Su primera pregunta fue banal más allá de lo increíble y yo la había respondido miles de veces en entrevistas de radio, de televisión y de prensa. La respuesta debía de estar en cualquier recorte de prensa que ella hubiera leído antes de venir a vernos. He aquí su propia descripción de la visita:

«¿Qué esperan ustedes conseguir con esta manifestación?», pregunté a Tariq Ali en las oficinas de *The Black Dwarf* en Carlisle Street, empapeladas de carteles de Fidel y el Che, números anteriores de la revista y consignas provocativas. Había fotos del enemigo: Axel Springer, Paul Getty Horiward Hughes. Había una foto asombrosa de marines estadounidenses en erizada formación de combate, cual puerco espín humano dispuesto a lanzar sus púas. Había otra foto con un condón desechado, y una lista mecanografiada de clínicas de primeros auxilios por distritos. En este escaparate de la política popular, como una visión de otro mundo, colgaba una enorme fotografía de Trotsky con sus ojos claros e inteligentes de profesor con gafas («¿Y tú qué andas haciendo por aquí, viejo amigo?»). Acababan de imprimir un nuevo número de la revista y jóvenes distribuidores salían apresurados con él... Las oficinas del *Dwarf*, temporalmente cuartel general de la Campaña contra la Guerra de Vietnam... recordaban un decorado de la revolución, con lanceros figurantes entrando por la izquierda y por la derecha del escenario, actores

secundarios interpretando líneas de descortesía estudiada como en una anticuada comedia wildeana, mensajeros jadeantes, y una basura atmosférica general, en la que el suelo servía de cenicero comunitario. No pude evitar pensar que me habían contratado para interpretar el papel de público y que debería haber pagado entrada... Las palabras «¿qué esperan ustedes alcanzar...» etc. tuvieron, como enseguida descubrí, el efecto de una contraseña negativa. Prácticamente hicieron que me echaran a patadas.

Es cierto que cuando hizo la pregunta, se produjo un gruñido colectivo de todos los que estaban en la habitación, algo que le molestó mucho. Yo respondí que si la habían contratado especialmente para venir aquí debería haber sido un poquitito más original, y dado que la respuesta a su pregunta estaba registrada en todas partes tal vez sería mejor que no nos hiciera perder más el tiempo. Se marchó resoplando de furia para acercarse a ver a los maoístas, que no tenían nada mejor que hacer y le dedicaron varias horas. Debió de perder el sentido crítico, porque puso en las páginas de *The Sunday Times* todas las calumnias vertidas por ellos. Su propio razonamiento estaba influido por lo mal que la habíamos tratado a ella, una persona famosa. Realmente ese día no teníamos tiempo de acariciarle el ego. Escribió sobre lo amables que eran los mao-estalinistas: «Aunque veníamos de la prensa burguesa, no nos trataron como intrusos sino exclusivamente como invitados, lo contrario de lo ocurrido en Carlisle Street. Hasta era posible, como yo hice, ofenderse por el ícono de Stalin». Quizá se hubiera ofendido por el ícono, pero las mentiras vertidas

por la escuela de falsificación estalinista coincidían con sus propios prejuicios. Tras leer su artículo, Tynan llamó para disculparse: «El instinto de ustedes fue más sensato que el mío. Debería haberse quedado fuera».

La víspera de la manifestación acudí a hablar ante una asamblea muy grande en la London School of Economics. Había más de mi estudiantes que mostraron una solidaridad muy conmovedora. Esta vez no hubo sectarismo. De hecho, uno de las consignas que se corearon esa tarde, «Todos somos escoria extranjera», proporcionó un frente unido contra el racismo desafortunado de la mayor parte de la prensa sensacionalista y de varios parlamentarios laboristas y conservadores. A un maoísta peruano que se mostró partidario de cortar cabezas en Grosvenor Square no se le hizo caso. El estado de ánimo de la LSE era eufórico, pero disciplinado. Yo recalqué que al día siguiente no teníamos que hacer un ejercicio de guerrilla urbana, sino mostrar la presencia de un nuevo ejército modelo. Era obvio que muchas de nuestras propias secciones de la VSC habrían preferido un enfrentamiento organizado ante la embajada estadounidense, pero aceptaron el punto de vista y el sentimiento de la mayoría.

Acudí directamente de la LSE a Carlisle Street para terminar una discusión con Roger Tyrell, el supremo de la circulación, y otros sobre la distribución del periódico. A las siete y media de la tarde salí a coger un taxi para acudir a la última reunión organizativa de la VSC. De camino me encontré con Malcolm Southan, periodista de *The Sun* antes de que éste se convirtiera en un periódico sensacionalista, y la única persona de Fleet Street que informó con imparciali-

dad sobre nuestras opiniones. Pidió que lo llevara y se metió en el taxi conmigo. De repente tres hombres, rechonchos y pendencieros, oliendo a alcohol, se abalanzaron sobre el coche gritando «éste es nuestro taxi». Me sacaron a rastras y dos de ellos empezaron a pegarme en la cabeza. Me resistí y pronto Roger Tyrell y otros de la oficina llegaron y los porros corrieron hacia un Cortina blanco, aparcado en la esquina, pensado como vehículo para el secuestro, y huyeron a toda prisa. Anotamos la matrícula, que fue debidamente comunicada a la policía, la cual, como de costumbre, no hizo nada, prefiriendo tomarse a broma todo el asunto.

La noticia de lo ocurrido se difundió con rapidez, y cuando llegué a la reunión de la VSC encontré a Pat Jordan y a Ernie Tate sumamente preocupados por mi seguridad durante la manifestación. En las dos semanas anteriores, el número de llamadas amenazantes había ido en aumento, pero no les hicimos caso. El intento de secuestro sí que me impactó, pero no lo suficiente como para aceptar el consejo de algunos de que no debería hacer todo el recorrido. Se trataba de una sugerencia grotesca y me negué. La campaña contra nosotros había sido tan fuerte que una muestra de la Encuesta Nacional de Opinión demostraba que el 56 por ciento de la población estaba a favor de prohibir todas las manifestaciones políticas y el 65 por ciento era partidaria del uso de gas contra los manifestantes. No me sorprendió en absoluto. Había una veta extremadamente reaccionaria en el corporativismo laborista y Callaghan, en calidad de secretario de Interior, consentía sin pudor los instintos políticos reaccionarios. En ese sentido, el estilo del actual líder del Partido Laborista, Neil Kinnock, recuerda al populismo

autoritario de Callaghan mucho más que a la arrogancia tecnócrata de Wilson.

El día de la manifestación me despertó de madrugada la llamada de una persona del *Evening Standard* para hacerme una pregunta especial de Mary McCarthy: «¿Qué es lo primero que ha hecho usted esta mañana?». Furioso por que me despertaran a las seis de la mañana, respondí de manera ligeramente grosera. «¡Masturbarme!» grité por el teléfono. Largo silencio, seguido por un herido «¡Oh!» y fin de la conversación.

Cuando llegué al Embankment, donde nos reuníamos, la vista era gloriosa. Allí estaban todas las tropas de la VSC y las banderas rojas y las insignias del FNL se mezclaban con carteles del Mayo francés y pancartas anticapitalistas a cientos. Era mucho más que una manifestación de solidaridad con la lucha de los vietnamitas. Se trataba de una reunión de quienes consideraban que el orden capitalista en Europa estaba condenado. Al Estado no se le pasó por alto la importancia de la asistencia (más de cien mil). Fue la mayor manifestación explícitamente revolucionaria en el Reino Unido desde la década de 1920. Una encuesta mostró que la abrumadora mayoría de los que marchamos ese día éramos hostiles al capitalismo. Vietnam se había mezclado con una crisis prerrevolucionaria en Francia, y Praga había demostrado que el cambio en Europa tendría que crear un sistema infinitamente más democrático que el ya existente. Ése era el estado de ánimo aquel día. No éramos utópicos enloquecidos y las clases dominantes de Europa Occidental no nos veían como tales, sino como la avanzadilla de un nuevo orden. Deseábamos transformar

la civilización occidental porque la considerábamos política, moral y culturalmente quebrada. Ése fue el sello de 1968. Los que se reunieron ese día expresaron optimismo sobre el futuro. Había que cambiar el mundo, y Francia y Vietnam demostraban que se puede avanzar.

Aquella mañana me habían llamado varios parlamentarios laboristas, incluida la difunta Anne Kerr, preguntando si sería seguro que ellos se nos unieran ese día. Les dije que serían bien recibidos y algunos estuvieron allí. Recuerdo la diminuta figura de Frank Allaun, cuya voz había sido una de las que más críticas con Wilson en el Parlamento. No hubo hostilidad hacia él y sólo deseamos que hubiera podido traer más colegas suyos ese día. La London Weekend Televisión, que tenía cámaras situadas en puntos estratégicos de toda la ruta, retransmitió la manifestación en directo durante dos horas. Cuando estábamos a punto de empezar, unos cuantos hombres corpulentos y de aspecto extremadamente hosco se acercaron al frente y me cogieron de ambos brazos. Desde la experiencia del día anterior yo estaba un poco nervioso y varios camaradas de IS y de la IMG estaban también cerca para evitar contratiempos. Pero eran estibadores de Londres enviados por el Partido Comunista para permanecer cerca de mí durante la larga marcha hacia Hyde Park. Me conmovió extremadamente su presencia protectora y tomé nota mental de que debía dar las gracias al viejo partido, que a esas alturas ya se había dado cuenta de que boicotear a la VSC había sido un error y había decidido apoyar esta manifestación en concreto.

Apenas había policías y tomamos las calles por completo. Los vimos por primera vez en grandes números

cuando avanzábamos por Whitehall. Querían asegurarse de que no se diera un asalto a Downing Street. De hecho yo estaba tan preocupado por otros asuntos que había olvidado por completo Downing Street. Fue la policía la que paró la marcha y me recordó que les habíamos informado de nuestra intención de entregar una carta de protesta en el Número 10. La verdad era que Wilson estaba en un lugar bastante bajo de nuestra lista de prioridades de aquel día y, típicamente, nadie se había acordado de redactar la carta. Todos esperaban que entregáramos algo. En una ocasión habíamos hablado de descargar un camión de *bosta* de vaca en las escaleras, pero dado el clima histérico lo habíamos considerado poco práctico. Varios voluntarios despreocupados se habían ofrecido a formar parte de una delegación que vomitara delante de la puerta del primer ministro. Se habían aireado varios métodos de marearse, pero la propuesta se rechazó porque podría no tener éxito. No había más alternativa que entregar una protesta por escrito. Yo tenía un desastroso cuadernito de notas en el bolsillo. Garabateé a toda prisa un mensaje que decía lo siguiente: «Querido Harold, hemos venido cien mil personas a decirte que dejes de apoyar a los estadounidenses y empieces a respaldar al FNL. ¿Cómo la ves? Atentamente, TA en nombre de la VSC». Dado que no había ningún sobre disponible doblé la nota y se la di al subalterno que había detrás de la puerta. Unos días después recibí la respuesta habitual. Los zombis de la Liga Socialista del Trabajo (que no se manifestaron ese día, sino que distribuyeron volantes explicando «Por qué la SLL no se manifiesta») me atacaron ferozmente por dirigirme al líder

laborista como «Querido (dear) Harold». Esto, escribían los gacetilleros sectarios, demostraba fuera de toda duda el «carácter revisionista» de la VSC y de las organizaciones políticas que respaldaban sus movilizaciones.

Después de Downing Street, los maoístas se desgajaron con unos cuantos partidarios y avanzaron hacia Grosvenor Street. La cabecera de nuestra marcha llegó a Hyde Park una hora después y la manifestación completa necesitó tres horas para entrar. Ken Tynan estaba subido a una balaustrada, contando el número de los que entraban, decidido a refutar las subestimaciones de la policía y de la prensa, algo que hizo durante la semana siguiente. Oímos que lo de Grosvenor Square había sido un diminuto alboroto, pero que los restos de ambos bandos habían acabado coreando el himno patriótico escocés «Auld Lang Syne». Aunque los maoístas negaron haberse unido al coro.

Por nuestra parte, la manifestación había salido de acuerdo con el plan. *The Times* había alegado que planeábamos derrocar al Estado. Al día siguiente se burlaron de nosotros por comportarnos tan pacíficamente. El periódico no necesitaba a Murdoch para tocar fondo. La desvergüenza no conoce límites. Y tampoco era mera coincidencia que su director fuera William Rees-Mogg, firme defensor de toda la política estadounidense en Vietnam. Cuando Washington bombardeó Hanói, Rees-Mogg se declaró a favor. Cuando dejó de bombardearlo, Rees-Mogg aplaudió su capacidad de estadista. Cuando empezaron de nuevo, Rees-Mogg escribió que no tenían opción. Cuando empezaron las conversaciones de paz en París, Rees-Mogg lo consideró una medida prudente. En la Casa Blanca se pro-

dujo un cambio de personal. Rees-Mogg se convirtió en un republicano renacido. Entonces Nixon bombardeó Camboya. Rees-Mogg lo entendió sentidamente. Saigón cayó. Rees-Mogg lo lamentó en silencio. El «Watergate» empezó y mientras el *Washington Post* y el *New York Times* se convirtieron en periódicos agitadores, exigiendo una profunda limpieza de los establos, el bueno de Rees-Mogg respaldó a Nixon incondicionalmente. Entonces Nixon salió de la Casa Blanca. Poco después, Rees-Mogg abandonó su sillón de director en el *Times* y se trasladó a otros pastos. Durante su dirección, el *Times* ya se había convertido en un periódico bananero, hermanado en cuerpo y alma con cualquier demonio que ocupara la Casa Blanca.

En nuestro propio frente interno, las semanas anteriores a la manifestación habían estado dominadas por otra discusión que no llegó a hacerse pública. Sentíamos que el mero hecho de ofrecer la posibilidad de establecer una organización juvenil revolucionaria, unida y no sectaria a las decenas de miles de personas que se habían radicalizado a lo largo del año anterior ya supondría un pequeño paso adelante para la izquierda británica. Tony Cliff y John Palmer, de Socialistas Internacionales, habían mantenido conversaciones semi-permanentes con Pat Jordan, Ernie Tate y conmigo acerca de la posibilidad de hacer un llamamiento conjunto para crear una organización del estilo de la JCR. Cliff era partidario de hablar de un grupo de ese tipo al final de la marcha, y que yo pidiera su creación desde el estrado. Me opuse a esto último, pero estaba firmemente a favor de la iniciativa. Por desgracia, mis propios camaradas se oponían a toda la idea. Dieron a Cliff y a Palmer unas ra-

zones un poco espurias, pero en realidad temían que, dado el pequeño tamaño del IMG (habíamos crecido de 40 a 200 afiliados desde abril), el grupo de mayor tamaño, IS, nos devorara. No se llegó a un acuerdo, algo que a mí siempre me pareció una tragedia porque estaba convencido de que si hubiéramos tenido éxito, los nuevos miembros habrían superado con creces a los dos grupos y establecido un equilibrio de fuerzas distinto. Esto podría haber producido una interesante apertura en la izquierda, que tal vez hubiera beneficiado a muchos proyectos distintos en los años posteriores a 1968.

Mientras lo vivíamos, nunca pensé demasiado en el año como tal, porque aunque habían sido doce meses trascendentales en tres frentes —el Tercer Mundo en revolución, la crisis de la Europa capitalista y la agitación en el «campo socialista»— simbolizaba el periodo, y algunos sabíamos que las batallas tal vez se hubieran perdido pero la guerra aún rugía. Como para demostrarlo, en noviembre empecé a recibir telegramas y cartas de organizaciones estudiantiles pakistaníes informándome que habían iniciado un movimiento para derrocar la dictadura militar de Ayub Khan e invitándome a volver y hablar en sus asambleas. Yo estaba desesperado por volver, pero la oficialidad de Islamabad les dijo a mis padres que no me permitirían la entrada en el país, aunque el único pasaporte que tenía por entonces era el emitido por el Estado de Pakistán. En diciembre estaba claro que Pakistán vivía una rebelión estudiantil de escala mucho mayor que la francesa, y que se estaba extendiendo de una ciudad a otra de manera muy espontánea. Estados Unidos había presentado al régimen

de Ayub como modelo de éxito económico y estabilidad política. El propio régimen se había tomado en serio esa ficción, y estaba celebrando su «década de desarrollo» con un estilo grandioso cuando los estudiantes le arrojaron una daga al corazón. El arma la desviaron, pero la audacia se contagió a todo el país.

Supongo que debería haber sospechado de antemano lo que serían estos años cuando el entonces embajador de Pakistán en Francia, el difunto J. A. Rahim, me llamó para invitarme a comer en un restaurante parisino. También me envió un boleto de avión, y no pude rechazar la oferta. Ante un increíble almuerzo de *ancienne cuisine* y los más exquisitos rosados de gran cuerpo, su excelencia me preguntó qué opinaba sobre Pakistán. Me mostré cauteloso, ya que no conocía al hombre, pero directo. Pienso que durante media hora lo aleccioné sobre las iniquidades de los dictadores militares. Después esperé que me reprendiera. No lo hizo. Por el contrario, arremetió contra el régimen al que representaba en París y me proporcionó información que debería usarse para desenmascarar a dicho régimen. Rahim era amigo íntimo del ex ministro Zulfikar Ali Bhutto, y ese día me dijo que hacía falta un nuevo partido que llevara el socialismo a Pakistán. Al final del almuerzo se inclinó hacia mí con ademán conspirador y me preguntó si no pensaba que «ha llegado el momento de librarse de este bastardo». Se refería a Ayub Khan. Supuse, ingenuamente como más tarde se vio, que quería retirarlo por medios políticos, pero él hizo un gesto que no me dejó duda de que lo que proponía era algo mucho más serio y permanente. Me pareció el momento de volver a Londres, y en el avión de vuelta

repasé varias veces la conversación. No, no había sido mi imaginación ni que el clarete me estuviera gastando bromas. El embajador en Francia había hablado de hecho de asesinar al presidente. Cuando los regímenes empiezan a desmoronarse desde arriba, normalmente los más agudos se dan cuenta de que los problemas desde abajo no andan lejos. Así ocurrió con Pakistán en 1966-1968.

Este libro se editó en la Ciudad de México
en el mes de octubre del año 2018.

Todos los derechos reservados.